

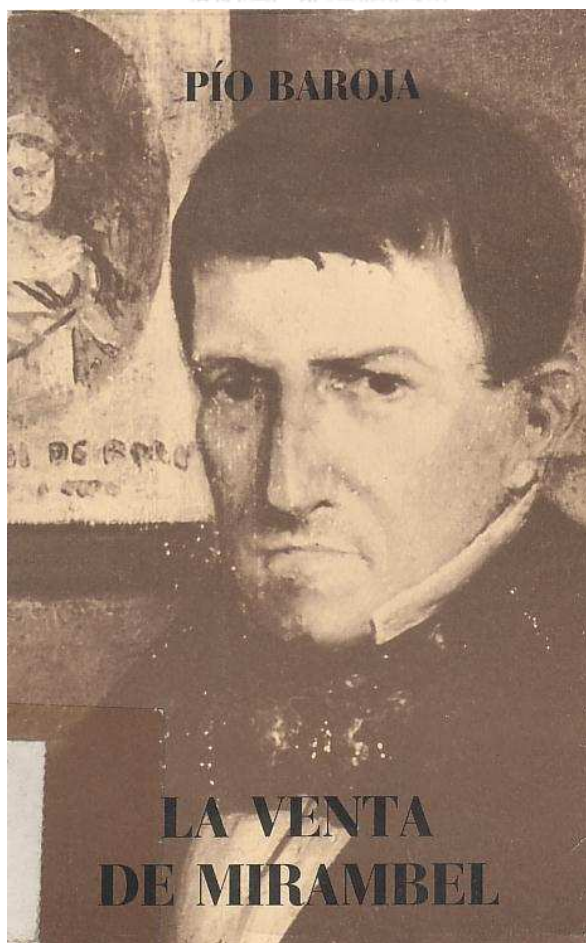
MEMORIAS  
DE UN HOMBRE DE ACCION



LA VENTA DE MIRAMBEL

NOVELA

PÍO BAROJA



LA VENTA  
DE MIRAMBEL

PÍO BAROJA

# LA VENTA DE MIRAMBEL



Editorial  
Caro Raggio  
Madrid

Edición conmemorativa del centenario del nacimiento de Pío Baroja

Cubierta de Ricardo Baroja

Es propiedad. Derechos reservados

© Herederos de Pío Baroja

Edita y distribuye: CARO RAGGIO, EDITOR

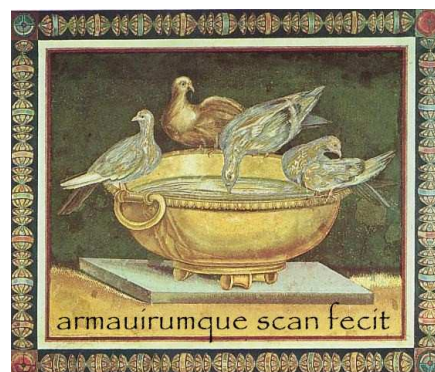
Alfonso XII, 52. Tel. 230 68 51. Madrid -14

ISBN: 84-7035-061-7

Depósito legal: M. 13760-1981

Imprime EDIME ORG. GRAFICA, S. A.

MOSTOLES (Madrid)

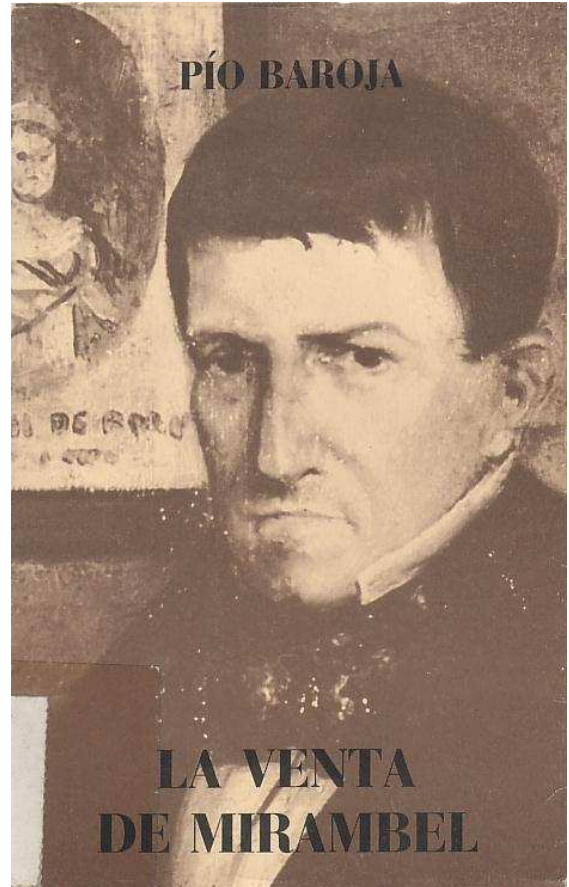


## MEMORIAS DE UN HOMBRE DE ACCIÓN

Tomo XX

La venta de Mirambel

Durante el viaje de febrero-marzo de 1930, Baroja quedó profundamente impresionado por el pueblo de Mirambel, que estaba como dormido en el pasado: más aún que otros vecinos, de suyo impresionantes. Cantavieja, el Forcall, Olocán del Rey. En Mirambel había un vetusto convento que parecía todavía más dormido que el resto del pueblecito amurallado. Combinando los elementos dramáticos que le daba la guerra carlista en su versión levantina, con su sensibilidad romántica y su capacidad receptiva desde el punto de vista visual, Baroja escribió con singular ímpetu «La venta de Mirambel», novela en la que destacan, claramente los capítulos dedicados a describir el pueblo y sus alrededores, el convento y la reconstrucción de la vida allí unos noventa años antes de la visita del novelista. También refleja esta parte determinadas lecturas del mismo. El final, en cambio, toca un hecho tan conocido y estudiado siempre por Baroja que es el de los refugiados políticos, en este caso carlistas levantinos, en Francia, tras la resistencia cabrerista. La acción de Aviraneta, más o menos novelada, sirve de pretexto al desfile impresionante de paisajes, tipos y anécdotas.



## PRÓLOGO

Al frente de esta relación puso don Pedro Leguía y Gaztelumendi, el autor de la obra, un prólogo explicativo, que extractamos, por demasiado extenso.

En una época en que Aviraneta, su mujer Josefina y yo solíamos ir a los baños de Trillo a tratar nuestros respectivos artritis —dice Leguía—, antes de la revolución de septiembre, encontrábamos allí alguna que otra familia madrileña y varias que venían de los pueblos de los contornos y de sitios más lejanos, de las provincias de Guadalajara, Cuenca y Teruel.

Una vez hallamos dos familias aragonesas del Bajo Aragón, con las cuales llegamos a intimar. Una era de un contratista del tren, buen señor, tranquilo, que estaba con su mujer y una niña de ocho a diez años. Este señor se hizo muy amigo de Aviraneta e iba a verle a Madrid. La otra familia era de un hidalgo rico de Cantavieja, propietario de grandes rebaños, hombre delgado, alto, rasurado, tostado por el sol, de pelo blanco y ojos verdes. Tendría unos cincuenta años. Se llamaba don Pedro Montpesar.

Este señor se alojaba en el balneario con su mujer y sus dos hijos. La mujer, una señora gruesa, decaída, parecía más vieja que el marido, tendría diez años menos que él y se hallaba enferma de reumatismo. El hijo, Paco, era delgado, esbelto, de unos diez y nueve años, muy parecido a su padre en la expresión y en el continente; la hija, Conchita, de diecisiete, aunque rubia y de facciones distintas a su padre y a su hermano, tenía con ellos gran aire de familia

El hijo, Paco, salía por la mañana con la escopeta a cazar, muy atildado y muy pincho. La hija solía estar cosiendo y bordando en la ventana de su cuarto, cuando no andaba correteando por los pasillos y coqueteando con los muchachos. Al parecer, la niña era una especialidad en el arte de enviar y de recibir cartas y de dar y recoger recados amorosos.

Hicimos un grupo de bañistas una excursión a caballo hacia los altos de Viana. A don Eugenio le gustaba demostrar que, jinete en su juventud, todavía, a pesar de los años, sabía sostenerse a caballo, trotar y galopar como un gaucho y hacer buena figura.

El señor Montpesar y sus dos hijos vinieron con nosotros. Paco y Conchita eran grandes caballistas: él parecía un centauro y ella una amazona.

El señor Montpesar, después, en el balneario, comentó con nosotros los incidentes de la excursión y pretendió intervenir en las conversaciones que sosteníamos Aviraneta y yo y dos o tres señores madrileños que se consideraban enterados a fondo de las cuestiones políticas del momento.

El señor Montpesar y su familia se sentaban en una mesa próxima a la que solíamos estar Aviraneta, Josefina y yo.

Una vez presenciamos los tres un altercado entre el padre y los dos hijos, violento; se dijeron cosas terribles y se pusieron frenéticos. Afortunadamente, el incidente fue rápido y la idea de que los que estábamos alrededor les oíamos influyó, sobre todo en el padre, que logró dominarse y zafar la cuestión.

—¡Por Dios!, ¡por Dios! —decía la madre, medio llorando—. ¡Callaos! Nos están oyendo todos los del balneario. ¿Qué van a pensar de nosotros?

—Que piensen lo que quieran —gritó el chico con furia.

—Yo me callo —dijo el padre— no hablaré más—y enmudeció, temblando de cólera.

Se hizo el silencio en la mesa e inmediatamente que acabaron de comer se marcharon todos a sus respectivos cuartos.

—¡Cómo se han puesto! —dijo Aviraneta riendo— estaban como gallitos.

—¡Qué como gallitos!, más parecían tigres —replicó Josefina.

Aviraneta era un tanto curioso y amigo de los chismes y enredos; le parecían un picante de la vida.

Se enteró poco después de que la chica armó una trifulca con su madre porque ésta le reprochaba sus coqueterías. Por lo que nos contó la criada, la Conchita se tiró en el suelo y se pegó de cabezadas con las paredes.

—Quitando la madre, que parece una buena señora, esta es una familia de energúmenos —me decía Aviraneta.

El mozo del comedor nos dio otros detalles del joven Montpesar; según él, jugaba a las cartas, bebía y pretendía meterse en el cuarto de las criadas del balneario; una de las veces había intentado subir por un balcón.

El señor Montpesar se acogió a nosotros con cierta ansia, quería hacerse el modesto y el amable y se dominaba como podía; pero a la menor frase que le mortificara un poco brillaban sus ojos como los de un aguilucho.

El señor Montpesar nos habló de su vida, tenía muchos rebaños, conocía muy bien su comarca, había hablado de joven con Cabrera y aunque no era carlista sentía marcada simpatía por los carlistas. Era hombre curioso, de los que gustan enterarse de todo; hablaba bien, con facilidad, y contaba historias muy amenas. No era de esa gente que pasa por la vida sin comprender nada. Había leído poco, pero lo leído por él lo recordaba perfectamente.

Nos dijo que era descendiente de un maestro de la orden de los Templarios, Francisco Montpesar, y que guardaba un árbol genealógico que tenía las garantías que pueden tener estas cosas y una ejecutoria que explicaba el origen de su familia.

Después nos explicó sus preocupaciones que provenían principalmente del carácter turbulento de sus hijos. El mismo había tenido una juventud borrascosa, pero la suerte le hizo casarse con una mujer tranquila y pudo sentar la cabeza. A veces, aun a pesar de su edad, tenía días en que se le encalabraba la sangre y estos días no encontraba mejor remedio para tranquilizarse que montar a caballo y dar una caminata de diez o doce leguas.

—Los Montpesar tenemos la sangre ardiente; esto nos mata —decía.

Con respecto a sus hijos no sabía qué hacer con ellos, si mandarlos a Madrid o dejarles en Cantavieja a que vivieran como unos palurdos.

La violencia que manifestaban le asustaba. El chico, Paco, tenía buenos sentimientos, pero era como un gavilán o un aguilucho: a la menor cosa se disparaba, se exaltaba y estaba dispuesto a pegarse con cualquiera. A la chica le ocurría algo por el estilo: podía pasar por modosita y tranquila un momento, pero cuando le contrariaban le brillaban los ojos, se ponía pálida y comenzaba a gritar como una loca, a llorar y a pegarse cabezadas en las paredes.

—Somos gente violenta —murmuró el señor Montpesar—. Esto no es fácil dominarlo, y menos viviendo en un ambiente de pueblo.

—¿Y no ha pensado usted que sería mejor llevar a sus hijos fuera? Por ejemplo, al extranjero —le pregunté yo.

—Sí, lo he pensado; pero no me resuelvo a hacerlo. Primero, yo no soy bastante rico para enviar a mis dos hijos a colegios buenos al extranjero; yo haría un sacrificio con gusto, pero, ¿luego? Estos chicos, acostumbrados al extranjero, ¿podrían vivir después en una aldea atrasada pensando sólo en los rebaños?

—Sí, es verdad; tiene usted razón.

—¿Y usted no puede dejar el pueblo? —preguntó Aviraneta.

—No puedo, no. Tengo que atender a mis fincas. Si las dejara en manos de administradores, ¡adiós!, se quedaban en pocos años reducidas a nada. Puedo llevar a la familia a pasar unas temporadas a Madrid, a Barcelona o a Valencia; pero dejar el campo, no puedo.

—¿Y cuál es su plan?

—Pienso darle a mi hija una dote de quince a veinte mil duros para que se case, y dejarle las

masadas con sus rebaños a mi hijo; pero Conchita es muy rebelde y no se casará, si se casa, más que con el que a ella le parezca bien.

El señor Montpesar nos habló de Cantavieja y de los pueblos de alrededor, nos explicó detalles muy curiosos de la vida de los ganaderos y de los pastores. También nos habló de Mirambel, un pueblo próximo al suyo, y nos contó una larga historia referente a este pueblo en la que intervenían sus antepasados, los Montpesar.

Esta historia tiene alguna relación con un agente que Aviraneta envió al Maestrazgo en tiempo de la guerra civil y por eso he pensado que debía incrustarla en Las Memorias de un hombre de acción.

## I

### EL PUEBLO

En los confines meridionales del Bajo Aragón, en una cañada, al pie de la montaña de San Cristobal y cerca del pequeño río o rambla de Cantavieja se encuentra el pueblo llamado Mirambel.

Es una aldea, oscura, amurallada, con aire antiguo, casi de la Edad Media. Su muralla amarillenta negruzca, se conserva intacta, sin ninguna brecha y para entrar en el pueblo, es necesario pasar por alguna de sus puertas. Esta muralla gótica tuvo en otro tiempo su camino de ronda, sus matacanes y aspilleras, que después se tapiaron.

El terreno próximo a la aldea es árido y montañoso; en las inmediaciones se levantan los cabezos de la Sierra Palomita, el alto de Tavaruela, la Sierra Blanca hacia Olocau del Rey, y la Sierra Menadella en el límite de las provincias de Castellón y de Teruel. Más cerca, se yergue el tozal de San Martín, el de Aniento y el Cabezo de Moragues.

La rambla de Cantavieja, pasa a poca distancia de la villa sobre un lecho de piedra gris. Este arroyo nace en los montes de Tavaruela y de Bobolar, baja por Mirambel y en la Mata se le une otro procedente de la Iglesuela del Cid: la rambla Sellumbres, o río de las Truchas. El riachuelo de este nombre se vierte en el Bergantes, cerca del pueblo llamado el Forcall o el Horcajo.

Los tres arroyos unidos en el Forcall: el de Cantavieja, el de Caldés y el Bergantes forman uno solo con este último nombre. El Bergantes nace en el Coll de Morella, entre la Sierra de la Higuera y la Mola de Clapisa y tras de unirse con el Caldés y el Cantavieja, cruza por el llano de la Batallera y desemboca, después de pasar por Aguaviva, en el Guadalope, el cual sale al Ebro, en las cercanías de Caspe.

La comarca entre Mirambel y Morella, es árida, áspera, desolada, erizada de colinas yermas. Hay grandes cerros de piedra caliza, formaciones de moles rojas y amarillentas como ruinas de inmensos palacios y castillos, de ciudadelas de cíclopes o de gigantes, que a veces fingen detalles que parecen por un momento de construcción humana.

En los barrancos próximos a Mirambel la frondosidad es poca; nacen en ellos plantas silvestres, carrascas, pinos, robles, enebrales, romerales y pequeños almendros que en primavera alegran la tierra árida con sus flores blancas.

El clima es extremado, más frío que caliente; el aire puro y el cielo casi siempre limpio.

La gente, en vez de temer el calor del verano lo desea, pensando que con el calor las cosechas pueden ser mejores.

La labranza es escasa; el campo montuoso, escarpado y árido produce centeno, cebada, avena y azafrán, todo en poca cantidad; la industria del pueblo consiste en algunos telares primitivos de cordellates, estameñas y lienzo.

Cuando la meseta aragonesa baja al Mediterráneo, comienza la tierra a cambiar y con ella el aspecto de los pueblos; se blanquean las casas, se les ponen franjas azules debajo de los aleros, aparecen las azoteas, deja de reinar el castellano y se empieza a hablar valenciano.

a El Maestrazgo se halla en el límite de las dos influencias, la de la meseta y la del mar, la castellana y la valenciana. Mirambel se encuentra en la frontera de esta zona en la parte castellana, y Morella en la valenciana.

En algunos pueblos del Bajo Aragón se habla ya valenciano. Las dos lenguas, la del centro y la de levante, el castellano y el valenciano, como todos los dialectos latinos, se pueden mezclar con facilidad y dar diversos productos híbridos con distintos matices.

No ocurre lo mismo con el vasco que no puede mezclarse con el castellano ni con el francés y la frontera suya con los idiomas latinos está cortada a pico y no da productos híbridos.

En Mirambel se habla castellano casi sin acento regional.

Mirambel tiene unas ciento cincuentas a doscientas casas de dos pisos y algunas de tres, casi todas de piedra. Al pueblo le ciñe un muro con cinco portales y otros tantos torreones redondos, coronados por tejadillos cónicos aplanados.

A la salida del pueblo, de aire caballeresco, medieval, a la orilla del camino hay una cruz de término, desgastada por las inclemencias del tiempo. Al entrar en Mirambel por el lado de Morella se pasa por debajo de un arco. Este arco se abre a poca distancia de una de las atalayas redondas, incrustadas en la muralla con su tejado cónico aplastado y sus matacanes.

Frente a la cruz del camino la muralla presenta una arista y sobre ella se levanta el torreón, lo que le da un poco el aire de la proa de un barco que penetrara en la tierra.

Entrando por la puerta se sale a la calle mayor, la calle principal, bastante ancha y casi siempre desierta. Esta calle, empedrada de cantos empotrados en el suelo, tiene una especie de acera también de cantos limitada por una línea de piedras blancas.

A mano derecha del portal e inmediata a él se levanta una pared encalada con unas ventanas pequeñas, otras grandes con celosías negras y miradores salientes, cerrados, con su tejadillo. Es el convento de las Agustinas Descalzas.

Mirambel tiene pocas calles, unas con el suelo de tierra, otras empedradas con cantos agudos; la calle Mayor atraviesa toda la villa. A pesar de ser la principal es triste, pobre, llena de soledad y de silencio. Pasa, muy de tarde en tarde, algún hombre con su caballería o algún carromato; se oye al herrero que da martillazos en su yunque, al albéitar que saca a herrar a los caballos y a los mulos a una esquina o algunos chiquillos que juegan.

Las mujeres, sentadas en los portales o delante de las casas, hilan, hacen calceta o charlan.

Algunas, mientras terminan sus faenas, cantan una canción que se oye con frecuencia en el país:

Canta el gallo, canta el gallo,  
canta el gallo y amanece...

Dentro del pueblo hay una hermosa fuente con muchos caños con un abrevadero. En medio del caserío se abre una gran plaza, la plaza Mayor o plaza de Aliaga. Se levantan en ella dos caserones grandes, de piedra amarillenta, negruzca, con el alero saliente y, debajo de éste, una galería con arcos, la mayoría cerrados con tapias de ladrillo.

Las dos casonas, por su traza, parecen del final del siglo XVI o principios del XVII; no tienen balcones, sino grandes ventanas y un arco elevado de medio punto, de piedra, con sus dovelas y unas puertas espaciosas con su postigo. En una de estas casas hay un reloj de sol, blanqueado con cal, con los números romanos de las horas grabados y pintados de negro.

Las dos casas oscuras, casi iguales, se yerguen en la plaza, una frente a otra, como desafiándose. Quizá fueron construidas por familias rivales.

En tiempo de la primera guerra carlista hubo allí oficinas y empleados y se alojaron personajes importantes.

Son dos casas sombrías, siniestras. Es muy posible que en ellas haya habido duendes, almas en pena y ruido de cadenas. Si no los ha habido es más que por culpa suya por falta de imaginación de los mirambelianos.

Las otras casas de la plaza son pequeñas, pobres, de un piso o de dos, con ventanas y balcones sencillos, de hierro o de madera.

El ayuntamiento se halla cerca de la iglesia, tiene un solo piso y un soportal con arcos grandes a manera de logia. Los mozos juegan allí a la pelota los domingos.

La iglesia está bajo la advocación de Santa Margarita y fue quemada casi por completo por las fuerzas carlistas del Serrador, en 1837.

Se construyó después una torre amarillenta y de aire barroco, en la cual, con el tiempo, nació un



arbolillo. Nadie lo quitó, y hoy corona la torre en verano con su verdura como si fuera el airón de un casco heráldico.

Desde lejos, Mirambel, tiene una traza hosca y guerrera, con su muralla negruzca y sus torreones, destacándose en el fondo de los montes amarillentos y grises.

Hay algunas huertas cerca del pueblo a orilla de la rambla de Cantavieja, arroyo escaso en invierno y seco en verano.

Un cementerio, con cipreses negros, se destaca en una altura con un calvario; hay, además, una ermita, la del Santo Sepulcro en las inmediaciones, con su espadaña y su esquila.

El campo de los alrededores es pobre y despoblado, con algunas pocas masías, muy lejanas unas de otras.

Al final del siglo don Antonio Ponz, que visitó Mirambel, decía en su Viaje por España: «Su población es de doscientos vecinos, que viven en la villa y en las masías de labor; hay algunas familias de caballeros hacendados; un convento de monjas Agustinas, en cuya iglesia no hay objeto artístico que llame la atención, ni tampoco en la parroquia, fuera de la portada, que es sencilla, con ornato de dos columnas. Hay ermitas y cofradías que, con sus gastos, no dejan de atrasar a los vecinos».

Mirambel, en el siglo XIX, apenas aumentó de habitantes; no varió, se quedó inmóvil, paralizado dentro de sus muros de piedra, como un fósil.

Los pueblos de altura tienen siempre un aire más aristocrático, más hermético que los pueblos de llano o de las orillas del mar. Mirambel ha seguido siendo pueblo cerrado, hierático, misterioso. Parece un animal muerto dentro de su concha.

El convento de las Agustinas, en este pueblo lánguido y triste, da una gran impresión de melancolía, con sus muros blanqueados y sus ventanas cerradas.

Los domingos, por la tarde, cuando el esquilón de la capilla de las monjas toca a vísperas o a completas y se oye detrás del gran muro un rumor lejano de órgano y los cantos de las religiosas, el raro viajero que pasa por allí se siente sobrecogido como si le hubieran transportado por arte de magia a un rincón de la Edad Media.

Esta campana de los conventos de monjas que va marcando las horas canónicas de los distintos oficios divinos, tiene algo parlanchín e impertinente; parece que todo lo que no pueden hablar las místicas ovejas del señor en el claustro o en las celdas lo habla su esquilón de una manera pertinaz y charlatana.

Muchas veces en las fiestas se establece el diálogo entre la campana hombruna de la iglesia y la femenina del convento y parecen explicarse como un matrimonio no muy bien avenido.

Cuando cesan los rumores de los cánticos del convento, no se oye más que el grito de algún alcotán que cruza el aire puro y en verano el chillar confuso de los gorriones y de las golondrinas que trazan líneas vertiginosas en el espacio, a las que suelen suceder los murciélagos con su vuelo tortuoso e inquieto.

Unos y otras tienen sus nidos en los huecos de la muralla, en el tejado de la torre y en los aleros del convento y no es raro ver cómo se disputan a picotazos y a arañazos la habitación para sus crías.

Al salir el sol, Mirambel, brota de la oscuridad de la noche, claro, frío, casi nuevo bajo el cielo azul y el aire claro que parece de cristal; el humo gris de las chimeneas se expira en el cielo transparente. Al ponerse el sol, cuando el Angelus da sus campanadas tristes, el pueblo parece ruinoso, abandonado, y el humo de las hogueras llena la cañada y enturbia el aire.

Mirambel tiene ese crepúsculo de las tierras altas y secas; crepúsculo lleno de magnificencia, en que el día parece morir inundando el cielo de sangre.

En esta hora misteriosa y mágica, cuando el sol se retira y los montes se tiñen a lo lejos de luz morada, cuando un vientecillo frío corre por las calles del pueblo, trayendo un olor de retama y de jara de las cocinas y los cerros grises se incendian en las alturas por un último rayo de sol, parece que nada tiene materia ni consistencia y que las piedras van a huir llevadas por una ráfaga de aire.

El primer momento del anochecer es lóbrego, amenazador; pero pasado éste se presenta la noche

maravillosa, plagada de estrellas.

En estos lugares, secos, altos, de aire puro y limpio, el resplandor de los astros está lleno de fulgores. Son también magníficas las noches de luna. Entonces, desde el camino, se ve a Mirambel con sus murallas y sus paredes blancas con el aspecto de un pueblo fantasmático, muerto, como metido en una campana de cristal.

Los montes grises brillan desnudos y desolados, el viento silba en la cañada, las lechuzas pasan revoloteando sobre el camino lanzando su grito estridente y algún perro ladra furioso a la luna.

## II

### LOS ALREDEDORES

Mirambel, actualmente, es una aldea pobre, encerrada en sus murallas, sin grandes comunicaciones con los pueblos de alrededor. Estos viven de la misma manera retirada y huraña. Antes, todos ellos, además de sus pequeñas industrias particulares, tenían un comercio general de fajas y mantas, que fabricaban con las lanas del país.

Algunas de las aldeas próximas, la mayoría de escaso vecindario, son visitadas en ciertas épocas de ferias y de fiestas. Cada una ofrece sus atracciones.

Bordón tiene Nuestra Señora de la Araña y la ermita de la Virgen de la Carrasca. Don Rodrigo Méndez Silva, en su «Población general de España», trae la fundación de este pueblo en 1306 a fines de la dominación de los templarios en el país.

El sitio ocupado por este lugar de Bordón era un espeso bosque poblado de encinas. Al pie de una de ellas apareció la Virgen a un pastorcito. Avisaron el caso al prior de Castillot, y éste, al ver la imagen, ordenó se levantara una ermita para colocarla, y como la imagen realizase varios milagros, vino a ser visitada de mucha gente y fue necesario ensanchar el templo y se pobló el contorno.

Otro de los pueblos de la comarca, Olocau del Rey, ofrecía hasta hace años la curiosidad de una cueva con la figura de un caballo misterioso, al cual se le rendía culto, quizá un resto del paganismo celtíbero. En Olocau había un castillo restaurado y desfigurado y se hablaba de que en él existían unos calabozos extraños que se podían inundar.

En Todolella estaba la ermita de San Onofre con unos ternos muy ricos y ornamentados; en el Forcall se veían varias casas góticas y, entre ellas, en la plaza, la de los Osset, con un salón enorme y una escalera muy decorativa. La familia ostentaba como lema esta frase latina: *In ferro et in lancea vici*.

Torchón tenía la especialidad antigua de los quesos y, en su iglesia, había una custodia de mérito cincelada por el orfebre Ponzón de Morella.

En la Mata quedaba ruinoso el palacio de los caballeros del Temple.

La Cuba, en la ladera de la Muela de Moragues, pueblo de estereros, no ofrecía nada arqueológico ni curioso; en la Iglesuela del Cid se decía que quedaban restos de una ciudad antigua, celtíbera o romana.

En Cantavieja, que algunos querían considerar como ciudad fundada por Amílcar Barca y llamada Cartago Vetus, Cartago Vieja, se conservaba la casa de los señores de Zurita, oriundos de Mosqueruela. En aquella casa, después el curato, se guardaba, según se decía, el original de los Anales del historiador aragonés Gerónimo Zurita.

En la plaza de Cantavieja, se veía tallado en piedra el escudo del pueblo con una torre y sobre ella una mujer vieja cantando.

### III

#### EL CONVENTO

La orden religiosa de Agustinas, fundada en África por San Agustín, tuvo en España tres reformas: la primera, verificada por la madre María de Jesús, en Madrid, en 1587; la segunda, por el beato Juan de Ribera, en Alcoy, en 1597, imitando las constituciones de las Carmelitas, y la tercera, de Agustinas Descalzas o Recoletas, ideada por sor María Manzaneda, en Eibar, en 1602.

Al parecer, el convento de Mirambel pertenecía a la segunda reforma. Las monjas llevaban hábito negro y escapulario blanco. El convento se hallaba adosado a la muralla. El muro ciudadano estrechaba y abrazaba el cenobio con su cintura de piedra, formando un recodo.

El arco de entrada de la villa pasaba por debajo de algunos corredores del monasterio. Sobre el arco, por la parte de intramuros, se veían tres balcones de madera, uno sobre otro, con celosías muy primitivas en las balaustradas. Tales celosías conventuales, llamadas por los arquitectos claustras, hechas con placas de barro cocido, con calados en círculos y en forma de cruz para mirar por las ranuras, estaban colocadas como cristales en las maderas de los balcones.

Las ventanas y miradores de la fachada grande, que daban a la calle Mayor, con celosías de madera negra, tenían un aire de jaulas y al mismo tiempo de altares. Se suponía que detrás de ellas, en aquel retiro místico blanqueado, debía haber una monja pálida que contemplase el azul del cielo, rezara el rosario desgranando las cuentas de azabache negro o bordase una blonda tan descolorida como sus manos.

El convento de Mirambel era amplio y espacioso, con extensas vistas hacia el campo a la parte del camino de Morella a Cantavieja. No tenía huerto, sino un pequeño claustro con galerías a un patio interior.

A este patio daban los corredores, la entrada de las salas, de la sacristía, del locutorio y del refectorio. El patio con su fuente y su pozo tenía tiestos con flores y algunas palomas que tomaban la comida de las manos de las monjas.

En la puerta del claustro que comunicaba con la portería por fuera se leía este letrero: Solis mervere beati: Felices los que viven en la soledad; y por dentro este otro también elogioso de la soledad: Beati solitudo, sola beatitudo.

La iglesia, independiente, con entrada a parte para el pueblo, era amplia y hermosa.

Había un coro bajo con una gran reja oculta durante las funciones por una cortina de terciopelo granate y un coro alto con celosías y el órgano.

En el coro alto se celebraban todas las funciones importantes. Se sentaba en medio en su sitial la priora, después las cantoras, por el orden e importancia de su cargo, y en los extremos las legas.

La sala del Capítulo se encontraba cerca de la iglesia, y un vestíbulo la separaba del coro de las religiosas.

Debajo de la planta de la capilla estaba la cripta. Era ésta ahogada y baja de techo, tenía una parte con losas, donde había enterramientos, y un respiradero que no renovaba completamente el aire frío y húmedo de aquel subterráneo.

El convento tenía, por dentro y por fuera, un aspecto más levantino que castellano, pero un aspecto levantino un poco seco, un poco jesuítico. Todas las paredes, enjalbegadas de cal, brillaban cegadoras; el suelo, cubierto de ladrillos rojos, estaba embadurnado de almazarrón, y las salas

principales tenían un zócalo pintado de azul intenso. A pesar de que el edificio estaba hecho para convento con un plan muy estricto y severo tenía muchos rincones y recovecos que habían resultado a consecuencia de las necesidades de la vida de la comunidad.

Las celdas eran pobres como correspondía a las reglas de la orden. En los pasillos alternaban algunos cuadros oscuros con cruces de madera negra.

El locutorio tenía su reja, el torno al lado y unas cuantas sillas con el asiento de esparto.

En el refectorio, cuadrangular y estrecho, había dos mesas largas y oscuras, ventanas que daban al campo y una fila de sillas de paja con el respaldo negro.

La biblioteca era una sala alta de techo aguardillado con ventanas sobre la muralla y dos armarios de puertas con alambreras. En los estantes había libros con pasta de pergamino, roídos por los gusanos y que olían a mohoso, los libros del padre Arbiol, del padre Enríquez, del padre Granada, de Diego de Estella, de Malón de Chaide, de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa. En medio del cuarto una mesa apolillada y dos sillones de paja invitaban a las monjas a dedicarse a la lectura o a dormirse. Una monja aficionada había hecho el catálogo.

Desde la biblioteca se podía subir al torreón de la muralla por una escalera de caracol, ya medio ruinoso y desgastado.

La cocina era de lo más bonito del convento; dos grandes ventanas daban al patio y la iluminaban. La chimenea era baja y espaciosa. Había un poyo con agujeros, en el cual se veían empotradas las tinajas llenas de agua. Los vasares estaban repletos de jarros y platos de Talavera y de Manises y una espetera de cobre relucía al sol.

En la sacristía y sobre las puertas de cuarterones, había algunos adornos barrocos, pintados con cierta gracia en rojo y negro.

En la casa no había riquezas artísticas.

Estos conventos humildes, sin valor arqueológico, sin portadas góticas, sin claustros románicos y sin lienzos de grandes maestros en las paredes, son los que tienen el carácter ascético más místico, más puro. Los otros, ricos y artísticos, toman el aire banal de los museos: las obras de arte parecen borrar la idea monástica acusando lo que es adjetivo y accesorio.

Como había dicho una superiora sabia al llegar a Mirambel, el convento era *domus orationes* porque nada podía distraer allá de la plegaria y de la meditación y no *domus domine* porque para ser la casa del Señor no tenía bastante lujo y magnificencia.

La única obra artística que se podía hallar en el convento era un retablo gótico de mármol esculpido y policromado, quizá de Juan de la Huerta el de Daroca o de alguno de sus compañeros o discípulos. Era un tríptico de pequeño tamaño. En el centro tenía la crucifixión, en uno de los lados la anunciación y en el otro el entierro de Cristo.

Por la talla delicada y minuciosa se comprendía que era obra de algún gran maestro inspirado en la escuela gótica de Dijon.

Todas aquellas figuritas tenían una expresión extraordinaria; pero aún eran de mayor expresión dos imágenes esculpidas a los dos extremos del marco: la una de una plañidera y la otra de la donante; la plañidera con hábito de monja y con los ojos bajos parecía estar llorando; la donante era un retrato casi caricaturizado, una vieja con hábito, la nariz larga y un poco roja, los ojos pequeños y el aire grotesco de dueña suspicaz.

En el dintel de las puertas del convento, entre cartelas y guirnaldas, se leían inscripciones en latín y en castellano, pintadas con letras rojas descoloridas sobre la cal. Bendito y Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar, Alabado sea Dios, Ave María Purísima, *Ave María gratia plena ¡O cruz ave Spes unica! Coeli enarrant gloriam Dei.*

Estos letreros y adornos del claustro los había hecho un pintor valenciano que vivió en el pueblo.

A la entrada de la capilla, que daba al claustro, se leía la frase en honor de la Virgen:

*Stabat Mater Dolorosa.  
Juxta crucem lacrimosa  
Dum pendebat Filius.*

Cerca de esta entrada, en un ángulo del corredor del piso bajo, había una puerta pequeña, reforzada con barras de hierro, y sobre su dintel estaba escrito:

R. I. P.  
*De profundis*

La puerta daba al panteón que se encontraba debajo de la iglesia. Si se abría aquella poterna se pasaba a una galería oscura, y al final partía una escalera estrecha de escalones resbaladizos que terminaba en el cementerio o cripta donde se enterraba a las monjas. Esta cripta era un lugar oscuro, con columnas iluminado por una saetera en el que se veían vagamente tumbas en el suelo y nichos en las paredes.

Antes de la primera guerra civil, el convento, todavía rico, tenía un capellán organista con su sueldo; durante la guerra, uno de los curas del pueblo decía la misa y una de las monjas era la organista.

En tiempo de la guerra había diez y nueve monjas; luego, el número fue disminuyendo paulatinamente. Por regla de la orden aquellas Agustinas tenían que comer siempre de vigilia.

En época de guerra, en que Mirambel estaba incomunicado, las pobres monjas se veían obligadas a alimentarse de verduras, legumbres y algunos pececillos de río.

Tenían ellas que fregar y que barrer. Se decía que muchas de las religiosas encerradas allí enfermaban pronto del pecho y morían de tisis y de anemia.

En el pueblo se contaban algunas fantasías sobre el convento. Se decía que de él partía una mina que lo comunicaba con la ermita del Santo Sepulcro. Se añadía que había cuevas e in-pace\* donde habían muerto monjas castigadas en otro tiempo.

También se aseguraba que a veces se trataba a las monjas con mucho rigor. Se les condenaba a pasar días de ayuno y a comer en el refectorio en el suelo.

En tiempo de la guerra civil se habló de una monja, sor Consuelo, que se escapó con un militar carlista. Se dijo, aunque quizá no era cierto, que el militar la esperó a la puerta del convento, que ella salió y que él le puso un capote de soldado en los hombros, que dejaron el pueblo, descansando un momento en la venta donde la monja dejó sus hábitos, y que huyeron los dos a uña de caballo.

---

\* Así en el original [Nota del escaneador].

## IV

### LA VIDA EN EL CONVENTO

Al contemplar aquella casa grande, amurallada, cerrada, en el pueblo desierto, rodeado de campos áridos, en el aire claro y seco, venía a la imaginación la idea de lo triste de la vida dentro de aquellas paredes blancas.

Se pensaba estar enfrente de una cárcel, de una tumba, de un sepulcro con momias anquilosadas y vendadas, de un hipogeo con autómatas vivientes *perinde ac cadaver*.

Aquel edificio blanco parecía que debía ser una gran prensa para petrificar las almas, sometiéndolas a una rutina árida y formalista, y, sin embargo, donde uno se figuraba desolación y muerte, otro veía en el mismo recinto un castillo de luz esplendoroso, de vida espiritual, un huerto florido con fuentes puras y boscajes, un místico jardín de las Hespérides.

Para muchas de las mujeres encerradas allí, por equivocación, de corazón débil y de poca fe, la existencia entre los espesos muros encalados debía ser monótona, sombría, de presidio, algo como habitar un sarcófago, una catacumba con el sudario presto, sintiendo a pesar de ello el corazón palpitante y el latido de la sangre en las arterias.

La vida monástica para la persona sin vocación tiene que ser un suplicio y una triste comedia en que se representa un papel sin entusiasmo y sin ganas. La mujer o el hombre encerrado en el convento es un pobre histrión que se sacrifica por hacer algo que parezca bien, ¡qué triste y siniestra comedia la del claustro! Sobre todo, ¡qué horrible para la mujer! La ficción de la caridad y de la bondad con el corazón ulcerado por el rencor y la envidia, la histeria disfrazada de misticismo, las galerías siniestras a la luz del crepúsculo, los pasos de las monjas que salen de las celdas a reunirse y a repetir unas palabras sin sentido, la campana que llama en la oscuridad, la lámpara mortecina que se balancea en el coro y los rezos de las completas hechos en las tinieblas y sin luz.

Entre las mujeres llegadas allí equivocadamente, de poco espíritu, de poca imaginación y de poca fe, había sin duda otras de corazón llameante y éstas miraban los muros de la fortaleza ascética con amor, considerándolos no de cárcel horrenda sino más bien de retiro celestial.

Para las almas ardientes y fogosas, enardecidas por la fe, vivir en una constante alucinación mística debía constituir una delicia y la celda pobre y fría, el hábito negro y tosco sobre la piel delicada, la disciplina y el cilicio, la tumba abierta y el sudario próximo eran seguramente un manantial de felicidad y de dulzuras místicas. Todo ello se había de dejar pronto como la mariposa abandona su capullo y lo olvida, se tenía que pasar por lo eventual para llegar a lo definitivo, la vida pasajera por la eterna. *Ad vitam oeternam*\* como dice con su solemnidad el latín...

Hay en la portada de una pequeña iglesia de extramuros de Roma un escudo con una leyenda en castellano de alguno de nuestros místicos: «Mi corazón arde en mucha llama».

¡Cosa difícil hacer arder el corazón en mucha llama! Es, aun no pensando en el órgano material, sino en el espíritu, algo lleno de sustancias duras, muy pesadas e incombustibles.

Para aquellas mujeres cuyo corazón podía arder en mucha llama, el convento de Mirambel no era pobre ni desolado.

Su vida se les figuraba rica y feliz. Como dice San Juan de la Cruz:

---

\* Así en el original, y no *aeternam* [Nota del escaneador].

Dichosa y venturosa  
el alma que a su Dios tiene presente,  
Oh, mil veces dichosa,  
pues bebe de una fuente  
que no se ha de agotar eternamente.

Después de la contemplación mística, de la perspectiva inefable del futuro, de la música religiosa, tenían enfrente la naturaleza pobre, un poco áspera, más no sin encantos.

Desde las ventanas altas de la galería, abiertas por encima de la muralla, se veía, en verano, el cielo uniformemente azul; en otoño, las nubes fantásticas de oro y de sangre del crepúsculo; en invierno, el horizonte gris y a veces amenazador y las turbonadas de viento con polvo y con hojas secas.

En primavera los montes aparecían con las manchas verde-oscuras de los matorrales; en verano algunas flores silvestres: digitales rojas, retamas amarillas, alteas blancas se mostraban en los ribazos; en otoño y en invierno los pocos campos de alrededor se teñían del amarillo y del pardo de las plantas agostadas.

El suntuoso cortejo de las estaciones tiene siempre su carácter y su pompa; cada una de ellas, para el que sabe oírlas, canta su canción peculiar y típica e inconfundible: el día de primavera es la melodía joven, fresca y alada; el de otoño, el adagio melancólico y lánguido; el de invierno el recitativo rudo, poderoso y amenazador. La tarde de verano, con el cielo azul espléndido, la tierra seca, el paisaje con aire tembloroso de ingravidez y de irrealidad, es el himno violento y estridente en honor de las divinidades pánicas.

Esta canción peculiar de cada estación del año posee siempre muchas notas, muchos tonos, muchos matices.

En la primavera es el cuco, como la voz de un niño burlón jugando entre las matas al escondite; la alondra, en el aire, como una saeta de luz; la perdiz, rechoncha, con las patas rojas, que se pavonea coquetona; el seto verde, la flor en el almendro y la nube blanca en el cielo, de un azul de sueño.

En el verano es el calor, que resuena en el oído como un caracol sonoro; el trigal amarillento, con sus amapolas rojas y sus acianos azules; el grillo, que chirría en la tarde pesada y monótona, y la estrella que parpadea con más fulgor en la noche.

En otoño son las bandadas de grullas por el cielo gris, en forma de triángulo, gritando su adiós de despedida a las tierras frías, abandonadas; los pájaros, emigrantes, de colores; las avutardas voluminosas, con sus alas blancas, y los graznidos de los cuervos a lo lejos.

En invierno, el águila o el buitre sobre los cabezos de los montes cubiertos de nieve, y los gorriones alesteando cerca de los cristales, buscando la comida y un asilo contra el frío...

Para alguna de aquellas monjas de espíritu poético y soñador, el convento debía tener sus encantos.

Aquellos pájaros de distinto plumaje y colores que se acercaban a las ventanas, le recordarían las conversaciones de San Francisco de Asís con ellos, a quienes llamaba sus hermanos; la predilección que tenía el santo por las alondras, a las que llamaba hijas de la luz, y sus cantos en colaboración con los ruiseñores.

El gris del otoño y del invierno le traería a la imaginación la hermana ceniza que cantaba el bienaventurado de Asís.

En toda la época invernal, desde la galería del convento se veía en el campo algún cazador con su escopeta y sus perros, y con frecuencia, los ojos escintilantes de algún zorro brillaban entre las matas.

Varias veces al día, en todas las estaciones, un carromato, con su fila de mulas lentas y cansadas, pasaba por el camino levantando nubes de polvo; con frecuencia, caravanas de gitanos se detenían y encendían hogueras al borde de un ribazo; a la misma hora todos los días pasaba una tartana con el



correo, y de tarde en tarde se veía venir una berlina, arrastrada por dos caballos, de algún viajero rico de la ciudad.

En las noches tranquilas reinaba un silencio imponente, sólo a veces interrumpido por el grito de la lechuza o por el tintineo de los cencerros de los caballos que pastaban en el campo.

Cuando se desencadenaba el viento, las ráfagas de aire parecían raspar las paredes, y su silbido agudo se convertía a ratos en una voz ronca y amenazadora.

.....

Hay quien supone que la cantidad de felicidad y de desdicha de una persona radica en sí misma. Para los que opinan así, lo mismo da más que menos, arriba o abajo, la cima o el valle, el convento o el salón. ¿Quién sabe si estarán en lo cierto los que tal aseguran? Quizá asomarse, presa, a la ventana del convento de Mirambel no es muy diferente que mirar al mundo, libre, desde el palacio de la Castellana o de hotel suntuoso de la Avenida de los Campos Elíseos.

## V

### LOS TEMPLARIOS

Mirambel perteneció en la Edad Media, durante más de un siglo, a la Orden de los Templarios. En la villa tenían los cruzados un suntuoso palacio y varias torres.

Los caballeros del Temple gozaban, al parecer, de unos privilegios exagerados, de unos derechos extraordinarios; mandaban en todo: en las personas y en las cosas. Eran banqueros, usureros y señores de horca y cuchillo. Vejaban al pueblo con sus prohibiciones.

Los villanos no eran nada, no tenían libertad de ir y venir, de vender y de comprar, ni de cazar en los montes. Los entierros de los suyos no podían pasar por delante de las moradas suntuosas de los caballeros de la orden.

Los templarios gozaban de la exención de diezmos; sus monasterios, iglesias, casas, hospitales y granjas eran casi sagrados, y los soldados o jefes de las milicias reales que pretendieran alojarse en ellos quedaban en entredicho.

El fuero de la población de Mirambel fue concedido a esta villa por don Raimundo Serra, maestre de la Orden del Temple en Aragón y en Cataluña, en 1243. El fuero era idéntico al otorgado a Zaragoza.

Las hazañas de los templarios mirambelianos no dejaron gran rastro en la memoria de las gentes; no registró la historia gestas heroicas contra los moros; quizás se limitaron estos caballeros a pelear con las botellas y con las buenas mozas. Los cruzados mirambelianos, hermanos sirvientes, escuderos o fámulos, se dedicaban más a la caza y a la buena vida que a las abstinencias o a los peligros de la guerra.

El dominio de los templarios no fue muy largo en el país, ni tampoco lo fue en el resto de España ni en Europa.

La historia de los templarios durante mucho tiempo fue una historia conocida y apasionante; luego, al cabo de los años, no quedó de ellos más recuerdo que las ruinas de sus castillos y el nombre.

El hablar de ellos hoy, es casi una novedad.

La orden del Temple era una orden de fundación francesa. Los primeros templarios fueron nueve caballeros que siguieron a Godofredo de Bouillon a la conquista de Tierra Santa. A éstos se unieron otros; se constituyó la orden, y el Concilio de Troyes aceptó sus estatutos.

Los templarios debían considerarse más que las otras órdenes militares, porque en un Concilio de Salzburgo se propuso reunir en una orden sola los templarios, los hospitalarios y los caballeros teutónicos, y los templarios no aceptaron la fusión.

El estandarte blanco y negro de los templarios, el Bauceant, gozaba de un enorme prestigio.

A principios del siglo XIV este prestigio comenzó a decaer. Los templarios tenían que retirarse de Palestina y de Chipre. El rey de Francia se manifestó pronto enemigo suyo; publica un acta de acusación y les llama lobos, pérfidos, idolatras cuyas palabras son capaces de ensuciar la tierra y de infectar el aire.

El monarca francés Felipe el Hermoso pidió colaboración y ayuda contra los templarios y dirigió primero cartas a Fernando IV de Castilla y a Jaime II de Aragón.

Este último contestó haciendo un elogio de sus caballeros del Temple, exponiendo no tener de ellos queja alguna y negándose a proceder contra la orden.

Por el mismo tiempo, el rey de Inglaterra escribe a los reyes de Castilla, de Aragón, de Portugal y de Sicilia, defendiendo a los templarios. Los reyes quedan indecisos, hasta que, años después, el papa se manifiesta contra ellos y lanza una Bula de excomunión a las personas que les presten ayuda.

En 1308 el papa Clemente V escribió al rey de Aragón y a los inquisidores para detener como sospechosos de herejía a los caballeros del Temple de aquel reino que no hubieran sido detenidos y de confiscar sus bienes en beneficio de la Santa Sede.

Por entonces, el rey Jaime II de Aragón da la orden de prender a los de su territorio, y los caballeros cruzados se refugian en los castillos de Monzón, Cantavieja, Villel, Castellote y Alcañiz; se fortifican, se preparan a la defensa resisten durante algún tiempo, hasta que se rinden a las tropas reales en 1308.

Jaime II de Aragón se había declarado antes partidario de los caballeros del Temple; pero como el papa exigía su proceso, a petición del inquisidor fray Juan Llorget se nombró un tribunal para juzgarlos, que se reunió en Tarragona en 1312, en el cual fueron absueltos.

En Castilla, en el Concilio celebrado en Salamanca, encargado de examinar la causa de los templarios, se les declaró inocentes de los hechos terribles que se les imputaba.

Por entonces, la Orden de los Templarios fue abolida por una Bula del papa.

En Francia, Felipe IV el Hermoso fue el que comenzó las hostilidades contra los templarios, según unos, por rivalidad contra ellos y por apoderarse de sus inmensas riquezas y propiedades; según otros, por motivos plausibles. En España los templarios no fueron acusados tan violentamente como en Francia. En Castilla y Aragón se les reprochaba únicamente su influencia y sus inmensas fortunas.

Se supone que Felipe el Hermoso, de Francia, tenía un profundo odio por los templarios. Los consideraba orgullosos y ambiciosos, les acusaba de amotinar al pueblo y de haber socorrido con grandes recursos al papa Bonifacio VIII cuando éste tenía diferencias con el rey de Francia.

El proceso de los templarios, iniciado en París, tuvo carácter de una acusación de magia y de brujería contra la orden. La política no intervino, aparentemente, en nada. Eran quince mil caballeros, sin contar los hermanos sirvientes y afiliados, y tenían nueve mil casas o señorías repartidas en Europa y Asia entre granjas y castillos. Podían desafiar a los ejércitos de los reyes de Europa.

El rey de Francia vio, por un lado, el peligro, y, por otro, la posibilidad de apoderarse de las grandes riquezas de los templarios, y lanzó contra ellos una acusación de orden religioso y canónico, apoyándose en la Inquisición, entonces poderosísima.

Felipe el Hermoso, con su consejero Guillermo de Nogaret, había hecho lo mismo con el papa Bonifacio VIII. El rey de Francia había obligado a los obispos y abades de su reino a pagar los tributos correspondientes a las propiedades de sus iglesias; el papa Bonifacio prohibió pagar a los eclesiásticos. Se amenazó al rey con la excomunión y se declaró la guerra entre el rey y el papa. Entonces Felipe y su consejero acusaron al papa de que no creía en la inmortalidad del alma, de que tenía un demonio al cual pedía consejo, de que había hecho matar a varios eclesiásticos, de que vendía públicamente las dignidades de la Iglesia y de que había envenenado a su predecesor. Estos cargos eran frecuentes en la época.

Las acusaciones contra los templarios fueron de la misma clase de las dirigidas años antes contra el papa. Los motivos que para el tribunal de París eran gravísimos y merecían la muerte en la hoguera, para los inquisidores de España, Italia y Alemania no existían, porque los Concilios de Ravena, Maguncia, Salamanca y Tarragona consideraron a los templarios inocentes.

Al hablar del proceso de los templarios dice el padre Mariana:

«El principio de esta tempestad comenzó en Francia. Achacábanles delitos nunca oídos, no tan solamente algunos en particular, sino en común a todos ellos y a toda su religión. Las causas eran infinitas; las más graves éstas: que lo primero que hacían cuando entraban en aquella religión era

renegar de Cristo y de la Virgen, su madre, y de todos los santos y santas del cielo; negaban que por Cristo habían de ser salvos y que fuese Dios; decían que en la cruz pagó las penas de sus pecados mediante la muerte; ensuciaban la señal de la cruz y la imagen de Cristo con saliva, con orina y con los pies en especial, porque fuese mayor el vituperio y afrenta en aquel sagrado tiempo de la Semana Santa, cuando el pueblo cristiano con tanta veneración celebra la memoria de la pasión y muerte de Cristo; que en la Santísima Eucaristía no está el cuerpo de Cristo el cual y los demás sacramentos de la santa madre iglesia los negaban y repudiaban. Los sacerdotes de aquella religión no proferían las místicas palabras de la Consagración cuando parecía que decían misa, porque decían que eran cosas ficticias e invenciones de los hombres, y que no eran de provecho alguno; el maestro general de su religión y todos los demás comendadores que presidían cualquiera casa o convento suyo, aunque no fuesen sacerdotes, tenían potestad de perdonar todos los pecados; solía venir un gato a sus juntas; a éste acostumbraban arrodillarse y hacelle gran veneración, como cosa venida del cielo y llena de divinidad; ultra de esto, tenían un ídolo, unas veces de tres cabezas; otras, de una sola; algunas, también, con una calavera y cubierta de una piel de hombre muerto; de éste reconocían las riquezas, la salud y todos los demás bienes, y le daban gracias por ellos. Tocaban unos cordones a este ídolo y, como cosa sagrada, los traían revueltos al cuerpo, por devoción y buen agüero. Desenfrenados en la torpeza del pecado nefando, hacían y padecían indiferentemente.»

Después de esta explicación, el sabio historiador jesuita se pregunta si estos cargos no serían cuentos de viejas.

El caballero sevillano don Pedro Mexía, en su *Silva de varia lección*, habla de los templarios, y aunque no se decide en favor ni en contra suya, dice que hacían su profesión ante una estampa o imagen vestida con cuero o pellejo de hombre y que bebían sangre humana en sus juramentos para guardar su secreto.

Don Pedro Rodríguez Campomanes, conde de Campomanes, en sus *Disertaciones Históricas del Orden y Caballería de los Templarios*, especifica los cargos contra ellos. Primeramente dice:

«Los novicios, luego que entraban en la religión de los templarios, blasfemaban a Dios, a Cristo, a su bienaventurada madre María, negaban a todos los santos, y escupían sobre la cruz e imagen de Jesucristo, y le pisaban con los pies, y afirmaban que Cristo había sido falso profeta y que ni había padecido o sido crucificado por la redención del género humano.

Además de esto, adoraban, con culto de latría, una cabeza blanca, que parecía casi humana, que no había sido de santo alguno, adornada con cabellos negros y encrespados y con adorno de oro cerca del cuello, y delante de ella rezaban ciertas oraciones, y ciñéndola con unos cíngulos se ceñían después a su cuerpo con ellos, como si fueran saludables.»

El tercer cargo era que omitían en la misa las palabras de la consagración, y los últimos, los que se referían a sus malas costumbres. También se decía que evocaban al diablo, que se les aparecía en forma de gato.

Otras muchas leyendas quedaron de los templarios. En su tiempo se les acusó de formar una sociedad misteriosa, de unirse unos a otros con un secreto impenetrable, con terribles juramentos para apoderarse de Europa.

Se aseguró también que a los templarios que morían se les quemaba y se daban sus cenizas a los otros para que las bebieran mezcladas con licores, y que a un hijo que tuvo un templario se le asó al fuego y que con la grasa se untó al ídolo que adoraban.

Todas estas acusaciones revelaban el mismo sistema que los papas y los reyes siguieron contra las instituciones y los hombres que les estorbaban, tachándoles siempre de heréticos y de inmorales.

## VI

### BAPHOMET O BAPHOMETUS

Cuando en épocas modernas se ha vuelto a examinar el proceso de los templarios, la antigua divergencia de opiniones ha vuelto a aparecer, y los caballeros del Temple han tenido defensores y detractores.

Los detractores quisieron demostrar que los crímenes de los templarios eran ciertos e indudables y que los procesos contra ellos fueron llevados por espíritu de justicia; los defensores afirmaron que fue la ambición y la codicia del rey de Francia, unida al servilismo del papa, los que destrozaron a los templarios.

El proceso, indudablemente, se hizo a base de mentiras y de intrigas dirigidas por el rey Felipe y por el papa Clemente V, antiguo arzobispo de Burdeos, elevado al solio pontificio por el rey de Francia, a condición de que éste le prometiera colaborar en sus proyectos, entre ellos el de la abolición de los templarios.

El abate Bergier resume los cargos contra la orden: primero, renegar de Jesucristo a la recepción de la orden y escupir sobre la cruz; segundo, cometer entre ellos impudicias abominables; tercero, adorar en sus capítulos generales a un ídolo de cabeza dorada que tenía cuatro pies; cuarto, practicar la magia, y quinto, obligarse a un secreto impenetrable por los juramentos más horribles.

Fuera de estos impugnadores y defensores clásicos, hubo los que intentaron explicar las supuestas herejías de los templarios por exégesis esotéricas, suponiendo que los caballeros habrían traído de Oriente cultos exóticos y raros, entre ellos el culto fálico.

Al tratar uno de los apologistas del siglo XVIII del ídolo de los templarios, dice:

«Respecto a la cabeza dorada que se pretende que ellos adoraban y que se guardaba en Marsella, debía haberles sido presentada como pieza de convicción; pero no se tomó el trabajo de buscarla.»

Se dijo, a principios del siglo XIX, que se había encontrado la cabeza misteriosa que adoraban los templarios, a la cual se llamaba Baphomet.

Era una cabeza de madera, dorada, que tenía larga barba, bigotes grandes y colgantes, y en lugar de los ojos, dos granates, brillantes como ascuas. Otros aseguraban que Baphomet tenía la mitad de la barba en la cara y la otra mitad en el trasero.

Se creyó que Baphomet era una simple modificación de Mahomet, porque los templarios habían renegado de Cristo y se habían hecho mahometanos. Pero, ¿cómo se podía aceptar que los templarios fueran a tomar un ídolo de los mahometanos cuando éstos no tienen ni imágenes ni ídolos, porque su monoteísmo absoluto se lo prohibió?

Otros de los exégetas de los templarios han creído que la cabeza baphométrica no era de Mahoma, sino una cabeza dotada de poderes mágicos.

Según un notario de los templarios en Siria, que declaró en la causa contra la orden en París, el origen de la cabeza misteriosa era éste:

Un cierto noble de una villa estaba locamente enamorado de una dama de Armenia. No la pudo poseer en vida; pero cuando murió la violó en su tumba la misma noche en que fue enterrada. En aquel momento oyó una voz que le decía: «Ven dentro de nueve meses y encontrarás una hija tuya». Transcurrido el tiempo, el caballero volvió a la tumba y encontró una cabeza humana entre las piernas de la mujer muerta. De nuevo se oyó la voz, que dijo: «Guarda esa cabeza, porque con ella conseguirás cuanto desees.

Efectivamente, al contacto de aquella testa misteriosa florecían los árboles y se conseguía lo que se deseaba.

Los masones y entusiastas de las Ciencias ocultas han asegurado que los templarios tenían relación con la secta de los gnósticos y de los ofitas, secta esta última de Siria, en la cual la serpiente representaba un papel trascendental, porque, según ellos, había enseñado a los hombres el árbol del bien y del mal. A creer a estos ocultistas, Baphomet no era Mahomet, sino Baphometus, palabra derivada del griego, que quería decir bautismo de la sabiduría. Para los ocultistas la cabeza barbuda era una divinidad, resto de un culto mitraico.

Según los masones de la orden moderna de los templarios, que pretender ser continuadores de los antiguos, el Baphomet era la figura panteística y mágica de lo absoluto, el símbolo sagrado de la Naturaleza. La antorcha colocada entre los dos cuernos representaba la inteligencia equilibrante; la cabeza del chivo, cabeza sintética, reunía caracteres del perro, del toro y del asno y simbolizaba la responsabilidad de la materia sola y la expiación, que en los cuerpos debe castigar solamente las faltas corporales. Las manos eran humanas, para mostrar la santidad del trabajo. El Baphomet antiguo, según ellos, llevaba un cadúceo, reemplazado después por la rosa cruz. Tenía también el ídolo senos de mujer y grandes alas de arcángel.

Un erudito, Hammer, examinó a principios del siglo XIX dos cofrecillos que habían pertenecido a los templarios, uno en Borgoña y el otro en Toscana.

En la cubierta de uno de estos cofres se veía una imagen de la naturaleza bajo los rasgos de Cibeles en plena desnudez. En una de las manos sostenía el disco del sol, en la otra la media luna a la cual iba unida la cadena de los eones. A los pies de la deesa\* se veía el pentágono de los ofitas y en medio una cabeza de muerto, seguramente la de Baphomet.

Para nuestros fantásticos ocultistas, los templarios tenían relación no sólo con la secta de los ofitas sino también con la de los maniqueos y de los asesinos.

Con todo esto la historia de los templarios y su proceso ha tomado un aire más lleno de confusión y de misterio y probablemente ya nadie lo aclarará por completo.

Como dice don Pedro Mexía en su *Silva de varia lección*: «Este secreto con otras cosas, que están encubiertas, sabremos el día del juicio final, donde se dará justa sentencia contra todos y se sabrán los delitos de todos».

A pesar de su influyente Baphomet los pobres templarios fueron perseguidos, acorralados y martirizados sin que su ídolo les sirviera para nada.

El monarca francés Felipe IV, logró un gran triunfo. Destrozó, aniquiló a sus enemigos, les sometió a la prisión y a la tortura, se apoderó de sus bienes y de sus propiedades y los deshonoró ante el pueblo. El rey de Francia, apoyado por el Papa, obró con una gran habilidad y una gran perfidia.

Ya extinguida la orden de los caballeros del Temple por el papa Clemente V, papa monstruoso y sangriento, el rey de Castilla dio las rentas de los territorios de su reino a la nueva orden de Calatrava, y el de Aragón a la de Montesa. Según los historiadores fantásticos de la masonería, los caballeros del Temple, escapados de la terrible persecución del rey de Francia y reunidos en Escocia y en Suecia siguieron sosteniendo la orden, que se convirtió con el tiempo en el Oriente masónico de Caballería cristiana de Templarios, Oriente que ha durado hasta nuestros días y dura todavía y a ella pertenecen los reyes de Inglaterra.

Probablemente, para muchos contribuyó a la idea de encontrar una relación entre los templarios y los masones el ver que en las iglesias románicas que quedan de los templarios hay esos signos lapidarios de los gremios de canteros medioevales que también se llaman signos masónicos.

Los masones han asegurado que los templarios dejaron sucesores en la franc-masonería y que sus instituciones han sobrevivido.

En el tiempo de Luis XIV parece que algunos señores de la corte intentaron hacer resurgir una sociedad de Templarios y que la logia de los Tres Globos Terrestres fundada por el gran Federico en Alemania pretendía también ser continuación de los caballeros de San Juan de Jerusalén.

---

\* Así en el original, ¿Errata por *dehesa*? [Nota del escaneador].

En estas nuevas logias de los templarios se veían la cabeza de Molay, el gran maestro quemado vivo en París, coronada de siemprevivas y de laureles, y las de Felipe el Hermoso de Francia y de Clemente V. En tales logias la palabra sagrada era Jacques-Bourguignon Molay.

## VII

### LA ÉPOCA CARLISTA

Después de la lejana época en que Mirambel alojó a los templarios figuró poco en la historia, pasaron por la villa las tropas de uno y otro bando durante la guerra de Sucesión, ocuparon el pueblo unos días los soldados del duque de Berwick, estuvieron de paso los franceses en la guerra de la Independencia y únicamente el pueblo llegó a adquirir cierto renombre en la guerra civil primera por circunstancias especiales que mediaron en ella.

Durante algún tiempo residió en Mirambel la Junta Suprema de Aragón, de Valencia y Murcia, nombrada por don Carlos a su paso por el país cuando la Expedición Real de 1837.

La Junta elegida de antemano por Cabrera se estableció primero en el Forcall. Estaba compuesta por el conde de Cirat, el obispo de Orihuela, don Félix Herrero Valverde, el conde de Samitier, don Joaquín Polo, don Ramón Plana, don Antonio Santa Pau, don Juan Ibáñez y don Francisco Sanz.

Después se consideró más seguro que el Forcall, Mirambel por su aislamiento y por su muralla, y a este pueblo se trasladó la Junta.

La Junta Gubernativa se ocupaba de administración y de suministros. Cabrera le hacía poco caso; el caudillo obraba muchas veces sin tomarla en consideración y no la licenciaba porque le servía para allegar recursos y para mantener por medio de los junteros relaciones con el pretendiente.

Cabrera se valía de la Junta a su modo. No la tenía en mucho ni respetaba gran cosa a los vocales. Cuando le convenía seguía el parecer de aquellos señores; luego, entre sus ayudantes y con frecuencia hasta con el público, se burlaba de ellos.

Mirambel, por ser asiento de la Junta, sirvió de receptáculo a muchas notabilidades carlistas. El reducido pueblo se convirtió de pronto en una pequeña corte. A él concurrían los pretendientes a distintas plazas en el ejército carlista. Se solicitaban y se obtenían destinos para diversos puntos de la nación.

Allí tuvieron su sede y sus despachos oficiales los obispos de Orihuela y de Mondoñedo, allí se instalaron las oficinas del tribunal de secuestros, las de la policía, las de la curia eclesiástica, las del tribunal de diezmos y hospitales, de la intendencia, del tribunal de alzada, de la tesorería general, de la imprenta real y del papel sellado.

Había entre los empleados un sin fin de intrigas y de enemistades. Los burócratas estaban divididos en dos grupos, uno partidario de la Junta y otro de Cabrera. Había también una gran enemistad entre el secretario de Cabrera, Caire, y el eclesiástico, comisario de la Junta, subdelegado castrense, don Lorenzo Cala y Valverde.

Caire, tortosino como Cabrera, era un escribano chanchullero que había dejado rastro de sus raterías en Tortosa, enredador e intrigante por naturaleza. Don Lorenzo Cala, el comisario de la Junta, era también hombre ambicioso que pretendía ser obispo. Descontento y osado, se ponía con frecuencia frente a Cabrera. Varias veces riñó con él y se mantuvo firme a pesar de que el general le amenazaba con fusilarle.

Como Mirambel guardaba entre sus muros gente tan importante, se consideró necesaria una numerosa guarnición y se establecieron fábricas de pólvora y de fusiles; se construyeron nuevas fortificaciones donde lo permitía el terreno y los antiguos baluartes se rodearon de fosos, empalizadas, parapetos aspilleros y otras obras de defensa.



Se temía una sorpresa y un asalto parecido al que realizó el Serrador años antes cuando el pueblo estaba ocupado por los liberales.

Como el sistema de Cabrera era hacer sus rapiñas fuera de la comarca dominada por sus tropas y como éstas cobraban puntualmente, en Mirambel, durante la guerra reinaba la abundancia y circulaba con profusión el dinero.

No toda la gente mirambeliana era entusiasta de Cabrera, y muchos por espíritu regional se indignaban de que el caudillo y sus lugartenientes valencianos y catalanes devastaran con preferencia el antiguo reino de Aragón.

Se aseguraba que en las tierras aragonesas se saqueaba constantemente y sin miramientos, en cambio Levante y, sobre todo, la comarca de Tortosa no se tocaba.

Se decía que Llagostera se apropiaba de los granos y de los ganados que cogía en sus excursiones por el Bajo Aragón y que los vendía en Tortosa a sus amigos. A don Luis Casadevall (Llagostera) le llamaban la langosta porque devastaba el país por donde pasaba.

Los movimientos del ejército constitucional en 1839 obligaron a las personas empleadas en las oficinas de Mirambel a trasladarse a otros puntos. Salieron de la villa varios regimientos, quedó la brigada de artillería carlista y ésta marchó poco des-pues reemplazándole la titulada Guías de Aragón.

Los Guías, con poco espíritu militar, apenas columbraron las fuerzas liberales del general Ayerve abandonaron el pueblo.

Desde aquel instante Mirambel ya no fue ocupado por tropas carlistas y a los pocos días vino la completa pacificación del territorio.

Al comienzo del dominio carlista Mirambel y sus contornos fueron ocupados por los cabecillas aragoneses, luego por Cabrera y sus lugartenientes.

Al principio las correrías de los carlistas en el Bajo Aragón, las dirigieron Manuel Carnicer, natural de Alcañiz, y Joaquín Quílez, nacido en Sam-per de Calanda, cerca de Hajar, los dos aragoneses.

En esta época había en el campo liberal una gran confusión y las pequeñas partidas rebeldes podían tener grandes éxitos y producir descabros en las tropas del Gobierno.

Quílez anduvo con frecuencia por las inmediaciones de Zorita, el Forcall, la Mata y Mirambel. Quílez tenía más partidarios que Cabrera en el Bajo Aragón, se le consideraba más noble y más humano a pesar de que había cometido también sus tropelías y sus barbaridades.

Cuando la Expedición Real, don Carlos fue con siete batallones a Todolella, al Forcall, a la Mata de Horcajo y a Olocau del Rey; Cabrera a Cinctorres y al Portell, y Quílez quedó en Mirambel.

El general Oraá marchó al Forcall con sus cristinos a buscar a los carlistas, a darles la batalla. El Lobo Cano, además de gran táctico era hombre bravo. Don Carlos con su cuartel real de vascos y de navarros retrocedió a Mirambel y estuvo allí cinco días.

Oraá quería quedarse en el Forcall y atacar después, pero no tenía víveres. Mandó registrar las casas del Forcall y reunió únicamente ciento veinte raciones. Necesitaba nueve mil. Ante esta penuria decidió retirarse con sus soldados hambrientos a Morella.

Los guerrilleros valencianos hicieron sus correrías después por el Bajo Aragón, sorprendieron pueblos e incendiaron iglesias. Todo el centro de España y Levante se distinguió en la guerra por su violencia, por su crueldad y por su rapiña.

El general, don Basilio García, dijo que las tropas carlistas de Aragón, cobardes e indisciplinadas, huían a la vista del enemigo y no hacían más que robar y atropellar cuando entraban en los pueblos y que las de la Mancha eran aún peores.

Urbiztondo aseguró que los carlistas catalanes no conocían más guerra que el vandalismo y la rapiña y que sus triunfos y su valor eran ficticios.

Quílez dijo que los jefes catalanes robaban para enriquecerse y refugiarse en el extranjero.

Cuando avanzó la guerra y Cabrera fue el jefe único e indiscutible, los catalanes y valencianos mandaron en el Bajo Aragón, sobre todo al morir Quílez en la acción del Villar de los Navarros.

A Quílez le sustituyó el francés Lespinasse, de los protegidos de Cabrera, luego segundo con Cabañero cuando la sorpresa de Zaragoza. El aristócrata José Lespinasse había dejado nombre en Aragón por quedarse con todo lo que podía. En esto el noble francés estaba a la misma altura que los plebeyos españoles.

Durante el mando de Cabrera los cabecillas aragoneses Arévalo, Cabañero, Bonet y otros muchos de menor importancia quedaron postergados, olvidados en la parte interior de Aragón. Cabrera favoreció a sus paisanos y hasta el gobierno de Canta-vieja se lo dio a un catalán. Para la maestranza de este pueblo fue nombrado el alavés Echavasti.

Los gobernadores de Morella, la plaza más importante ocupada por los carlistas, fueron también catalanes o levantinos, uno de ellos Ramón O'Callaghan, amigo de Cabrera y de origen irlandés. De este O'Callaghan se tenía mala opinión y se decía que se quedaba con todo.

El otro, Magín Sola, también gobernador del castillo de Morella, tenía fama de ladrón y se aseguraba que Cabrera había estado muchas veces a punto de fusilarle.

De Pedro Beltrán, llamado Peret del Riu, el último de los gobernadores morellanos, se aseguraba que había ordenado una quinta de inútiles y viejos y para licenciarlos había exigido dinero a cada uno.

Cabrera no tenía simpatía por los aragoneses. Dos jefes no se rindieron inmediatamente a su ambición de mando y hasta se le pusieron en frente: Carnicer y Quílez, los dos aragoneses; al primero, según el rumor popular, lo denunció el mismo Cabrera cuando iba camino de Navarra; del segundo le libró una bala enemiga.

Por contraste, a los valencianos y catalanes, como Llagostera, Forcadell y el Serrador, Cabrera los había dominado enseguida haciéndoles después sus lugartenientes.

Carnicer y Quílez, buenos militares, hombres honrados sin maquiavelismo, no tenían gran genio militar ni mucha suerte; Cabrera, por el contrario, era un buen táctico, un maquiavélico intrigante, con una ambición terrible y al menos en la primera parte de su vida de una suerte extraordinaria.

Carnicer y Quílez, dos tipos de aragoneses medio castellanos, no podían luchar con el tortosino lleno de doblez y de malicia y, al mismo tiempo, de ambición y de furor. Cabañero tampoco.

Cabañero tomó Cantavieja para los carlistas. Los habitantes de la ciudad se presentaron a Cabrera diciéndole que se habían conjurado para entregársela y que el único obstáculo que tenían que vencer era el desarme de unos doscientos cincuenta hombres de guarnición del Inmemorial del Rey. Los vecinos carlistas necesitaban dinero para seducir a algunos sargentos.

Cabrera se lo dio y se retiró de las proximidades de la plaza y escribió a Cabañero para que diese la sorpresa. Este entró con sus soldados por un boquete de la muralla de Cantavieja y pasó a la casa de un cura y desde aquí salió y ocupó el pueblo. Los soldados se rindieron, algunos oficiales y sargentos se refugiaron en el reducto de San Blas y se entregaron a condición de que se respetasen sus vidas, condición que Cabañero aceptó y cumplió, pero Cabrera al ocupar la ciudad no hizo lo mismo y fusiló a los oficiales rendidos menos a uno que tenía amistades con la familia de Cabañero y mandó rematar a los que no estaban muertos a bayonetazos. El tortosino contempló la matanza con su aire feroz, jactancioso y alegre.

Cabañero tampoco fue nunca persona grata para Cabrera, no era muy seguro como carlista y se pasó a los cristinos con gran facilidad.

Cabrera tenía demasiada ambición por entonces, demasiada fe en su estrella para pasarse al partido de la Reina. Hubiera exigido mucho.

Se afirmó, aunque no se pudo demostrar, que en la muerte de Carnicer y en la de Quílez Cabrera tuvo alguna parte. Tuviera o no participación en ellas, la muerte libró a Cabrera de dos rivales temidos.

El vecindario de Mirambel sufrió bastante durante la guerra y contempló espectáculos terribles: los prisioneros liberales de la acción del Villar de los Navarros estuvieron unos días en Mirambel desnudos, hambrientos, heridos y enfermos y tratados a palos por los carlistas.

Años después, desde el cuartel general de aquel pueblo, Cabrera dio una alocución enfática,

como todas las suyas, hablando del convenio de Vergara, expresándose con la jactancia que en él era habitual.

Cabrera tenía por su tipo, por su crueldad, por su ímpetu, algo de africano. Era bilioso, inquieto, cruel y declamador. Su valor, su arrogancia, su genialidad militar y política, su histrionismo, le hacían un hermano de raza del general Prim.

Cabrera era un condotiero feroz, teatral y alegre, obligado por las circunstancias a hablar de una manera sacristanesca e hipócrita.

Era una mentalidad estrecha y una fisiología admirable. Como hombre de presa no tenía rival. Era el más felino de todos los guerrilleros españoles.

Aquellos pueblos de la comarca bajo aragonesa sufrieron mucho durante la guerra y presenciaron tristes escenas de crueldad y de barbarie.

Incendios, robos y, sobre todo, fusilamientos, algunos en condiciones muy duras y sobre gente inocente, fueron para ellos espectáculos repetidos. Cabrera fusiló a cuatro nacionales de Zorita, dos viejos que apenas podían andar y dos niños. En el Forcall, el mismo Cabrera, en octubre de 1838, mandó fusilar noventa y seis sargentos de la división de Pardiñas, prisioneros en la acción de Maella. Se les propuso pasarse a los carlistas, no aceptó ninguno y uno de ellos parece que dijo con petulancia: Primero morir que tomar parte con ladrones.

Por aquella época los alrededores de Mirambel y de Morella, como todas las tierras del Maestrazgo, debían estar empapadas en sangre.

## VIII

### EL PADRE CABALLERÍA

Durante la guerra el pueblo contó con grandes predicadores que inflamaban el ardor bélico de los carlistas. Los generales y los curas hacían los primeros papeles en la aldea. El párroco de Mirambel, el padre Caballería, mosen Juan, hombre fastuoso y opulento, tuvo grandes éxitos con sus sermones.

Al final de la guerra, Caballería, fue sustituido por el padre Chamorro, que era pequeño e insignificante y tenía una vocecilla agria, y después por el padre Perdiges.

El padre Caballería, hombre de facundia, improvisaba en el púlpito; en cambio, el padre Chamorro tenía que llevar un papel con los datos en el fondo del bonete, lo que los oradores sagrados llaman la chuleta, para leer disimuladamente y poder seguir un plan y acordarse de lo que debía decir.

Cuando se marchó el padre Caballería todo el pueblo añoró sus grandes discursos.

Sus sermones largos, llenos de apóstrofes y de anécdotas mundanas, entusiasmaban a la gente.

Mosen Juan era hombre alto, ventripotente, de buen color, con una gran nariz, manos grandes, pies grandes y un lobanillo en la frente; tenía una voz poderosa, hablaba el castellano con gran corrección y leía libros místicos.

El padre llevaba una vida en el pueblo casi mundana, solía comer con frecuencia fuera de su casa y asistía a tertulias a las que iban jefes carlistas y sus mujeres. En estas tertulias el padre Caballería exponía sus ideas absolutistas templadas porque no era un reaccionario rabioso y quería que se diera su parte alícuota a la ilustración y al progreso.

Mosen Juan era, además, buen tresillista y jugador de ajedrez y solía acudir a las casas donde podía tener una buena partida. Jugaba con mucho método y casi nunca perdía.

El padre Caballería se había entendido muy bien con los carlistas y pareció dispuesto a entenderse igualmente con los liberales, quienes después del convenio de Vergara le trasladaron a Teruel.

El padre Caballería, al decir de sus rivales de sotana, encendía una vela a Dios y otra al diablo; sabía hacer también ejercicios acrobáticos en la cuerda floja de la política con gran habilidad.

Se inclinaba unas veces al lado de la Junta, otras hacia Cabrera; pero se sostenía y no se caía.

El párroco Caballería era muy clásico en sus discursos y de él se recordaban en el pueblo párrafos enteros.

Se inspiraba mucho para sus pláticas en los libros de Malon de Chaide.

Hablaba con cierto tono jocundo de la danza de los siete pecados capitales y empleaba comparaciones naturalistas y expresivas.

Refiriéndose a los pecadores dijo una vez: tomando sus frases de un libro místico:

Veréis una manada de cerdos debajo de una carrasca que crujen bellotas o en el traquín hocicando y chapuceándose, sienten un tiro de escopeta y levantan todos la cabeza y se están así un poco de tiempo; pero en pasando el humo de la pólvora y el zumbido del tiro vuelven a revolcarse en el lodazal o traquín o a comer de las bellotas.

En este apólogo, el tiro de la escopeta era, según el padre Caballería, una muerte repentina de algún individuo de la familia o alguna otra calamidad enviada por Dios.

Mosen Juan explicaba la naturaleza de los tibios de religión de este modo:

Son como ermitas en despoblado, sujetas a las inclemencias del tiempo, llenas de goteras y telarañas y hasta los animales las profanan. Viene el titular de la ermita que es una vez al año y entonces la renueva, quita las telarañas, limpia las paredes, la barre, la entolda y parece hermosa. Se pasa la fiesta, vuelven las goteras de allí a poco, cúbrese de polvo, vuélvese a ensuciar y los animales inmundos la profanan. ¡Oh, ermitas en despoblados! —exclama el padre—. Guardad, no os descuidéis tanto y os olvidéis de vuestra alma, que vendrá algún turbión sin poderse prevenir y echará por tierra la ermita y dará alguna borrasca con vosotros en la sepultura, sin tener tiempo para confesaros. Toda la vida sucios en vuestros pecados y torpezas, tejiendo telarañas de vanos pensamientos, de deseos inmundos, rencores, malas voluntades, como profanan esa alma. ¿Piensas que, porque una vez al año barres esa ermita y luego te vuelves a tus inmundicias, con eso ya has cumplido con Dios y con tu alma?

El padre Caballería llamaba a los propósitos de enmienda de cuaresma propósitos de alforja. Veréis un caminante —decía— que lleva sus alforjas a los hombros, llega a un barranco, no puede saltar con el peso, ¿qué hace?: arroja las alforjas a otra parte del arroyo y él da un brinco, salta y se vuelve a echar al cuello sus alforjas. Así muchos llevan su zurrón de pecados caminando todo el año con su carga, viene la cuaresma, o que se ha de pasar este barranco, he de cumplir con la parroquia, no podré menos de dejar los pecados; se va a confesar, arroja sus pecados a los pies del confesor, pasa la Semana Santa y vuelve su zurrón al hombro, porque no dejaba sus pecados con propósito firme de abandonarlos, sino que los arrojaba teniendo ojo a la Pascua para volverlos a tomar.

De los grandes sermones de mosen Juan, quedó siempre recuerdo en el pueblo; en cambio, al padre Chamorro y al padre Perdices, que necesitaban para echar su plática tener la *chuleta* metida dentro del bonete y estar mirándola a cada paso, el pueblo los desdeñaba.

## IX

### UN CURA HECHICERO

Muchas historias curiosas se oían en la tertulia de la posada de Mirambel, en donde durante la guerra iba y venía gente de todas partes. Una de estas historias la contó un anticuario que se llamaba Juan Bautista Mundo, poco después de haber sido abandonado Mirambel por los carlistas. Mundo solía andar comprando objetos de arte en las casas y en las iglesias en ruina.

Los relatos de este chamarilero eran casi siempre amenos. Un día se presentó en la tertulia con un librito.

—En el ramo de librería —dijo—, una de las cosas que he perseguido con más asiduidad han sido los libros de brujería. Desgraciadamente, no se encuentran, a causa de que se imprimieron muy pocos en España y de que la Inquisición debió perseguirlos con encarnizamiento. Yo no conozco más que la Reprobación de las supersticiones y hechicerías del padre Ciruelo; el *Juris Spiritualis practicabilium*, de don Francisco Torreblanca; el libro de *Incantationibus Seu Ensalimis*, de Emanuel del Valle de Moura, y algunos tratados de exorcismos de Valencia, de Orihuela, de Cataluña y de Burgos. Hay también un librito que se llama *Discurso prodigioso de tres españoles mágicos y brujos*, pero está escrito en francés e impreso en París, en el siglo XVII. Yo tengo el encargo de enviar los libros de magia que encuentre, españoles o extranjeros, a un librero alemán, que me los paga muy bien.

Hace poco —añadió—, en una casa de Teruel que había pertenecido a un inquisidor, encontré una caja cerrada con varios legajos, manuscritos y varios libros prohibidos.

Algunos tenían interés histórico y los vendí a un personaje de la Corte, otros los conservo aún. Entre éstos se hallaba un legajo atado con una cinta roja y dentro un grimorio muy pequeño y el libro del conde de Campomanes sobre los templarios.

El grimorio es un librito de fórmulas diabólicas para uso de magos y de brujos.

La palabra grimorio es francesa, *grimmoire*, y es una modificación popular de la manera de pronunciar los palurdos la palabra *grammaire*. Según otros, la voz es de origen italiano y viene de rimario, que quiere decir conjunto de rimas, es decir, diccionario de la rima.

Este grimorio, y Mundo sacó un librito del bolsillo, es de los más importantes y conocidos.

Los que oían tomaron el libro en las manos, lo hojearon y lo miraron con gran curiosidad. En la portada decía:

ENCHIRIDION  
LEONIS PAPAE  
SERENISSIMO IMPERATORI  
CAROLO MAGNO  
IN MUNUS PRETIOSUM DATUM  
NUPERRIME MENDIS OMNIBUS  
PURGATUM

Más abajo del título había una viñeta representando un círculo, con figuras misteriosas que formaban un triángulo y dentro del círculo tres palabras: *Transformatio-Formationis-Reformatio*. Debajo, como pie de imprenta, se leía:

ROME  
M. D. C. L. X.

Dentro del libro había varios párrafos marcados con tinta roja. Cuando todos los contertulios de la posada contemplaron el libro a su sabor, el chamarilero dijo:

—En el legajo venía la historia de este libro, de quien lo poseyó y quién era.

—Cuéntela usted —dijo uno de los contertulios—. Ve usted que todos estamos impacientes.

—Yo no sé esta historia a qué pueblo se refiere, si a este mismo Mirambel o algún otro de por aquí. Tampoco he podido averiguar la fecha exacta de lo ocurrido, supongo que fue en el siglo pasado por estar unido a la causa el libro sobre los Templarios del conde de Campomanes.

Es el caso que al pueblo llegó un cura joven con su madre, como capellán y organista del convento. Este cura se llamaba Francisco Montpesar, nombre de uno de los grandes maestros de la orden del Temple, en Aragón.

El joven Montpesar tenía un aire de colegial: era moreno, pálido, esbelto, con ojos grandes de largas pestañas. Su madre era una mujer hacendosa y humilde. Madre e hijo vivían muy modestamente. La madre todavía era una mujer joven y guapa, que hacía los menesteres de su casa y después pasaba el tiempo en la iglesia.

Durante algún tiempo, el pueblo y las monjas del convento estuvieron llenos de entusiasmo por el joven organista; pero pronto comenzaron a correr extraños rumores acerca de él. Se dijo que el cura había seducido a una muchacha que daba con él lección de música. La muchacha salió del pueblo y ya no se volvió a hablar de ella. Se indicó también otras jóvenes que parecían habían tenido relaciones con el cura.

En algunos de estos amores del cura medió una Celestina, que llamaban la Garrocha. La Garrocha era una vieja comadrona y emplastera, un poco bruja, con la nariz ganchuda y los ojos de mochuelo; tenía amistades en el convento de Mirambel y en otros de los pueblos próximos. Esta vieja sentía una adoración profunda por Montpesar y le obedecía en todo.

Luego ya no fue una muchacha sino una monja del convento, la hermana Encarnación, la seducida. La monja comenzó a ponerse pálida y desmejorada.

La monja dio a luz con los cuidados de la Garrocha, que llevó al niño a una masada próxima. Este chico, por lo que se dijo, era un engendro monstruoso; mordía en el seno a su nodriza, hacía unos gestos que ponían espanto y se subía por las paredes. Afortunadamente, el tal monstruo tuvo poca vida y murió rabioso y echando espuma por la boca.

Con el escándalo, la fama del organista perdió mucho; pero él se envalentonó con sus fechorías y se mostró cada vez más cínico y atrevido. Ya no se contentó con sus conquistas, sino que quiso unir a ellas la ostentación. Hizo de la ermita del Santo Sepulcro, próxima al pueblo, un centro de operaciones para evocar al demonio, para fabricar drogas venenosas y tener inmundas orgías. La ermita del Santo Sepulcro, tosca, de piedra, tenía una espadaña con su campana y dentro un altar con un Cristo terrorífico, de aire facineroso.

En esta ermita había hecho su nido una lechuza grande que, según la gente, iba a beber el aceite de la lámpara.

Se afirmaba en el pueblo que al padre Francisco se le veía con frecuencia a pie y a caballo envuelto en un capote, la capucha como de fraile, armado, en el cementerio o en algún campo desierto y de mala fama, seguido de un perro negro.

El organista decía orgullosamente que su nombre y apellido eran los mismos que uno de los grandes maestros del Temple, en Aragón, y que él era un príncipe, el último templario.

En sus reuniones en la ermita le acompañaban el ermitaño, a quien apodaban el Peregrino, la Garrocha y varios jóvenes enloquecidos por él, entre ellos un jorobado a quien llamaban Sotavientos.

Sotavientos era un jorobadillo muy malicioso y muy original, que hacía de bufón. Sotavientos estaba encorvado y por su enfermedad iba encorvándose cada vez más. Para comprobar si su

encorvamiento aumentaba o no llevaba una plomada en el bolsillo y se la ponía en la punta de la nariz y medía la distancia entre su nariz y el suelo. Si ésta no disminuía quedaba contento, porque aseguraba que cuando la distancia se acertara hasta llegar a una marca que había hecho en el bramante, moriría.

El jorobado consideraba que su cuerpo, como su vida, estaba representado por un arco de círculo sobre la tierra y el seno de este arco de círculo era la medida de su vitalidad. Este seno era el que comprobaba constantemente con su plomada.

Este pobre Sotavientos era una torre de Pisa humana o una torre Garisenda y su nariz el punto desde donde hacía experimentos para él más trascendentales que los de Galileo.

Sotavientos solía tocar la guitarra y cantaba con una voz de rata con mucha gracia canciones cómicas.

Cuando Montpesar reunía sus fieles: el Peregrino, la Garrocha, Sotavientos y los demás, sacaba su grimorio y empleaba sus fórmulas diabólicas.

Se afirmaba que tenía sobre el altar de la ermita una cabeza blanca, misteriosa, con barbas grandes y ojos de cristal, con la que conseguía lo que deseaba.

Esta cabeza de madera pintada la llevó un extranjero que pasó por el pueblo. Según algunos, era la cabeza de un santo, que había estado dorada y pintada; según otros, no era la cabeza de un santo sino de alguna estatua pagana.

El organista llevaba siempre como un escapulario, un trozo de pergamino, una filacteria con unas letras escritas con sangre.

Se decía que en la ermita Montpesar y la vieja curandera, la Garrocha, componían un licor especial que al beberlo trastornaba y dejaba como loco. Entonces se veía al diablo, que entraba por las ventanas y tomaba la forma de un gato gigantesco. Luego venían otros demonios, que se convertían en mujeres hermosas, y lo mismo en el suelo de la iglesia que en el coro se celebraba un baile frenético. Antes de estas orgías se tenía cuidado de tapar el Santo Cristo de la ermita con un lienzo.

El cura hechicero solía hacer largos viajes no se sabía adónde. Una noche, de un tiempo horrible, un vecino del pueblo al volver a casa le vio pasar montado a caballo, al galope, seguido de su perro. Iba tan frenético que le dio miedo y se persigno al verle.

A pesar de sus maldades y de sus vicios, la mayoría del pueblo tenía gran admiración y entusiasmo por Montpesar, el cura hechicero, y su madre rezaba constantemente por él tendida en el suelo.

Después de la hermana Desamparados, fue otra monja, sor Magdalena, la seducida y se dijo que con ésta había celebrado un matrimonio sacrílego, colocándole en el dedo el anillo nupcial.

Algunos creían que Montpesar era un brujo y que tenía la mirada fascinadora, hasta tal punto, que un pequeño espejo que usaba había quedado marcado con unas extrañas manchas.

Había un clérigo en el pueblo, llamado Sarrión, enemigo de Francisco Montpesar y que le sospechaba dado a las prácticas de la hechicería. Este clérigo, hombre espeso, fuerte, cabezudo y rojo, yendo a caballo a visitar a un moribundo, encontró en el campo, cerca de la ermita del Santo Sepulcro, al perro negro del organista.

El clérigo Sarrión se encomendó a la Virgen, y el perro se convirtió en un árbol grande cruzado en el camino que le impidió el paso. Sarrión bajó del caballo, hizo en la tierra un círculo y en medio trazó una cruz.

Inmediatamente el árbol desapareció, dejando un terrible olor de azufre.

A poco, el clérigo vio que le seguía un cerdo gruñendo; por si acaso, hizo la señal de la cruz, y el cerdo se convirtió en un asno con grandes orejas, que empezó a rebuznar. El asno se transformó en un ganso, y el ganso en una urraca.

El clérigo Sarrión se burlaba de las metamorfosis del diablo; había comprendido que era él, y se reía, hasta que el mal espíritu, ofendido de los desprecios y de las risas, se convirtió en tonel y fue rodando por el campo y desapareció.



El relato del clérigo, hizo comprender que el padre Francisco, el organista, tenía pacto con el demonio. Se le espío y se pudo comprobar sus devaneos y sus locuras. El obispo le retiró las licencias.

En el convento, las monjas, en su mayoría, eran partidarias suyas; pero algunas habían notado que andaban sueltos unos martinicos o diablillos galantes, verdaderos duendes, que hacían una porción de impertinencias a las madres y les sugerían ideas locas y libertinas.

El padre Fuente La Peña, el autor del *Ente Dilucidado*, hubiera sabido clasificar y definir a estos martinicos y señalar su origen, si era natural o diabólico; pero este padre no tenía allí ningún buen discípulo.

Se supo que el cura Montpesar seguía en relaciones con sor Encarnación y con sor Magdalena.

Estas estaban celosas una de otra. A la última, Montpesar le daba cita en la capilla del convento.

Había mandado hacer una llave falsa para abrir la puerta de la iglesia.

Cuando daban las doce de la noche corría, impaciente, a reunirse con la monja.

Una noche oscura y siniestra, día de Animas, salió el cura de su casa con intención de ir a la capilla del convento a verse con la monja, cuando el reloj de la iglesia dio las doce en unas campanadas lúgubres Poco después siguió otro campaneó triste, fúnebre, melancólico. El cura se estremeció y pensó después que alguna persona importante había muerto en el pueblo.

En esto oyó por la calle próxima rumor de rezos y de cánticos; se asomó a la esquina y vio pasar a la luz de los hachones un entierro con gran acompañamiento de frailes, de curas con sus sobrepellices blancas, su cruz alzada y su manga al frente y, al final, un ataúd, envuelto en una bayeta negra con un bonete de cura encima, llevado por cuatro encapuchados.

El cortejo se acercó a la capilla del convento. El cura Montpesar se asomó a la puerta y vio la iglesia vestida de paños negros. y en medio, sobre un catafalco, el ataúd con su bonete de cura, rodeado de amarillos cirios.

Se rezaba el oficio de difuntos.

De pronto, los curas y los frailes encapuchados comenzaron a desfilar, cantando el *Dies irae*. Estremecido de terror, el organista se acerca a un fraile y le pregunta:

—¿Por quién se celebran estos funerales?

—Es por el alma del clérigo sacrílego y malvado Francisco de Montpesar.

El organista creyó haber oído mal. Hizo la pregunta a otro fraile, después a otro, y los tres le dijeron lo mismo.

—¿Cómo puede ser eso? —preguntó Montpesar—. Yo estoy vivo.

—Nosotros somos almas —contestó el fraile—que, ayudadas por las oraciones y limosnas del cura Montpesar cuando era bueno, salimos del purgatorio y venimos a celebrar sus funerales, porque su alma se halla en peligro de perderse.

El organista estaba asistiendo a sus propios funerales.

Montpesar tembló, se tocó el pecho, la cabeza y los brazos, por si tenía alguna herida mortal.

Luego, lleno de pavor, salió de la iglesia, corrió a la ermita, seguido de su perro, que saltaba como loco y, al llegar a ella cayó desmayado.

---

Tengo que reconocer, dijo el chamarilero, que este relato lo he leído antes en un libro muy divertido, lleno de historias de monstruos, aparecidos y fantasmas, que tiene este título: *Jardín de flores curiosas, en que se tratan algunas materias de humanidad, filosofía, teología, geografía, con otras cosas curiosas y apacibles*, por Antonio de Torquemada, libro pequeño, en octavo, impreso por primera vez en Salamanca por Juan B. de Terranova en 1570. El doctor don Cristóbal Lozano, en *Las soledades de la vida y desengaños del mundo*, cuenta también la misma historia, y se la atribuye a un estudiante llamado Lisardo.

En esto, la noticia de los escándalos del pueblo llegó a Teruel, y la Inquisición tomó parte en el

asunto. Se llevó a un convento al padre Francisco, se metió en la cárcel al ermitaño, a quien llamaban el Peregrino, a la vieja curandera la Garrocha, a Sotavientos el jorobado y algunos otros miserables que acudían a las reuniones de la ermita.

La Garrocha salió de la cárcel, con la protección de alguien, después de haber sido exorcisada. No faltó quien creyera que había escapado por la chimenea, montada en el palo de una escoba.

Poco después, la Garrocha comenzó de nuevo a ejercer su profesión de comadrona en Teruel, y murió años más tarde, produciendo la risa de las compañeras de oficio que la asistían. A la Garrocha se le metió en la cabeza que a los setenta años estaba de parto y mandaba preparar las ropas para el que tenía que nacer. Esta idea y un poco de aguardiente que tomaba, de cuando en cuando, le hicieron pasar al otro mundo con una perfecta alegría.

El pobre Sotavientos, en la cárcel, se puso la plomada en la punta de la nariz; comprobó que la distancia entre ella y el suelo había disminuido mucho y decidió morir.

El seno del arco de círculo de su vida se había achicado de tal manera, que tuvo que largarse a medir otro seno: el de la eternidad.

A los demás se les azotó, por mano del verdugo. Al clérigo Sarrión se le trasladó a otro curato peor de la montaña.

El joven Francisco de Montpesar se arrepintió de su vida y de sus errores, porque siempre había tenido una devoción verdadera, y entró en un convento. En su casa se encontraron libros de magia, pergaminos con letras misteriosas y dos o tres anillos con signos extraños.

Los padres inquisidores comprendieron que habla sido instigado por el demonio, que era el perro negro que acompañaba al organista, porque inmediatamente que se separó del animal se arrepintió de sus errores y de sus crímenes. También dijeron algunos que no era el cura Montpesar, sino un incubo el que aparecía en el convento y tomaba su forma para ir a refocilarse con las monjas.

El único castigado con severidad en este proceso fue el perro que, después de estrangulado con una cuerda fue quemado en una de las eras del pueblo.

Al parecer, la gente se maravilló al ver la cantidad de humo negro y mal oliente que echó al ser quemada aquella maldita bestia, indicio bien claro de que era el mismo Satán.

Durante mucho tiempo después se dijo que en los alrededores de la ermita del Santo Sepulcro se veía vagar la sombra del cura Montpesar acompañado de su perro negro. Se decía también que en la ermita se oían ruidos de cadenas y que andaban sombras dentro.

---

Al terminar su narración, el chamarilero sonrió con aire malicioso.

—Pues yo ya creo en algo de esas brujerías —dijo uno de los contertulios.

—Yo, en nada —contestó el anticuario.

El posadero movió la cabeza doctoralmente, sin afirmar ni negar.

## X

### UN SUCESO ROMÁNTICO

El gran suceso de Mirambel durante la guerra carlista fue la entrada en el pueblo del Serrador.

El día 24 de febrero de 1837, dos compañías de la guarnición liberal de Cantavieja se acercaron a Mirambel para proteger un convoy de víveres. Este convoy venía de Morella.

Las tropas de Cantavieja salieron por la mañana hasta el Forcall y marcharon con grandes precauciones a Mirambel. El camino estaba malo, lleno de agujeros y de baches, llovía y hacía mucho frío. Al entrar en Mirambel y al encontrarse al abrigo de las murallas, los liberales se consideraron seguros y quisieron descansar un momento.

No había, al parecer, enemigos por los alrededores. Parte de la gente se dedicó a merendar alegremente y algunos oficiales y sargentos jóvenes a hablar y bromear con las mozas.

El cabecilla carlista Miralles el Serrador, que andaba campeando por los alrededores y había reunido fuerzas para atacar el convoy, al saber la detención de los isabelinos en Mirambel, cercó rápidamente el pueblo y emprendió desde los cerros inmediatos un ataque enérgico, con fuerzas muy superiores a las de los liberales.

Se defendieron con energía los sitiados desde las torres y desde la muralla; pero eran pocos, no tenían bastantes municiones y no podían atender a todo el extenso recinto amurallado.

Algunos partidarios de don Carlos, del pueblo, en connivencia con los de fuera, abrieron una puerta de la muralla y las tropas del Serrador entraron en la villa.

Los liberales decidieron refugiarse en la iglesia, donde se fortificaron.

El Serrador mandó entonces a todos los vecinos que fuesen con una carga de leña a la puerta de la iglesia. Los que no obedecieran la orden serían inmediatamente fusilados.

Se hacinó una gran cantidad de combustible, se sacaron en cestas los papeles del archivo municipal; se hizo un montón de ramas y papel, se les pegó fuego y pronto una enorme llamarada subía por las paredes de la torre.

La puerta de la iglesia fue lo primero que comenzó a arder. Se la vio enrojecer, agrietarse, echar humo y, entreabriéndose, caer al suelo, dejando la entrada llena de brasas; los carlistas saltaron por encima del incendio al interior de la iglesia, metieron nuevos haces de leña y los prendieron fuego.

Entonces toda la iglesia comenzó a echar humo por sus ventanas y por el tejado.

Muchos isabelinos murieron asfixiados, otros se tiraron de las ventanas y quedaron muertos. Un centenar se entregaron y de éstos los soldados quedaron prisioneros y se fusiló en el arco del Ayuntamiento a los sargentos y a los oficiales.

El fuego de la iglesia duró varios días.

En el momento en que el edificio ardía ya por todas partes, un vecino se metió entre las llamas y salió con la custodia en la mano. La custodia no valía gran cosa, pero se creyó que el hombre había hecho algo grande.

Mientras la mayoría de los soldados liberales se encerraban en la iglesia, un pelotón aislado de la fuerza, mandado por un capitán, y que había estado de observación en la muralla, se refugió en el convento de monjas Agustinas. Llamaron desesperadamente varias veces a la puerta hasta que les abrió la hermana tornera. Le explicaron lo que les pasaba y salió a enterarse de lo que ocurría la priora.

La priora era una mujer amable, inteligente y bondadosa y, a pesar de los peligros de toda clase

que podían sobrevenirle, mandó entrar a los soldados.

El capitán tenía una herida de bala en el hombro e iba dejando gotas de sangre por donde pasaba. Había varios soldados heridos.

La priora franqueó la entrada a los militares, condujo a los heridos a una celda de la guardilla y llevó a los soldados a la cripta del convento. Inmediatamente las monjas lavaron las manchas de sangre que habían quedado en las baldosas del suelo.

Pocos minutos después los carlistas llamaban dando aldabonazos en la puerta del convento. Les abrió la hermana tornera, oyó sus explicaciones, les hizo pasar a la capilla y les dijo que esperaran un momento a que se terminaran las vísperas.

Los carlistas quedaron un poco sobrecogidos. Era el día de San Matías; las monjas celebraban las segundas vísperas y cantaban la oración del día: *Deus qui beatum Mathian Apostolorum*, y después el cántico de la Virgen: *Magnificat anima mea*.

Los soldados carlistas no se atrevieron a registrar el convento y se contentaron con las explicaciones que les dieron las religiosas. Así los soldados liberales con su capitán, ocultos en el convento, pudieron burlar por espacio de varios días la vigilancia de los enemigos, quienes registraron minuciosamente todas las casas del pueblo. Las monjas dieron a los escondidos parte de su comida y cuidaron de los heridos hasta que se curaron.

Días después, aprovechando el silencio y la oscuridad de la noche, los cristinos se descolgaron por una ventana del monasterio a la parte exterior de la muralla y por sendas extraviadas llegaron a Cantavieja.

Al saberse lo ocurrido, se discutió mucho el caso, sobre todo entre los curas y las personas religiosas. Las monjas, al salvar a los soldados, incurrían, según algunos, en una excomunión *latae sententiae*; según otros, hacían una obra de caridad digna de alabanza.

Cuando se supo esta historia se dijo que Cabrera, que se consideraba omnipotente, quiso conocer a la priora, pero ella se negó a ver y a hablar con el jefe carlista.

Después se contaron varios detalles de la misma historia. El oficial herido de un balazo y escondido en el convento, el capitán Montpesar, había sido en Zaragoza el novio de una de las monjas, de sor Juana de la Cruz, cuando ésta era una muchacha elegante y se llamaba Carmen Abarca.

La muchacha, por lo que se contó, estaba enamorada de su novio, pero al saber que éste tenía un hijo de una mujer del pueblo decidió romper la boda y marcharse al convento.

No tenía familia y el único pariente, un hermano mayor, había muerto.

Por muchos esfuerzos que hizo el militar y por muchas explicaciones que dio no consiguió nada y Carmen Abarca entró en el convento de Mirambel.

Esta monja, según se decía, era la más sabia de la comunidad, había aprendido latín y paleografía, estaba escribiendo la historia de la orden y había pintado varios santos en la capilla del convento.

Era también muy música, tocaba en el órgano composiciones de Palestrina y de Bach, y cantaba muy bien. Su voz se destacaba entre las otras en el coro por su afinación y por su timbre cuando cantaba las vísperas y el *tantum ergo*.

Sor Juana de la Cruz ponía toda su alma exaltada en la música. La priora, muy inocente, no notaba aquella exaltación. De notarla, quizá le hubiera parecido prueba de poca humildad cristiana.

Sor Juana de la Cruz solía repetir con frecuencia el soneto místico: No me mueve mi Dios para quererte, y los versos de Santa Teresa de Jesús:

Vivo sin vivir en mí.  
Y tan alta gloria espero  
que muero porque no muero...

El capitán Montpesar y Carmen Abarca se reconocieron y se hablaron. Algunos afirmaron que habían visto en una ventana del monasterio a la religiosa con su hábito negro y al militar

convaleciente con su uniforme. Otros aseguraban que lo que se veía eran las sombras de los dos vagando por la muralla.

Se contó después de acabada la guerra en el Maestrazgo que el capitán Montpesar se presentó en Mirambel. El capitán iba a la capilla del convento a rezar y a oír el órgano. En aquella oleada de voces y de sonidos majestuosos, entre las armonías inefables, el militar reconocía la voz de sor Juana de la Cruz como si fuera un rayo de oro.

El capitán pudo comunicarse con la monja y le propuso, según parece, salir del convento. El prepararía la fuga y se casarían. La esperaría una noche en la venta de fuera de las murallas, cerca de la ermita del Santo Sepulcro.

El empleó todos los argumentos para convencerla, pero no lo pudo conseguir. Estaba libre, su hijo había muerto, la mujer con quien lo había tenido se había casado con otro.

—No hay obstáculos para nuestro amor —la decía él.

—Ya no. Es tarde. He tomado otro camino —contestaba ella.

Y no le pudo sacar de ahí.

Había llegado, sin duda, a pensar que hay que vivir en lo eterno: *Peritura fastidians, aeternis intentu*. Quería seguir las huellas de Santa Catalina de Siena y de Santa Teresa de Jesús.

El capitán, desesperado, marchó a Cataluña y murió en un encuentro cerca de Berga.

Respecto a sor Juana, no le sobrevivió mucho tiempo.

Entregada a la música, a las oraciones y a la lectura del Kempis, de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, pasó dos años al cabo de los cuales murió, según algunos, en olor de santidad.

Al parecer, sufría una enfermedad de languidez, una apatía y un cansancio profundos. Esta languidez no le impedía estar alegre y sonriente. Las demás monjas la visitaban constantemente en su celda.

Ella abría la ventana para que entrara el sol y echaba migas de pan a los pájaros, que iban a comer a veces de su mano.

Momentos antes de morir, un día claro de otoño, rodeada de la priora, de sor Maria de los Ángeles, que era la bibliotecaria, de una monja cantora y de dos legas, parece que repitió con unción estos versos de San Juan de la Cruz:

Del agua de la vida  
mi alma tuvo sed insaciable;  
desea la salida  
del cuerpo miserable  
para beber de esta agua perdurable...

Se afirmó luego que algunas noches aparecían las sombras del capitán y de la monja en las proximidades del cementerio y de la ermita del Santo Sepulcro; pero esto no lo creyeron más que algunos pobres exaltados y algunas mujeres medio locas.

## XI

### LA POSADA

Uno de los sitios donde se reunía con preferencia la gente de Mirambel era la posada. Esta posada, llamada así por antonomasia en el pueblo, era una casa negruzca, de dos pisos. En la pared algún chico había puesto con carbón un letrero: Posada de Escucha.

Esta posada tenía unas puertas y ventanas talladas, de nogal, muy gruesas. El tallado llamaba la atención de los curiosos por las muchas figuras esculpidas, cabezas, guirnaldas, frutos y angelitos. Por lo que se contaba, entre las cabezas había algunas caricaturescas y risibles.

Aquellas figuras servían de indicación y de enseña, y cuando algún forastero preguntaba dónde se encontraba la fonda u hostería, se le contestaba:

—Ahí, en esta calle, verá usted una casa con una puerta de madera, que está llena de monos. Allá está la posada.

Luego, años después, la puerta y los entablamientos de las ventanas desaparecieron con todos sus monos.

Según se dijo, un anticuario dio por todo ello tres mil pesetas, cantidad fabulosa para entonces. Se sospechó si las figuras esculpidas tendrían mucho valor. En esta posada se había alojado don Carlos cuando la Expedición Real, con su estado mayor de generales vascos y navarros, y varias veces Cabrera.

Al comienzo de la guerra el dueño de la posada era un tal Blas Escucha, venido pocos años antes de Montalbán.

Tenía el posadero en la misma casa despacho de vinos y carnicería y una venta fuera de las murallas, próxima a la ermita del Santo Sepulcro.

Blas Escucha era un hombre alto, rojizo, de ojos claros, violento, brutal, que había estado en la cárcel por haber intervenido en riñas solventadas a navajadas y a tiros.

Blas era jugador y había puesto muchas veces en peligro el crédito de su casa y lo había salvado con la ayuda de algunos amigos ricos.

Durante los primeros años de la guerra Blas Escucha ganó mucho dinero con la posada, que era al mismo tiempo carnicería y tienda de comestibles. Suministró víveres al ejército carlista y cobró fuertes sumas; pero el hombre creía que podía vivir hecho un príncipe y jugar con los oficiales, y perdió todo su capital y se empeñó y se llenó de deudas. Entonces Escucha, según la voz popular, hizo una mala faena, digna de un desalmado como él.

El posadero tenía mujer y una hija de dieciocho años, muy guapa; la mujer se llamaba la Veremunda y la hija Blasa. Escucha creía que su mujer y su hija eran esclavas suyas y las trataba a la baqueta.

Entre los acreedores más fuertes de Escucha había un ganadero de Mosqueruela, un tal Guillermo Zurita, hombre de treinta a cuarenta años, vicioso, corrido, que tenía hijos en varios pueblos. Este ganadero iba varias veces a Mirambel y recordaba a Escucha sus deudas cada vez con más insistencia. Una de estas veces Escucha le invitó a esperar en su casa para cobrar y Zurita se quedó.

A creer a la maledicencia popular, Escucha aleccionó a su hija, a la Blasa, para que se dejara seducir por el ganadero rico, cosa poco probable; quizá inventada. Lo cierto fue que el ganadero encontró a la muchacha sola, vio la conquista fácil y la llevó adelante.

Al saberlo Blas Escucha, fuera porque aquello no lo había previsto o porque fingió indignación, se puso como un loco y encerrándose con Zurita en un cuarto y con la navaja en la mano le dijo que se casaba con su hija o le abriría en canal. El estaba perdido y no le importaba nada ir a presidio para toda la vida.

Zurita parece que le llevó a Escucha a un terreno más sensato; le dijo que él tampoco estaba bien de fondos, que tenía compromiso con una viuda rica. Al último los dos hombres pactaron y Zurita devolvió todos los recibos y pagarés que había firmado el posadero y se pudo marchar de Mirambel. Zurita conservó un odio grande a Escucha y dijo en todas partes que era un canalla, pero que él se había vengado acostándose con su hija y dejándola embarazada.

El posadero pronto pudo comprender el estado en que había quedado su hija y entonces habló a un criado suyo. Juan Pitarque, que había llegado de Castell de Cabres, cerca de Morella. Este Pitarque había venido hecho un miserable, huyendo de una quinta ordenada por los carlistas del Maestrazgo.

Escucha le propuso a Pitarque el casarse con su hija y el ir a pasar después unos meses a Montalbán para que nadie tuviese en cuenta en el pueblo la época del nacimiento del hijo o hija de la Blasa. Pitarque aceptó pero a condición de que pasada la temporada él sería el amo de la posada. Escucha transigió, y al volver de Montalbán el matrimonio se instaló en la casa con una niña.

Escucha seguía teniendo sus negocios de suministros, y de contrabando. Solía llevar la banca en algunos pueblos de los alrededores de guarnición carlista donde se jugaba fuerte. Se había trasladado desde que cedió a su yerno y a su hija la posada, a una venta fuera de puertas cerca de la ermita del Espíritu Santo que le servía de cantina.

Allí solía estar y ganaba siempre con unas cosas y con otras, aunque tenía muchas trampas; con él iban constantemente el dinero y las deudas.

Una noche el posadero llegó cansado a la venta y se tendió en el suelo al lado de la lumbre. Una mujer que cuidaba la casa le preguntó:

—¿Qué tiene usted?

—No sé. Estoy enfermo.

Escucha estuvo así quejándose débilmente y por la mañana lo encontraron cadáver. El médico dijo que había muerto de una angina de pecho.

## XII

### LOS DESCONTENTOS

En Mirambel después de la marcha de los carlistas en 1839 había una pequeña guarnición y cuarenta voluntarios liberales; estos voluntarios liberales eran entusiastas del general Espartero a quien habían visto hacía poco y habían tenido el honor de estrechar su mano.

Al principio la paz produjo una gran tristeza y una gran languidez en el pueblo. Todos se lamentaban de que los negocios marchaban mal.

Pitarque, el yerno y sucesor de Escucha, seguía regentando la posada. La Blasa, su mujer, le ayudaba. Pitarque tenía unas condiciones extraordinarias para no hacer nada y para hacer trabajar a los demás. Se reservaba siempre la alta dirección.

Pitarque, pequeño, moreno, de ojos vivos e inteligentes, tendría unos treinta años y el aire de hombre muy ladino. Vestía pantalón corto, blusa, y pañuelo en la cabeza. Pitarque suministró al final de la guerra víveres al ejército carlista, y aunque muchas veces sin duda no cobró sus facturas, al último ganó dinero.

Pitarque se lamentaba a todas horas de la situación del pueblo y de las dificultades que había traído la paz al comercio.

Era evidente que la ocupación carlista dio vida a Mirambel durante algún tiempo. La Junta Gubernativa atraía mucha gente al pueblo: la fábrica de pólvora y fusiles regentada por catalanes y por vascos proporcionaba dinero y éste corría en abundancia por tiendas y tabernas.

El posadero se quejaba constantemente de vivir en aquella aldea donde ya no quedaba ninguna industria, excepción hecha de dos o tres telares, algunos rebaños y dos o tres fábricas de queso.

Pitarque proyectaba marcharse, pero no sabía a dónde. Pitarque seguía teniendo la venta de extramuros que había explotado su suegro. Le servía principalmente como despacho de vinos y para negocios de contrabando. Al frente de ella estaba una moza guapetona a quien llamaban la Trabuca o María la Trabuca.

En la posada de Pitarque se reunían al finalizar la guerra algunos amigos un tanto inquietos. La mayoría de la gente mirambelina se contentaba con vivir en la oscuridad, pero ellos no.

Uno de éstos no conformistas era un valenciano llamado Villanca, hombre alto, grueso, rubio, de cara inexpresiva y triste. Hablaba este hombre siempre como si no tuviese ganas y se hallase disgustado. El tal Villanca, hijo de un posadero de Albocácer a quien llamaban el Mercaer, había salido de su pueblo por motivo de varias riñas con unos vecinos y fue a parar a Mirambel, donde tenía negocios con los carlistas. Villanca solía usar traje valenciano, pantalón corto, chaleco y sombrero ancho.

Villanca era un matón y quería resolver todas las cuestiones a trastazos y a tiros, pero según algunos no era tan valiente como aparentaba y había quien le metió el resuello en el cuerpo sin miedo a sus amenazas.

Otro tipo asiduo en la posada era un hombre de cerca de Morella, llamado Escrich, cazador y aficionado a coger minerales, bichos raros y fósiles. Escrich, bohemio, campesino, sin casa ni hogar, vivía hoy aquí y mañana allá, de gorra, dejando a deber en todas partes. Sabía algo de componer relojes, tocaba la guitarra y cantaba canciones populares con poca voz pero con mucho estilo. Escrich conocía muy bien el país en sus más apartados rincones.



Sus útiles de investigador consistían en un martillo y en un cortaplumas fuerte. A toda roca que veía le sacaba un trozo con su martillo y veía después si ésta se rayaba o no con el cortaplumas.

Vestía el bohemio un traje basto y llevaba con frecuencia una capa parda que le defendía del frío y de la lluvia. Cuando llenaba su saco de curiosidades iba a ver a un fraile de Morella, aficionado a estas cosas, quien se guardaba los minerales y los fósiles y se dedicaba a averiguar sus nombres científicos.

El fraile alimentaba a Escrich durante unos meses, generalmente los de invierno, y cuando llegaba el buen tiempo el bohemio se lanzaba de nuevo a vagabundear por la comarca.

Escrich en sus excursiones había entrado en muchas cuevas del país, y con este motivo contaba cosas raras, algunas que serían ciertas y otras que no debían existir más en su imaginación. Decía que estas cuevas tenían comunicación con sitios lejanos, que había dentro de ellas fuentes y manantiales, columnas y figuras dibujadas.

No se daba mucho crédito a estas cosas porque se le tenía a Escrich por un fantástico. La mayoría suponía que era la imaginación del bohemio la que le hacía ver estatuas y dibujos en bultos y en rayas entrevistos en la oscuridad, pero Escrich aseguraba que muchos de estos dibujos él los había visto a la luz del sol como unos toros dibujados en una pared de rocas de Albarracín.

—Eso lo hacen ahora los pastores —le decían.

—No lo creo —replicaba Escrich, y él suponía unas gentes antiguas, misteriosas que habían vivido en las cuevas.

Otro de los que frecuentaban la posada, era el anticuario Juan Bautista Mundo. Mundo era chiquitito, pajizo, parecía un pájaro disecado, vestía como un ciudadano, con traje negro y sombrero alto, redondo, y llevaba debajo del sombrero un pañuelo ceñido a la cabeza; unos decían que tenía ésta como una bola de billar y otros que con una serie de calvas poco agradables de ver.

Mundo hizo su negocio durante la guerra a la chita callando. Enviaba galoneros y chatarreros a comprar plata y oro con instrucciones. También tenía a sus órdenes viejas buhoneras que iban por los pueblos y vendían joyas a los soldados y jabones y polvos a las muchachas.

El anticuario adquiría objetos del culto en las ermitas, en los conventos y a los oficiales y soldados. Mundo como instrumento de trabajo tenía unas tijeras con las que cortaba telas, metales, lo que se le ponía por delante.

Sus compras las llevaba a Valencia y allí lo que tenía valor artístico lo enviaba para venderlo al extranjero, y lo que no tenía lo fundía y lo convertía en lingotes de oro y de plata.

Mundo adquirió a bajo precio casullas, cálices, cruces, incensarios, candelabros, atriles, trozos de hierro y cobre labrados y algunas tablas y tallas de los retablos.

Era difícil en aquella época saber después si lo que faltaba en las iglesias había sido robado por los de éste o los del otro bando, o cómo había desaparecido. En general, todos los robos de cosas de iglesia se atribuían a los liberales, así se decía en Morella que los tesoros artísticos de la arciprestal habían sido arramblados, primero, por el general de los constitucionales, Fernández Bazán, en 1823, y después por Espartero.

Mundo solía enviar fuera de España bordados y encajes. Decía siempre que por aquella región no quedaba nada de valor. Indudablemente él había contribuido con sus rapiñas a este resultado.

Existía una tradición de unos orfebres de Morella que labraron piezas de plata y de oro de importancia, los Santalíneas, y se encontraban copones e incensarios salidos de su mano. Mundo tenía una colección de piezas de estos orfebres y de otro llamado Ponzón de Morella.

Mundo era un hombre muy inteligente, sobre todo en su especialidad. Cuadro, mueble, estatua, libro o pergamino que pasara por delante de sus ojos lo conocía, sabía lo que era, de qué época y si tenía o no valor.

El anticuario, muy hábil para engañar a la gente, desestimaba lo valioso para ver de comprarlo barato y decía en cambio que lo que no tenía ningún valor era de gran mérito. Mundo demostraba una extraordinaria amabilidad en tales engaños. Era hombre amable aunque un tanto burlón e irónico.

### XIII

#### DON CAYO

El otro de los concurrentes y el de más influencia de todos era don Cayo Benlloch.

Don Cayo se manifestó oficialmente carlista hasta el Convenio de Vergara, y después de este tratado cambió la casaca descaradamente, se presentó en Madrid, habló con don Pío Pita Pizarro, se entendió con él y se pasó a los liberales.

Don Cayo era hombre de unos sesenta y tantos años, moreno, de piel oscura e ictérica, con los ojos pequeños y negros, bigote y patillas pintados también de negro, la voz ronca, el aire insolente y de mando, vestía como ciudadano, con levita larga y corbata de varias vueltas. Mucha gente creía que se llamaba de apellido Doncayo.

Don Cayo, tipo atravesado, mal intencionado, chillón, colérico, insultante, se mostraba aficionado a decir insolencias. Era también hombre libertino.

Había tenido últimamente una moza, una valenciana rubia y guapa, pero esta moza se burló de él y después de sacarle los cuartos se marchó con un arriero.

Don Cayo, hombre caprichoso, libidinoso y arbitrario, tenía mala intención para todo el mundo. Había echado a presidio a empleados torpes a quienes enredaba las cuentas y que aparecían como desfalcadores sin serlo. Esto le parecía a él una gracia exquisita. Si además podía conseguir que la familia del empleado se hundiera y la mujer acabara en un hospital y las hijas en un prostíbulo se consideraba contento.

El ex secretario era un mal bicho, no era fácil saber si por orgullo no saciado o por maldad natural. Todo hacía pensar que tenía motivos de resentimiento y de rencor contra los hombres y contra las mujeres. Creía que no le hacían suficiente caso, no se ocupaban de sus opiniones, no le halagaban, no le consultaban. Ante estas pruebas de indiferencia él contestaba con malignidad y con odio.

No cabe duda que hay mucha gente que tiene el placer de la insensatez y de la maldad.

—No comas eso —se le dice al niño—, te hará daño.

—Me da la gana —contesta él.

Unos disfrutaban haciéndose daño a sí mismos y otros se hacen daño a sí mismos y a los demás, otros saben nadar y guardar la ropa, herir y hacer sangre y quedar con las manos limpias. De éstos era don Cayo.

Don Cayo estaba a todas horas con la tagarina en la boca, mascándola, siempre gruñendo, muy tieso y muy áspero. En la conversación se le oía decir a cada instante:

—No señor, no es eso. Son ustedes unos ignorantes, unos mentecatos.

La gente, al oír estas frases aunque fuera desde lejos, sabía quién las profería y decía:

—Ahí está don Cayo.

Don Cayo hablaba bien el castellano, casi sin acento. Se vanagloriaba de ser un hombre duro, de temple, para el cual no había sentimentalismos ni tonterías.

—El mundo se está echando a perder por la blandura, por la laxitud, decía. Es ridículo que haya gentes partidarias de que no se pegue a los chicos en las escuelas, de que se quiten los castigos corporales en el ejército y de otras fantasías por el estilo.

Le parecía también absurdo que se quisiera tener flores en los jardines y árboles en las carreteras.

Todo esto para él era necio y grotesco e iba a terminar por hacer a la gente amadamada y débil.

Don Cayo hablaba de una manera despótica y desagradable.

Había sido secretario de ayuntamiento en San Mateo, en Albocácer y en otros pueblos del

Maestrazgo de la parte valenciana. En aquellos pueblos desarrolló sus habilidades como carlista en tiempo de la dominación de Cabrera, después comenzó a usar sus mañas como liberal en la parte aragonesa.

Siempre tuvo una fama equívoca, pues al mismo tiempo, en unos lugares le consideraban como liberal y en otros como carlista. El cultivó durante largo tiempo su posición ambigua, que le convenía sin duda para sus planes.

Cuando se enteró del Convenio de Vergara y pensó que Espartero con todas sus fuerzas se dirigiría al Maestrazgo se convirtió en liberal entusiasta, marchó a Madrid, se vio con Pita Pizarro, se entendió con él y comenzó a hacer una guerra implacable a los carlistas. Los perseguía con un perfecto descaro.

Don Cayo se estableció en Mirambel, ya ocupado por los liberales. Se hizo amigo de los militares cristinos y aseguró a todas horas que había que pegar fuerte para acabar con los facciosos.

—Nada de contemplaciones. ¡Leña! —aconsejaba a los lugartenientes de Espartero—. A todo el que no vuelva al pueblo hay que quitarle las fincas y vendérselas; la lenidad, la blandura es lo peor.

Aplastar, machacar, no dejar respirar a nadie, meter en la cárcel a medio pueblo, fusilar a diestro y siniestro; ésta era la política preconizada por don Cayo.

Se jactaba sobre todo el ex secretario de ser un hombre de temple. Encontraba las medidas políticas cuanto más radicales mejor. Los procedimientos de Zurbano con el vecindario de un pueblo del Bajo Aragón, que por haber despreciado sus órdenes dio cien baquetazos a ocho vecinos respetables, incluso al alcalde y mandó rapar y expulsar a país carlista a las mujeres de los comprometidos mientras no regresaran con sus hombres, le parecían inmejorables.

Don Cayo no quería trabajar gratis por los liberales. Pita Pizarro le había prometido que, a cambio de sus intrigas en contra de los carlistas, le daría unas concesiones de agua en San Mateo.

Don Cayo fue hombre influyente como carlista. En el mismo Mirambel tuvo mucha mano con la Junta radicada en este pueblo.

Don Cayo había tenido en sus tiempos de burócrata grandes relaciones de amistad con los *roders* del campo, que entonces disfrutaban casi siempre del favor oficial y se los consideraba como instituciones en algunos pueblos de Valencia.

Su política era el terrorismo, quería mandar, imponer violenta y cínicamente su voluntad.

Don Cayo unía a su manera de ser siniestra y brutal una parte pintoresca y curiosa. Había copiado desde hacía más de cuarenta años todas las noticias raras de los periódicos, la manera de matar cucarachas, los secretos para dorar el cobre, para quitar las manchas del papel o la manera de acabar con las moscas.

Cuando hablaba de esta suma de conocimientos que había reunido se humanizaba y condescendía a explicar sus secretos con grandes detalles y a dar las fórmulas.

## XIV

### UN AVISO

Una noche de principios de verano, un sábado, había reunión en la posada de Mirambel, en la planta baja, despacho de vinos y taberna. Un grupo de arrieros jugaba alrededor de una mesa con unas cartas abarquilladas y sucias y otro grupo de personas más importantes charlaba.

Estaban en esta tertulia Escrich, Mundo, Villanca y don Cayo, y algunos holgazanes que iban a distraerse y a oír lo que se contaba; Pitarque, el posadero, iba y venía de la taberna a la cuadra.

La Blasa, la mujer de Pitarque, preparaba la cena en la cocina de fogón bajo, llevando de aquí para allá las trébedes llenas de hollín. En la lumbre se quemaban enebros y sabinas y a la luz de las llamas parecían salir un momento y de pronto en la oscuridad, como espectros, las gentes reunidas en la cocina.

Escrich hablaba de sus descubrimientos y fumaba en una pipa pequeña, de madera; Mundo se lamentaba de que ya no hubiera negocio en la compra de antigüedades por aquel país y recordaba infinidad de anécdotas de su vida de chamarilero.

Don Cayo mascaba su puro y contaba con fruición la historia de varios *rodors* conocidos por él, algunos que se habían enriquecido, otros que habían muerto en presidio o en el patíbulo.

En aquel momento hablaba de uno a quien mataron cuando él era joven en Alcalá de Chisvert.

—El día 20 de abril de 1813 —decía—, por la mañana, se colocó la cabeza de Bautista Puig alias Bicha, natural y vecino de Alcalá, entre los dos balcones de la sala capitular, metida dentro de una jaula de hierro y pendiente de una cadenita, para vista y escarmiento del pueblo. La puso el verdugo, que llegó antes con un oficial de la sala del crimen de Valencia y una comitiva de miñones; luego, estos representantes de la Justicia, siguieron a Cuevas de Vinromá, Albocácer, Sierra-Engarcerán y Torre de Endomenech, donde dejaron cada una de las extremidades del ajusticiado. Le habían ejecutado a este Bicha, que fue teniente con los franceses, en la plaza del mercado de Valencia.

Don Cayo afirmaba que estos castigos eran ejemplares y convenientes. Escrich movía la cabeza al parecer no muy convencido y Mundo, el anticuario, pensaba sin duda en sus cosas, sin poner gran atención en lo que se decía.

Charlaban de esto cuando se presentó un muchachito descalzo y andrajoso, hijo de un cestero valenciano, a quien llamaban Pepet. Pepet era el mozo de la venta. Se pasaba la vida en los alrededores, tirando chinas con un tirabeque a todo lo que aparecía delante de sus ojos, pájaros, mulas o personas. El Pepet dijo a Pitarque:

—Oiga usted, señor Juan.

—¿Qué hay?

—Han llegado cinco hombres y una mujer a la venta, han preguntado si se les podría dar posada, y la Trabuca me ha dicho que venga a avisarle a usted.

—Bueno, explícate —repuso Pitarque—. ¿Quiénes son esos hombres?

—Yo no sé; yo no los conozco.

—¿Qué traza tienen?

—Tienen mala traza, de haber andado por el campo.

—¿Y no han dicho de dónde vienen?

—Yo creo que han dicho que vienen de un pueblo que se llama Beteta.

—¿Pero son militares?

—Militares del ejército no son, porque están muy mal vestidos; pero vienen armados.

—Serán carlistas.

—No sé.

—¿Y tienen facha de tener dinero?

—A la Trabuca le han dicho que le pagarán lo que sea.

—Bueno; pues entonces, vete, y dile a la Trabuca que les dé de cenar y que yo iré en seguida. El chiquillo salió corriendo.

Pitarque había tenido en la cantina, cuando todavía pasaban muchas tropas por Mirambel, un hombre y una muchacha en el mostrador; después, acabada la guerra y pacificados los contornos, había dejado sola a la muchacha con el Pepet y la cantina se había convertido en un ventorrillo. Se daba también de comer y hospedaje en la venta, pues había un cuarto grande con dos alcobas.

Algunas gentes que venían de paso de Teruel o de Morella y no querían entrar en el pueblo, de miedo a las complicaciones burocráticas de los pasaportes y de los permisos, paraban allí. Lo mismo hacían algunos arrieros que iban de camino.

La muchacha que dejó Pitarque en la venta se llamaba María y la decían la Trabuca o María la Trabuca.

La Trabuca era una mujer joven, guapetona, muy tosca, muy trabajadora y con mucha fuerza. Tenía la cara cuadrada y mofletuda, la piel blanca y sonrosada, los labios gruesos y rojos, los ojos claros y la manera de hablar ceceante.

Debía de ser alguna goda que había quedado como resto de las invasiones germánicas.

La Trabuca tenía unas caderas de yegua poderosa. Por su basamento podía pasar por una venus calipiga.

Esta Valquiria de posada se enamoraba de los muchachos y hasta los perseguía. Si la galanteaban se mostraba tímida y ruborosa.

La Trabuca tenía unos motivos de obrar un poco extraños por lo naturales. Había estado enredada con un hombre casado.

Las comadres de la vecindad le echaron varias veces en cara su conducta artera, que vulneraba el espíritu de cuerpo del sexo femenino y ella contestó con su pronunciación ceceante:

—Que yo le he quitao el mario a eza mujer. ¡Si eza mujer no zirve para tia! Eztá muy zeca y no puede tener hijoz.

El mismo argumento hubiera empleado si se hubiese tratado de una vaca o de una yegua.

Según la voz popular, Pitarque tenía también que ver con la Trabuca. Don Cayo aseguraba que el posadero se trabucaba con frecuencia.

Pitarque llamó a un lado a don Cayo y le contó lo que había dicho el Pepet y le indicó que sería conveniente que él también se acercase a la venta.

—Bueno, ya iré —dijo el ex secretario.

El posadero y Don Cayo dejaron la posada, salieron del pueblo por la puerta de la muralla y se dirigieron a la venta. Esta era una casa pequeña y baja, unida a las tapias de otra derruida que le servía de corral, en donde nacía una higuera polvorienta. Estaba cerca de la ermita del Santo Sepulcro.

Entró Pitarque en la cocina y Don Cayo subió al piso de arriba, al cuarto que se destinaba a los viajeros.

La cocina ocupaba el fondo del portal. Para subir al primer piso había que pasar por ella.

La cocina de la venta era pobre y pequeña, con las aristas torcidas y encaladas, tenía un hogar hundido en el espeso muro desde el cual se divisaba el cielo y un fogón de piedra bajo, con un banco a cada lado.

Sobre morillos de hierro, toscos, ardía un fuego de ramas de romero y de enebro, y entre las brasas había varias trébedes llenas de tizne.

En medio de la cocina, cuyo suelo era de tierra apisonada, se veía una mesa pequeña y grasienta, y sujeto por el gancho al vasar de la chimenea alumbraba un candil de aceite.

## XV

### LOS HOMBRES DE LA PARTIDA

En la cocina había cinco hombres armados y una mujer. Eran tipos atezados, quemados por el sol, greñudos, llenos de harapos. Tenían los fusiles en un rincón y conservaban la pistola en el cinto. Uno de ellos, el más joven, iba limpio y tenía las manos blancas. La mujer parecía terriblemente cansada.

La Trabuca iba y venía con su falda corta, despechugada, con un pañuelo de seda blanco en el cuello y cantaba con voz aguda.

Canta el gallo, canta el gallo,  
canta el gallo y amanece...

El Pepet había ido por agua, y dejando el botijo en el suelo se entretenía en disparar con su tirabeque piedras al tejado de la ermita próxima. Al entrar Pitarque en la cocina uno de los hombres le preguntó con voz ruda:

—¿Usted es el amo?

—Sí —contestó Pitarque secamente.

—¿Nos pueden dar posada?

—Sí; pero tendrán que marcharse por la mañana en seguida. Si no, hay que dar parte a las autoridades de quién entra y quién sale, y supongo que eso no les convendrá.

—Bueno; de todas maneras cenaremos.

—La Trabuca se preparó a hacer la cena en una gran sartén y echó trozos de carne, de jamón, de patatas y guindillas.

Los hombres pidieron noticias de la guerra, Pitarque se las dio.

Ya Cabrera había pasado el Ebro, la comarca toda se hallaba ocupada por los liberales. En Morella estaban los cristinos y andaban las patrullas por el campo, fusilando al que cogían con las armas en la mano.

Pitarque, con habilidad, les preguntó qué eran y qué querían. El que parecía el jefe, un hombre de unos treinta años, cetrino y mal encarado, se explicó. Ellos venían de Beteta. Beteta, punto muy fuerte, había sido atacado con artillería gruesa por el general Aspiroz.

El 21 de junio los carlistas recibieron a tiros al comandante liberal, que se presentó ante ellos a parlamentar con bandera blanca. Días después se rindieron.

Aspiroz mandaba fusilar con mucha facilidad; sabía que la gente refugiada en Bereta era de lo peor del carlismo, criminales y desertores.

El general estuvo a punto de fusilar a todos los rendidos; pero se contentó con llevar al cuadro a los desertores y a los que dispararon contra el comandante liberal Carriola, quien con bandera de parlamento días antes se presentó en la plaza a tratar de la rendición.

Aquellos hombres reunidos en la cocina de la venta, eran de la partida del Cantarero; entre ellos venía el Navarrito y la Rubia de Masegosa.

Se habían podido escapar por milagro de Beteta y pensaban unirse a Cabrera. Además del Navarrito estaban el Adelantado, el Baulero, el Garboso y el Curita, que iba acompañado de un perrillo negro.

Por lo que contó el Navarrito, que, al parecer, hacía de jefe, marcharon de noche y a campo

traviesa por la orilla del Guadiela, luego tramontaron la Sierra de Albarracín hasta Orihuela del Tremedal por entre riscos y sin cruzar poblados y vadearon el río Tajo. Dejando a un lado Monterde durmieron en Villarquemado, pueblo en un llano, poco sano, con una laguna en los alrededores. De aquí pasaron por la Peña Palomera hasta Alfambra, después bordearon la Sierra de Gudar hasta Villafranca de los Pinares y de aquí llegaron a Mirambel.

Entre aquellos hombres, los únicos que tenían una personalidad marcada eran el Navarrito y el Curita. El Navarrito, tendría ya de veinticinco a treinta años, era moreno, cetrino, curtido por el sol, con las cejas espesas y bajo ellas unos ojos negros, brillantes, como de animal salvaje.

El Curita era más joven, parecía un niño de coro; tenía los ojos grandes, la cara ovalada y aunque las manos y el rostro estaban curtidos por el sol, en las muñecas y en el cuello se le veía la piel muy blanca. El cura jugaba con un perro negro y no parecía fijarse mucho en lo que pasaba..

La Trabuca había notado la prestancia y la belleza de aquel joven y le miraba constantemente, sonriendo, e intentaba acercarse a él.

La guerra, es sin disputa, una gran escuela para los hombres. El Curita había sido seguramente un seminarista pálido y triste, el andar de guerrillero le había convertido en un tipo audaz y valiente.

En un momento, la Trabuca, al pasar junto al joven guerrillero le preguntó:

—¿Por qué le llaman a uzté el Curita?

—Porque lo soy.

—Tan joven. Ez una broma.

—Como usted quiera.

—Y ¿cómo ze llama uzte si ze puede zaber?

—Me llamo Montpesar. Francisco Montpesar.

—¿Y por qué va usté con ezos hombrez?

—Porque son amigos míos, compañeros.

—Uzté no debia ir con elloz. Le harán una mala partida. Lo mejor que puede uzté hacer ez ezcapar. El Curita sonrió y no hizo caso.

La Trabuca parecía muy impresionada por Montpesar. Quizá era su juventud, su aire infantil, un poco de niño de coro, el que hacía tanto efecto en el corazón impresionable de la moza de la venta.

## XVI

### DON CAYO Y PITARQUE PREPARAN UNA ENCERRONA

Mientras los cinco hombres y la mujer se disponían a cenar, Pitarque consultó con don Cayo.

—¿Traerán dinero? —preguntó el viejo ex secretario.

—Yo creo que sí.

—Lo mejor sería aconsejarles que guardaran el dinero en la venta.

—¿Para qué?

—Después denunciarles a la patrulla liberal para que les prendan y quedarse con su dinero.

Pitarque se quedó mudo. La idea debió parecerle de perlas.

—Yo creo que lo mejor sería que usted hablara con ellos y les aconsejara eso.

—Muy bien, les hablaré; pero en el negocio tenemos que ir a medias.

—Bueno, bueno.

—A medias, o si no, no hay nada.

—Estamos de acuerdo.

Pitarque bajó a la cocina. Al entrar pudo comprender que alguno de los hombres importunaba a la Trabuca, porque ésta decía a voz en grito y ceceando:

—A mí no me toca uzted. Le toca uzted a zu madre.

Otro hombre, el Garboso, dijo al Baulero:

—Nada, que no te quiere.

—Pero me querrá.

—Yo a uzted —exclamó la Trabuca—. Vaya, quíteze uzted, que le doy con la zartén.

—Aquí no tiene nadie suerte más que el Curita —dijo el Garboso.

El Curita se echó a reír y siguió jugando con el perro.

Pitarque entró en la cocina y se acercó al Navarrito.

—¿No les ha visto nadie entrar aquí? —le preguntó.

—No; creo que no. ¿Por qué?

—Porque si les denuncian van ustedes a pasarlo mal. .

—Nos iremos.

—Es que también es peligroso que intenten ustedes recorrer el campo armados, porque los liberales a los que cogen en grupos y con armas los fusilan inmediatamente.

—Yo no sé qué hacer —repuso el Navarrito, desalentado y cansado.

—Aquí hay un señor viejo carlista, don Cayo Benloch, muy inteligente y muy influyente que duerme en la venta porque mañana por la mañana, antes de que se abran las puertas del pueblo, piensa ir a Morella —dijo Pitarque.

—¿Y qué?

—Nada, que podían ustedes consultar con él. Es hombre que está muy enterado de todo.

—¿Y se le podrá hablar?

—Sí, yo le avisaré.

—Bien; avísele usted.

—Se lo diré, a ver si quiere venir.

—Bueno, dígaselo usted.

Salió el posadero de la cocina. El Navarrito preguntó a la Trabuca por don Cayo.



—¿Quién es ese don Cayo?

—Ez un viejo, un zeñor arrugado. Yo no zé si ez carlizta o no. A mi no me importa nada.

—A ésta no le gustan más que los mozos guapos —dijo el Garboso.

—Claro que zí —contestó ella—; a mí me guztan los chicos guapoz.

—Aunque sean curas —repuso el Garboso.

—Claro que zí —contestó la Trabuca—; son hombrez como los demáz.

La Rubia de Masegosa le miró a la Trabuca con desdén y el Curita sonrió y siguió jugando con su perro negro, como si no le interesara la conversación.

El Garboso agarró al Pepet de un brazo y le dijo:

—Oye tú.

—¿Qué quiere usted?

—¿Podrías traernos tabaco?

—Si me da usted dinero, sí.

—Ahí tienes. Ven en seguida.

—Bueno.

Cuando salió el Pepet, Pitarque le detuvo.

—¿A dónde vas? —le dijo.

—Voy por tabaco. Me han enviado esos hombres.

—Bueno. Luego cuando vuelvas sales aquí a la ermita y me esperas.

—Muy bien.

## XVII

### EN LA TRAMPA

Don Cayo se presentó en la cocina en compañía de Pitarque. Dio las buenas noches, se sentó al lado del fuego, con aire de mal humor; oyó la explicación que dieron de su situación difícil el Garboso y el Navarrito y habló en confianza con este último.

—Lo mejor que pueden ustedes hacer —dijo— es esconder el dinero y las armas, sobre todo el dinero, en algún rincón, sin decir nada a este ventero, que, como todos, es un tunante. Si les cogen a ustedes con dinero o joyas y suponen que los han robado, les fusilarán sobre la marcha. Lo mejor que pueden hacer es esconderlo.

—¿Pero en dónde? —preguntó el Navarrito.

—¡Ah! Eso, allá ustedes. Hay que tener imaginación y escoger un sitio seguro con el que no puedan dar los otros. Después lo más prudente para ustedes será huir cada uno por su lado hacia Cataluña, porque juntos serían presos y probablemente fusilados.

—Pero yendo juntos podemos defendernos mejor —dijo el Navarrito.

—Sí, contra uno o contra dos, pero contra una patrulla imposible.

Los hombres de la partida del Cantarero discutieron el caso con don Cayo que intencionadamente se mostró con ellos rudo y como si sus preguntas y cuestiones le enojaran. El Pepet trajo el tabaco y el Garboso le dio dos cuartos de propina. Los carlistas se pusieron a fumar.

Únicamente la Rubia de Masegosa y el Curita parecían indiferentes a la cuestión. La Trabuca les seguía con la mirada, de una manera atenta, como intentando averiguar la clase de relaciones que podía haber entre los dos.

Al dar las diez de la noche, don Cayo dijo con su voz áspera y malhumorada.

—Yo tengo que acostarme. Adiós señores, buenas noches.

—Yo también me marcho al pueblo; tengo que hacer —dijo Pitarque.

Don Cayo salió despacio de la cocina y se le oyó subir las escaleras renqueando. El posadero abrió la puerta de la venta y se fue. Se acercó a la ermita donde estaba el Pepet.

—Oye —le dijo—, entra en la venta y hazte el dormido. Si ves que estos hombres salen al corral o se van a la cuadra subes al cuarto donde está don Cayo y desde la ventana, con el tirabeque, tiras sobre el tejado de la ermita tres o cuatro piedras. ¿Ya alcanzarás?

—Sí.

—Bueno. Después bajas y ves si está la puerta cerrada con llave; si está, la abres y te vas a acostar.

—Bueno.

Pitarque se sentó en la cerca de la ermita y una hora después oyó las chinas que tiraba el Pepet con su tirabeque.

Entonces se acercó a la venta, empujó la puerta, la cerró y andando de puntillas salió a la escalera hasta un pequeño desván.

Pitarqué oyó a la Trabuca que al marcharse a su cuarto le advertía al Baulero:

—Azérquese usted a mi cuarto y verá lo qué le paza; tengo un cuchillo azí de grande y ganaz de clavárzelo a uno en el corazón.

—¡Orgullosa! —le decía el carlista.

—Y qué, zi zoy argulloza? Mejor.

El Navarrito recomendó al Baulero que no importunara a la Trabuca.

—Es muy bestia —exclamó— déjala.

Otro de los guerrilleros añadió con ironía.

—Aquí, el único que hace conquistas es el Curita.

—A ese cochino cura le tengo que dar yo un golpe —gritó el Baulero.

—No te lo vaya a dar él a ti —replicó el Garboso.

—¿A mí? Yo me desayuno con un niño así todos los días.

—Por si acaso, ten cuidado que no te oiga.

Pitarque desde el desván oyó después a los de la partida en la cuadra y los vio en el corral.

Al día siguiente por la mañana, poco después del amanecer, los cinco hombres estaban reunidos en la cocina de la venta.

La Trabuca guisaba y cantaba:

Canta el gallo, canta el gallo,  
canta el gallo y amanece

Los hombres comieron unas sopas en una cazuela grande con las cucharas de palo y salieron después de la venta en dos grupos y sin armas; el Navarrito, el Adelantado y el Baulero fueron camino de Olocau del Rey, y el Garboso y el Curita salieron un poco más tarde para Tronchón.

Al despedirse el Curita, la Trabuca le agarró la mano con un entusiasmo animal, casi maternal y la retuvo un momento entre las suyas.

La Rubia de Masegosa se quedó en la venta porque estaba rendida y tenía los pies llagados. Pitarque mandó al Pepet con un recado para el jefe de los milicianos.

No hacía cinco minutos que habían salido los carlistas cuando la patrulla liberal del pueblo echó a correr tras ellos y como algunos se dieron a la fuga, dispararon y mataron a dos: al Adelantado y al Baulero. El Garboso y el Curita, al oír los tiros, se refugiaron cerca de la ermita del Santo Sepulcro y entonces una bala alcanzó al Curita en el pecho y lo dejó muerto en el atrio.

El Navarrito y el Garboso fueron hechos prisioneros y volvieron a Mirambel.

El Navarrito sospechó que Pitarque y don Cayo les habían engañado. Seguramente pensó en contar a los cristinos cómo llevaba monedas y objetos de oro y cómo los habían enterrado en la venta, pero suponiendo que de confesar esto los hubieran tomado por ladrones y los hubieran fusilado, se calló.

Los tres cadáveres los llevaron al cementerio. La Trabuca y la Rubia de Masegosa al saber que el Curita estaba muerto fueron a la capilla del cementerio y lloraron delante del cadáver. El perro negro del Curita lamía las manos del muerto, gemía y no quería separarse de él y ladraba furioso a los que se le acercaban.

Entonces un miliciano dijo:

—El perrito este nos va a dar un disgusto.

—Pues pégale un tiro —contestó otro.

El miliciano levantó su fusil y le pegó al animal un tiro en el pecho; el perro comenzó a aullar y a mostrar los dientes, el miliciano sacó la pistola y le disparó un tiro en la cabeza y el perro cayó al suelo. Entonces otro miliciano le dio un culatazo y lo dejó muerto.

Aquel mismo día don Cayo y Pitarque se pusieron a buscar febrilmente el sitio donde los carlistas habían podido guardar el dinero. Los dos estaban dispuestos a echar la casa abajo.

Don Cayo con una palanca y Pitarque con un pico reconocieron el suelo de la cuadra de la venta y del corral y tardaron mucho en llegar a encontrar el escondrijo.

Por fin lo encontraron y sacaron de un agujero un saco con monedas y varios objetos de oro y de plata. Aquello valdría sus diez o doce mil duros, quizá más.

Pitarque guardó sin que el viejo ex secretario lo notase una bolsita con centenes. A pesar de que Pitarque se oponía don Cayo tomó más de la mitad del tesoro y en esta mitad se apoderó de los objetos y joyas que le parecía que tenían valor artístico.

Don Cayo después fue a ver al comandante liberal de Mirambel y le dijo que los carlistas apresados eran de Beteta, que formaban parte de la cuadrilla del Cantarero, conocida por sus muchos robos y crímenes y que lo más conveniente era fusilarlos.

El oficial quiso hacer averiguaciones. No tenía simpatía ni confianza en don Cayo. Esto salvó a los carlistas. El Garboso pasó al presidio de San Miguel de los Reyes de Valencia, el Navarrito fue enviado a Ceuta, la Rubia de Masegosa se quedó en el pueblo protegida por la Trabuca. Al poco tiempo se enredó con Villanca, el tabernero de Albocácer y marchó a vivir con él.

Don Cayo se trasladó a Valencia. Al parecer, entre los objetos cogidos por él en la venta, había algunas piezas artísticas de mucho valor, que las vendió a un precio muy alto por intermedio del anticuario Juan Bautista Mundo.

De todo aquello se habló mucho y con gran misterio en el pueblo. Algunos aseguraron que de noche habían visto vagar en la oscuridad, en las proximidades de la ermita un bulto negro acompañado de un perro. Para algunos era el alma en pena del Curita, de la partida del Cantarero.

## XVIII

### AÑOS DESPUÉS

Pasaron ocho años. Don Cayo murió en Valencia, en una casa del barrio de Ruzafa. El viejo ex secretario, ya setentón, se entendía con celestinas que le llevaban muchachas jóvenes a su casa. El padre de una de éstas, hombre fiero y que no permitía bromas en cuestiones de buena fama, le soltó un trabucazo, de noche, al anciano seductor y don Cayo murió a consecuencia de sus heridas, rabiando más aún que en el resto de su existencia.

Pitarque, en el pueblo, se enriqueció; había dejado hacía tiempo la posada y la venta, tenía casas, tierras y masadas con grandes rebaños. Era uno de los propietarios ricos del pueblo y de los contornos. Le gustaba mandar, caciquear. Había sido dos veces alcalde. Como era despótico y autoritario tenía enemigos.

Su mujer, la Blasa, pasaba por una señora, y su hija Pilar, muy fina, muy elegante, había sido educada en un colegio de Teruel.

La venta de las afueras que en el pueblo se llamaba la Venta del Tesoro, se había convertido en un almacén de paja y de carros. La Trabuca ya no estaba en la aldea. Años antes tuvo una cuestión con otra mujer por rivalidades con un mozo, pastor, que les gustaba a las dos, y la Trabuca pegó una cuchillada a su rival, la mató y la llevaron a presidio. El Pepet había desaparecido.

A los dos años del paso de los hombres de la partida del Cantarero por la venta de Mirambel, se presentó en el pueblo la Rubia de Masegosa acompañada de Villanca, el vinatero de Albocácer. La Rubia vivió con el vinatero hasta que se hizo la dueña de la casa, casándose con él.

Varias veces, sin duda, contó a su marido lo ocurrido en la venta cuando fueron a acogerse en ella y Villanca, que conocía a Pitarque y no andaba bien de cuartos, decidió presentarse al antiguo ventero.

La Rubia y Villanca fueron a Mirambel, citaron a Pitarque y le amenazaron y el ex posadero, para librarse de ellos y de sus amenazas, tuvo que dar cinco mil pesetas.

## XIX

### LA VENGANZA DEL NAVARRITO

A los ocho años apareció el Navarrito en Mirambel; había estado en Ceuta, venía viejo, canoso, sombrío.

El primer día preguntó quién era el dueño del almacén de paja en que se había convertido la venta. El dueño era un labrador; fue a verle, le habló, le contó su caso y entre los dos registraron y cavaron en el suelo de la antigua venta.

Cuando el Navarrito comprendió que allí no había nada, se presentó a Pitarque.

—¿No me conoce usted? —le preguntó.

—La verdad, no caigo —contestó Pitarque aunque sabía muy bien quién era.

—Yo soy uno de los carlistas de Beteta, que estuvieron una noche hace años en la venta que tenía usted fuera del pueblo.

—Ah, sí, y ¿qué quería usted?

—Pues nada. Usted sabe muy bien que nosotros antes de marcharnos de la venta escondimos allí dinero y alhajas. Este dinero y estas alhajas han desaparecido. ¿Quién se las llevó? Para mí no cabe duda. Aquel viejo que estaba en la venta y usted.

Pitarque protestó y se las echó de inocente. Aseguró que él no sabía nada, que aquella noche había dormido en su casa, que quizá don Cayo registrara el corral y la venta, pero él no.

Después, Pitarque reconoció que algunos decían que don Cayo había encontrado dinero y se había marchado con él.

—¿A dónde?

—A Valencia.

—¿Y vive?

—No, ha muerto.

—Entonces, no hay que ocuparse de él. Pensaremos en los vivos. Usted, ¿de dónde tiene su dinero? Antes era usted un miserable ventero y ahora un rico propietario.

—Yo he hecho algunos buenos negocios durante la guerra y me ha tocado la lotería.

La cosa era oscura. El Navarrito no podía averiguar lo que había de verdad en lo contado por Pitarque. Registró de nuevo la antigua venta y el corral próximo y, naturalmente, no encontró nada.

En una segunda conversación que tuvieron, Pitarque aseguró que él había dejado la venta hacía ya más de cuatro años y que desde entonces pasaron muchas gentes por ella.

El Navarrito no se convenció. Afirmó que no creía en tales historias. Pitarque dijo que era verdad que don Cayo, en combinación con la criada de la venta, registró la cuadra y el corral, que le dio unas pesetas a la Trabuca y que en Valencia, según se contaba, vendió todo a un precio muy alto hasta hacerse rico.

—Yo no sé quién se quedó con aquello —objetó el Navarrito—, pero algo cogió usted porque si no no hubiera usted podido comprar las fincas que ha comprado en el pueblo.

—Yo le juro a usted que no he sido yo.

—Bueno, bueno. A mí devuélvame usted mi dinero.

—No diga usted tonterías. Yo no tengo ningún dinero de usted.

—Usted verá lo que hace. Yo no me voy sin algo. He vivido muy mal en Ceuta, me contento con

que me dé usted parte de lo que me cogió.

Pitarque le contestó que no le daba un cuarto, que hiciera lo que le diera la gana.

—Yo he ganado mi dinero trabajando y no se lo doy a usted porque usted me venga con una historia.

—No se vaya usted a arrepentir, Pitarque —exclamó el Navarrito.

—No me arrepiento.

—Mire usted que no tengo dónde caerme muerto, que estoy desesperado y dispuesto a llevar la cosa por la tremenda.

—Haga usted lo que quiera.

Todo el mundo en el pueblo sabía lo ocurrido. El Navarrito le habló al cura párroco, al padre Chamorro, para ver si podía mediar en la cuestión, y le contó lo ocurrido. Le dijo que se contentaría con que Pitarque le diera diez mil pesetas. El párroco no hizo más que advertir a Pitarque de lo que ocurría, hablarle de la proposición del forastero y decir después al Navarrito que Pitarque, in *foro conscientiae*, no creía debía restituir nada.

Como todos los nuevos ricos, Pitarque se había hecho antipático al pueblo, tenía bastantes enemigos, entre ellos el dueño de la posada. El posadero decidió proteger al Navarrito contra su antecesor.

El Navarrito comenzó a hacerse amigo de la gente del pueblo y a contar a todo el mundo su historia, arreglada por él. Los objetos de oro y las monedas que habían enterrado en la venta eran en parte de su familia, porque él pertenecía a una casa rica de Albarracín, y en parte del cura Montpesar, a quien le habían confiado unas reliquias de valor. Muchos, al oírle, se ponían de su parte, le consideraban como a una víctima y le convidaban a un vaso de vino.

Pitarque para muchos era un personaje repulsivo; su dinero robado, según algunos envidiosos, se le había subido a la cabeza y se creía un personaje.

Su mujer, que en otro tiempo era la tía Blasa, ahora se llamaba doña Blasa. Estos detalles producen gran cólera en los pueblos.

La hija de Pitarque, Pilar, era una muchacha de dieciséis a diecisiete años, muy bonita; en el pueblo solía andar con refajo de campana, corpiño, pañuelo de talle atado atrás, a la cintura, otro de seda al cuello y el pelo con raya en dos bandas. Cuando marchaba a Teruel, vestía como una señorita de Madrid. Esta chica era la novia de Perico Nadal, el hijo del boticario.

El Navarrito conoció al novio de la hija de Pitarque, le preguntó detalles sobre el padre de su novia, le contó las diferencias que tenía con él y le pidió que intercediera amigablemente.

Pitarque, al saberlo, se enfureció, y como era amigo del secretario del Juzgado mandó un recado al Navarrito por medio del alguacil, diciéndole que se marchara del pueblo o que si no le meterían en la cárcel.

—Que venga, que se atreva a hacerlo —dijo el Navarrito.

Este rondaba la casa de Pitarque constantemente, se enteraba de sus costumbres y pretendía hablarle.

Un día, por la mañana, estaba Pitarque en una huerta de a orillas del río con un mozo que le hacía los trabajos del campo, cuando se le presentó el Navarrito armado con su escopeta.

—Aquí vengo —le dijo— a solventar la cuestión de una vez, a que me de usted el dinero que me ha robado. A mí no me importa ir a presidio para toda la vida.

—Yo no le he robado a usted nada.

—Sí; usted me ha robado. Déme usted parte de aquel dinero o si no le pego a usted un tiro.

Pitarque, que estaba asustado, viendo que no tenía allí socorro, contestó balbuceando:

—Está bien, pero aquí yo no tengo dinero.

—Bueno. Vamos los dos ahora mismo a su casa. Usted me da el dinero y yo me marchó al momento del pueblo, pero no piense usted escapar porque a la primera intentona le pego un tiro.

Subieron los dos desde el cauce del río hasta una de las puertas del pueblo y antes de llegar a ella vio Pitarque, en la antigua venta, una pareja de guardias civiles.

—Eh, ¡a mí! —gritó Pitarque de pronto—. Este hombre me quiere matar.

Pitarque comenzó a correr. Entonces el Navarrito se echó a la cara el fusil y a una distancia de cuatro o cinco varas apuntó al ex posadero, le pegó un tiro en la cabeza y lo dejó muerto abriéndole el cráneo. Según dijeron, había cargado la escopeta con dos balas de plomo, gruesas, que fabricó cortándolas de una cañería.

Inmediatamente dio un salto hacia atrás y comenzó a correr a campo traviesa. La guardia civil y algunos paisanos le persiguieron por entre los matorrales hasta matarle.

Uno de los paisanos aseguró que le había visto al Navarrito tendido en el suelo entre unas matas apuntándole a él con la escopeta y que él le disparó un tiro a boca de jarro con su trabuco, dejándole muerto.



## LOS EX PRESIDARIOS

### I

#### LOS AGENTES CARLISTAS EN FRANCIA

Al poco tiempo de estar Aviraneta en Toulouse, un inspector de policía, el señor Labrière se dedicó a perseguirle y a molestarle a todas horas. Mandaba a sus agentes que no dejaran a don Eugenio a sol ni a sombra y se enteraran de cuantos sitios frecuentara el conspirador y llevaran nota de las personas con quien hablaba.

Aviraneta escribió al marqués de Miraflores, embajador de España en París, para que influyera en el gobierno francés y cesara semejante persecución.

Miraflores sin duda influyó y a don Eugenio le dejaron en paz.

Aviraneta conocía ya de antemano gente en Tolosa y se hizo nuevos amigos; su banquero era el señor Autier, miembro del consejo municipal, solía ir de tertulia a su casa.

Aviraneta pudo comprobar cómo se intrigaba todavía por los carlistas favorecidos por los agentes del legitimismo francés. La causa no se daba por perdida.

Don Carlos maniobraba desde el hotel Panette de Bourges y lo hacía con su característica torpeza y su natural egoísmo. Era una ruina para su propia causa. Perdió al conde de España, destituyéndolo y entregándolo a sus enemigos, no quiso permitir que su hijo Carlos Luis entrase en Aragón como deseaba Cabrera para animar a los carlistas, por el miedo de ser olvidado y de que su hijo le desbancara por completo.

El pretendiente tenía de su parte a los legitimistas franceses. El legitimista por razón natural es de gustos retrasados y partidario de los reyes ineptos.

Los carlistas españoles seguían divididos en puros, a quienes también llamaban obisperos, y moderados, o marotistas.

Naturalmente, puros era el mote que se daban así mismos los del propio bando. Los contrarios les llamaban obisperos. En el otro lado ellos se consideraban moderados y sus enemigos les decían marotistas. Después de la defección de Maroto no podía haber marotistas que se calificaran a sí mismos con este nombre entre los partidarios de don Carlos.

Tras del Convenio de Vergara se hicieron nuevos esfuerzos para reanudar la guerra. El libro de Mitchell titulado «La Corte y el campo de don Carlos», produjo una serie de protestas y reclamaciones. Unos a otros se echaban la culpa del fracaso. Se pretendió que volvieran a sublevarse Navarra y las Vascongadas, pero el intento de Alzaá y el de Balmaseda no tuvieron el menor éxito.

El marqués de Miraflores, desde la embajada de París, recomendó a los cónsules de la frontera que intensificaran la vigilancia con los carlistas y trabajaran de acuerdo con la policía francesa. Se pudo identificar a la mayor parte de las personas que formaban en Francia las juntas carlistas, averiguar el nombre de sus principales agentes y saber cómo se relacionaban y correspondían.

En Burdeos trabajaba por los carlistas un tal Ligarde; en Lyon, el librero de viejo Pitart; en Montpellier, Granier; en Auch, Villaverde; en Pau, Urries; en Montelimar, el médico de la cárcel; en Aguas Buenas, Limiá; en Olette, un posadero que tenía un hijo cura; en Oseja, Piccola hermanos, y en Pezenas, la criada de una fonda que estuvo antes en casa del barón de Ortaffá.

En Perpiñán el agente de don Carlos era un tal Llovet. Este Llovet, hombre listo, de influencia,

había sobornado al inspector de policía de la ciudad, Dubarry, que estaba a sus órdenes y, naturalmente, trabajaba por el carlismo.

Colaboraban con Llovet, en Perpiñán, el librero Alzine y el abogado Dulca, los cuales tenían muchos agentes en la frontera y estaban relacionados con Arias Teijeiro y con el canónigo de la junta de Berga, don Mateo Sampons.

Había también en Perpiñán otros agentes, uno de ellos, un tal Marimón, a quien se le consideraba muy atrevido y muy audaz. Se afirmaba que Marimón era tipo monstruoso, especie de Esopo mixto de Caliban. Marimón, hombre de energía, sirvió con ardor a la causa carlista después de haberse fugado de España y robado en Vich la caja de la Cruzada.

Había también en Perpiñán un sastre que para los franceses se llamaba Bahy y para los españoles Abellán, intermediario de los carlistas españoles y de los legitimistas franceses.

Otro agente del carlismo en el Mediodía, era el padre Samuel; fraile amigo de Llovet, que vivía en Prades, en casa del hijo del barón de Boissac.

El padre, el barón, alojaba en Perpiñán a Llovet y la casa suya era un foco de absolutistas.

La junta carlista de Perpiñán estuvo formada durante mucho tiempo por Mariano Llovet y sus dos hijos; por Arias de Castro, canónigo de Murcia y tío de Arias Teijeiro; por Uch, canónigo de Barcelona, y por Rovira, canónigo de Gerona.

En otras partes había también agentes espontáneos carlistas; en Bourges, madama de Noray, alojada en las Orfelinas, recibía la correspondencia de don Carlos.

Entre los españoles carlistas emigrados en Francia, el conde de Fenollar vivía en Tolosa desde hacia algunos meses y don Joaquín María de Sentmenat estaba en Montpellier.

Las relaciones entre los carlistas de los pueblos españoles y don Carlos seguían siendo activísimas. Una chica catalana, valiente, salió de Berga ataviada como campesina pobre, llegó a Bourges y habló con don Carlos.

Los extranjeros seguían trabajando con entusiasmo por el absolutismo.

El conde Erlach de la corte de Viena, ofrecía a don Carlos la formación de un cuerpo de suizos que podía llegar hasta veinte mil.

Entre el elemento liberal español que vivía en Francia se maniobraba y se intrigaba en contra del carlismo, aunque con mayor tibieza.

Uno de los que dirigió estas intrigas en la parte catalana fue Mozo de Rosales, marqués de Mataflorida.

Mataflorida era hijo del presidente de la Regencia de Urgel en 1822. Esta Regencia la formaban, además de Mataflorida, el barón de Eroles y el obispo Creux.

El plan del marqués de Mataflorida hijo, era idéntico al de Muñagorri, en las provincias vascongadas. Trataba de levantar una bandera semineutral con la divisa de Paz y Reconciliación, basándose en la hostilidad de muchos jefes carlistas contra el conde de España.

Mataflorida con su proyecto intentó mover las amistades y relaciones que tenía por su padre. Fracasó, sobre todo, cuando se supo la noticia de la muerte del conde de España a orillas del río Segre.

Otro agente de los liberales era un tal Oliana. Oliana trabajaba a las órdenes del marqués de Miraflores, vivía en Bourg-Madame y estaba en relaciones con Hernández, el cónsul de España en Perpiñán.

Entre los dos intentaron sobornar a muchos jefes carlistas catalanes, pero no tuvieron éxito porque algunos se negaron a oírles y otros pidieron mucho dinero por pasarse al bando contrario.

## II

### AVIRANETA COMIENZA SUS TRABAJOS

Aviraneta decidió comenzar lo más pronto posible sus operaciones en Francia. Su primera maniobra fue escribir una carta a Arias Teijeiro, el ex ministro de don Carlos. Arias seguía en Berga al parecer en buenas relaciones aún con la junta de Cataluña.

Don Eugenio pensaba firmar su carta con su nombre de guerra de falso legitimista francés: Dominique Etchegaray.

Escribió la carta con mucho cuidado. Arias Teijeiro no debía ser hombre a quien se le pudiera engañar fácilmente. Se decía que había sido en otro tiempo confidente de Calomarde y que estaba muy avezado a la intriga.

Aviraneta, entre otras cosas, decía al ex ministro gallego: «Yo soy el mismo legitimista francés que avisó con tiempo a don Carlos la defección de Maroto y le remitió los papeles todos de la logia masónica a que pertenecía y que comprobaban claramente su traición.

A consecuencia del envío de aquellos papeles, don Carlos ordenó la vuelta a España de los jefes carlistas que estaban desterrados por Maroto en Francia, entre ellos el general don Basilio Antonio

García, el canónigo Echeverría y el coronel Aguirre, para ponerse al frente de los batallones 5, 11 y 12 de Navarra. El mismo don Carlos dispuso se sublevasen estos batallones en Etulain, poniendo al frente del 5.º al subteniente Luis Arreche, alias Bertache. El movimiento se hizo tarde. Por no haber sabido prender enseguida a Maroto se desgració la operación y se perdió la causa del Rey en las provincias Vascongadas. En Cataluña y Aragón se dibuja en el horizonte algo parecido. Aquí se da por seguro que el general Segarra, sustituto del conde de España en el mando de las fuerzas catalanas, es partidario de la transacción y si no la puede realizar en buenas condiciones no tardará en pasarse al partido de la Reina.

Podría contarle a usted, señor Arias, más noticias importantes, pero no son cosas que se pueden confiar a una carta. Así es preferible que envíe usted un agente a Francia, a Carcasona o a Tolosa, para que yo pueda hablarle y contarle de palabra, con toda clase de detalles, lo que aquí se prepara.»

Aviraneta pensó llamar a Roquet, que fue quien introdujo el Simancas en el Real de don Carlos y se manejó con gran habilidad, pero como la misión no era tan difícil y no había más que entregar la carta no le llamó. Supo que un mozo de almacén de vinos de las Cuevas del Padre José, en el barrio de San Cipriano, iba a hacer el viaje hasta Berga y Aviraneta le dio la carta.

Unos días después, Arias Teijeiro contestó con una esquela dirigida al señor Etchegaray, dándole las gracias por su celo por la causa de don Carlos, alentándole para continuar la campaña y diciéndole al mismo tiempo que una persona de su entera confianza se vería con él en Tolosa y le presentaría para darse a conocer como contraseña la mitad de la tarjeta que le enviaba en la carta.

El mozo de las Cuevas del Padre José dijo a Aviraneta que le habían obsequiado mucho en Berga y que la Junta le gratificó con cincuenta duros. Al parecer, en la ciudad catalana estaban muy alarmados por la campaña intensa del ejército de la Reina en Aragón.

Quince días después Aviraneta recibió una carta firmada por el cirujano Ferrer. Decía así:

Señor Etchegaray: Estoy en Carcasona y no paso a Tolosa porque hay en esa ciudad muchos catalanes de esta comarca partidarios de la Reina que me conocen. Este es el mejor punto para que hablemos con libertad.

Le espero en la fonda del Ángel, y le advierto que cuando venga usted a verme pregunte por el doctor catalán.

Le saluda su seguro servidor,

JOSÉ FERRER

Tomó Aviraneta inmediatamente la diligencia y fue a Carcasona. La fonda de Ángel se encontraba en la villa baja y era nueva y bastante elegante, Aviraneta preguntó por el doctor catalán, le dijeron que estaba en el segundo piso en el número doce. Aviraneta subió y llamó con los nudillos en la puerta del cuarto indicado.

—Adelante —dijeron de dentro.

Se le presentó el cirujano Ferrer, le abrió la puerta y le hizo pasar. Luego sacó la media tarjeta que le había dado Arias Teijeiro.

—A ver, cotéjela usted con la suya —le indicó. Aviraneta tomó la otra media tarjeta y vieron que coincidían los dos trozos de cartulina.

—Ahora hablemos —dijo Ferrer—. Siéntese usted.

Ferrer estaba muy bien vestido. Tenía aire de hombre pletórico y alcoholizado, la cara con algunas manchas herpéticas. Era un tipo robusto, de músculos acusados, la cara cuadrada, los ojos claros, la mandíbula poderosa. Tenía las manos grandes y fuertes, con un vello rojizo dorado en el dorso y en los dedos. Más que manos de cirujano eran manos de verdugo.

Además de la tarjeta recortada traía una esquila de Arias Teijeiro dirigida a Dominique Etchegaray.

Después de estos preliminares el cirujano Ferrer dijo:

—Le esperaba a usted con ansiedad.

—Lo creo.

—¿De dónde tiene usted sus noticias?

—¡De tantos conductos! Yo soy vascofrancés y legitimista —añadió Aviraneta pronunciando el castellano con ligero acento francés—; hablo bastante bien el español.

—No; muy bien, para un extranjero muy bien.

—¡Muchas gracias! Conozco legitimistas y carlistas influyentes que conmigo no se recatan en hablar. Ahora se está intentando formar de nuevo una sociedad de defensores de la fe que tenga su centro en París. Esta sociedad servirá principalmente para procurarse datos de las maniobras de los liberales y de las gentes poco fieles al catolicismo y a la legitimidad.

—No creo mucho en esas cosas.

—Ya se verá qué resultado da con el tiempo.

—¿Y qué cuentan sus amigos?

—Hablan de lo que están preparando, y saben los proyectos de los unos y de los otros mucho antes que en la Península. Yo, por ejemplo, fui de los primeros que supo, por ellos, que el conde de España estaba intrigando para hacer un pacto con los cristinos y se lo comuniqué a ustedes.

—Sí, ya sé; nos lo dijo el mismo cura don José Rossell.

—Sí, yo le escribí desde Pau el 4 de agosto del 39.

—Es verdad. Tanto mi hermano como el canónigo Torrabadella están muy agradecidos a las noticias que usted dio con tanta anticipación.

—Gracias a ellas ustedes pudieron ponerse en guardia.

—Sí, y se pudo dar con el hilo de la trama que estaba urdiendo el conde de España y que felizmente descubierta a tiempo sirvió para que el tirano acabase su vida en el río Segre.

—Pues ahora hay nuevas tramas. Hay mucha gente que trabaja en sembrar la discordia en el campo carlista y se teme una catástrofe parecida a la de Vergara. Lo malo es que no es una persona la que intriga, sino que son muchas, con lo cual se produce en las filas del partido una gran confusión.

—Eso es lo peor. En el partido hay desconfianza. Mi hermano Narciso que, como sabe usted, es de la Junta de Berga, y los demás compañeros suyos, están llenos de alarma y la carta de usted ha aumentado las sospechas. Así que dígame usted todo lo que sepa de las nuevas tramas que se

preparan en Cataluña.

—Amigo, yo le diría a usted muchas más cosas si usted conociera el personal carlista de Francia, porque entonces podría usted saber no sólo los datos sino los indicios, que a veces tienen tanto valor como los datos.

—Diga usted lo que sepa.

—Le diré *grosso modo* lo más esencial.

—Hablé usted.

—Ahora uno de los motivos de división del carlismo en Cataluña va a ser el intento de rehabilitación del conde de España. El promotor de esta empresa es un antiguo ayudante del general, un tal

Castelnau, sobrino del conde de Pins. Este Castelnau ha vivido en Berga y en Caserras.

—No lo conozco.

—El conde de Pins se dice pariente del conde de España y vive en Tolosa en el Hotel de Francia. El conde de Pins ha sido jefe del gabinete del prefecto de París, Delavau, en tiempo de Luis XVIII, cuando mandaban en Francia las congregaciones. El conde es hombre acostumbrado a las intrigas.

—¿Y ese señor qué pretende?

—Ese señor es el que dirige a Castelnau, el antiguo ayudante del conde de España. Castelnau se ha establecido en Tolosa y se va a casar con la hija de un marqués legitimista, el marqués de Orgeix, que reside en Pamiers. Castelnau, Pins y Orgeix han decidido rehabilitar al conde de España. Son de los que forman ahí, en Tolosa, el Comité de los Defensores de la Fe.

—¿Y por qué se meten esos cochinos franceses en lo que no les importa? —preguntó furioso Ferrer—. ¡Qué asquerosa raza!

—El realismo, como el liberalismo, hoy es internacional —contestó Aviraneta.

—Sí, internacional, pero ellos por si acaso no se matan y ven los toros desde la barrera.

—Es verdad. Ese Castelnau es un defensor acérrimo de su antiguo general, trata de asesinos a cuantos han contribuido a la muerte del conde y clama pidiendo venganza al cielo y a la tierra. Castelnau ha hecho escribir varios artículos en los periódicos legitimistas de Tolosa y de París, entre ellos en la Gaceta de Languedoc. Si quieren ustedes yo buscaré esos periódicos.

—¿Para qué? ¿Qué se dice en esos artículos?

—Describen con pormenores la muerte del conde y se señala como autores a su hermano, a usted, a todos los junteros, al brigadier Rall, al comandante Grau, al Ros de Eroles, al Pep del Oli y a otros muchos.

—Todos intervinimos más o menos —dijo Ferrer con una voz sorda.

—Los ejemplares de la Gaceta de Languedoc, con esa narración, se han enviado, unos, a Bourges, a don Carlos; otros los ha mandado desde Burdeos don Pedro Díaz Labandero a su hermano el intendente don Gaspar, que está ahora en el ejército de Cabrera.

—¡Bah!, don Gaspar Labandero no necesita que le cuenten nada. El sabe muy bien lo que ocurrió. Es un canalla, un cobarde.

—Según me ha dicho el mismo Castelnau, varios personajes que han sido del Real de don Carlos escriben a Cabrera para que haga un castigo ejemplar con todos los autores y cómplices de la muerte del conde de España.

—No conocerán a todos —murmuró el cirujano.

—Los pliegos para Cabrera y Labandero —siguió diciendo Aviraneta— los ha llevado un oficial procedente de Bourges que ha entrado en Cataluña y después en Aragón. Estos pliegos van firmados por don Carlos.

—Pero si don Carlos defiende ahora al conde de España, ¿por qué le destituyó?, ¿por qué le quitó el mando?

—Amigo, eso yo no lo sé, pero todo hace pensar que quieren deshacerse de los individuos de la Junta y preparar un castigo terrible a los autores y cómplices de la muerte del conde. Yo creo que con esto persiguen un objeto político.

—Es muy probable, pero ya veremos si lo consiguen. No somos tontos y sabremos defendernos.

—Es lo que hay que hacer.

—Se hará, ya lo verá usted.

—Según el mismo Castelnau —prosiguió Aviraneta— el general Segarra y otros jefes del ejército carlista, entre ellos los Labanderos, trabajan a favor de una transacción entre carlistas y cristinos y la preparan para cuando Espartero entre en Cataluña.

—No me chocaría nada.

—Quizá convenzan a Cabrera, o por lo menos a alguno de los jefes valencianos o aragoneses, y entonces parte por rabia y parte por despecho, se hará una terrible venganza contra los individuos de la Junta.

El cirujano Ferrer quedó cabizbajo durante algún tiempo, luego preguntó:

—¿Y de Arias Teijeiro, qué opinión tiene usted?

—No hay que fiarse mucho de él. Mientras siga amigo, bien. La elevación de Arias Teijeiro se debe a Lamas Pardo, que de su escribiente lo elevó a magistrado en Santiago de Galicia en 1829. Luego Arias tomó parte en la suscripción que se hizo para regalar una espada de honor al general Córdova por su victoria en Mendigorria contra los carlistas, y meses más tarde se ofrecía al carlismo por intermedio de su tío Teijeiro, ayuda de cámara de don Carlos.

—Yo también creo que Arias es un pastelero. Con el mayor misterio y con toda clase de reservas, Aviraneta añadió una serie de noticias, una verdadera madeja en la que había cosas verdaderas, otras probables y algunas falsas.

A medida que Aviraneta iba dando estas noticias como auténticas, el cirujano Ferrer fruncía las cejas, tomaba un color encendido y un aire de suspicacia y de preocupación.

—¿Qué cree usted que debemos hacer? —preguntó fosco y enfurruñado.

—Yo creo que debe usted volverse inmediatamente a Berga y decir a su hermano y a los demás individuos de la Junta que se pongan en guardia, pues se quiere deshacerse de ellos. Al mismo tiempo deben de medir sus fuerzas; si no las tienen, escapar.

—Eso nunca.

—Y si las tienen, ponerse frente a Cabrera. Todo hace pensar que Cabrera en su retirada querrá entrar en Berga. Si los de la Junta lo permiten, están perdidos. Lo que deben hacer, pues, es fortificar más la ciudad y avituallarla.

—Eso se hará porque hay dinero todavía.

—Si yo averiguo la actitud de Cabrera y de Labandero, les enviaré a ustedes las noticias por un correo.

Ferrer, muy preocupado, dio las gracias a Etchegaray y se dirigió inmediatamente a la frontera de Cataluña.

Aviraneta volvió a Tolosa el mismo día. Pensó que Ferrer no era tonto. Algunas cosas, como la Sociedad de los Defensores de la Fe, no se las había tragado, pero con otras noticias falsas había mordido el anzuelo hasta clavárselo.

### III

#### NOTICIAS DE ROQUET

Hacia mediados de abril, Aviraneta fue visitado por Castelnau, el antiguo ayudante del conde de España. Se habían hecho los dos muy amigos; solían pasear juntos y se sentaban en las avenidas del Jardín de Plantas.

Castelnau explicó a Aviraneta sus proyectos. Había vuelto a marchar a Burdeos a donde le llamaba para conferenciar con él don Pedro Díaz Labandero. Tres días después estuvo de vuelta en Tolosa y contó a don Eugenio lo que allí había ocurrido.

—El oficial que enviamos a Cabrera —le dijo— ha vuelto a Burdeos y sigue camino de Bourgues con unos pliegos. Este oficial le ha encontrado a Cabrera enfermo, malhumorado e indignado con la muerte del conde de España, deseando castigar a los individuos de la Junta de Berga.

—¿Está bien enterado de lo ocurrido?

—De todo. Además, le ha dado nuevos detalles el intendente don Gaspar Díaz de Labandero, que estaba en Berga cuando la muerte del conde.

—Es verdad, y que parece que no hizo nada para impedirlo.

—¿Cree usted?

—Eso ha dicho todo el mundo.

—El oficial me ha asegurado que Cabrera consideraba al conde de España como a uno de los más leales soldados de don Carlos, ha añadido que cuando llegue a Cataluña vengará de una manera severa y cruel la muerte del conde. Ha dicho también que los curas tienen fanatizado al vulgo, pero que él sabrá meter en cintura a los clérigos de la Junta y hacer justicia contra todo y contra todos.

Aviraneta, al saber que Cabrera se ponía claramente contra los junteros bergadanos, determinó comunicarles la noticia para impulsarles a tomar una actitud violenta y desesperada. Aviraneta pensó que necesitaba un agente más activo que el mozo de las Cuevas del Padre José, y escribió a Roquet, a Behovia, preguntándole si estaba dispuesto a volver a entrar en España y a hacer otra gestión con los carlistas parecida a la del Simancas.

Roquet contestó que sí, y se presentó pocos días después en Tolosa.

—¿Qué hay que hacer? —preguntó el francés.

—Hay que ir a Berga y hacer allí varias gestiones un tanto difíciles.

—Muy bien; usted dirá.

Roquet estaba arruinado y dispuesto a cualquier cosa.

—Tiene usted que ir a Berga, sin prisas —le dijo Aviraneta—, visitar al cirujano Ferrer, entrar en relaciones con un tal Marcillón, fondista francés, averiguar el paradero de Max Labarthe y de Hugo Riversdale, dos jóvenes, uno francés y otro inglés, a quienes envié a Berga y de quienes hace mucho tiempo no tengo noticias. Visitará usted también el convento de las Hermanitas de los Pobres, les llevará usted de regalo una chuchería cualquiera de algún bazar y les dirá que es un recuerdo de un carlista navarro cuidado por ellas y que vive refugiado en Francia.

—Muy bien.

—Además, llevará usted una carta para Arias Teijeiro.

—Todo se hará.

—¿Va usted a ir solo?

—Sí.

—Quizá lo mejor sea comprar un caballito.

—Yo también creo que será lo mejor.

Aviraneta y Roquet compraron el caballo.

Aviraneta redactó una carta muy estudiada para Arias Teijeiro. Le comunicaba lo que sabía de los planes de Cabrera y de Labandero. Le decía que aconsejara a Ferrer y a los que tuvieran más participación en la muerte del conde se pusieran a salvo inmediatamente trasladándose a Francia, o de lo contrario, preparasen una emboscada contra Cabrera, para que tuviera igual o parecida suerte que el conde de España.

Aviraneta no quería exponer a Roquet al peligro de que le cogiesen con una carta así y la escribió con una tinta simpática que se revelaba al calor del fuego. Encima redactó una carta de recomendación vulgar.

A Roquet antes de su partida le aleccionó acerca de la conducta que debía observar entre aquella gente y le fue especificando los encargos. Le advirtió que si Arias Teijeiro no estaba ya en Berga debía entregar el pliego al cura don Narciso Ferrer o al canónigo Torrabadella.

Roquet, montado en su caballo, se dirigió a Oseja, cerca de Bourg-Madame y en compañía de unos contrabandistas a la casa de Lluch y de aquí a Berga.

A fines del mes de abril, Roquet estaba de vuelta en Tolosa.

—¿Ha hecho usted los encargos? —le preguntó Aviraneta.

—Todos.

—Vamos por partes. Primera parte: asunto de la carta de Arias Teijeiro.

—Respecto a esta carta, Arias Teijeiro no estaba en Berga. Parece que ha marchado a Aragón a reunirse con Cabrera.

—¡Demonio! Yo creí que estaba a mal con Cabrera.

—Pues se ha engañado usted.

—Entonces vale más que no le haya usted entregado la carta a él. ¿Quién la recogió?

—En vista de que no estaba Arias Teijeiro, pregunté por el canónigo Torrabadella o por el presbítero Ferrer. Me dijeron que se encontraban ocupadísimos y que no podían recibirme. Quizá sospechaban. Yo insistí diciendo que tenía que darles una carta importante y se me presentó el cirujano Ferrer. Le dije que traía una carta para Arias Teijeiro y, en su falta, para su hermano don Narciso, y que como estaba escrita con tinta simpática tenía que acercarla al fuego para poder leerla.

Lo hizo así, la leyó y fue a consultar con su hermano. Después de pasado largo rato, el cirujano me dio un escrito de muy mala letra, sin fecha ni firma, y aquí lo tiene usted.

Aviraneta cogió el papel y leyó:

Musiu Etchegaray: Se han recibido sus letras, anunciándonos la tempestad que nos amenaza. Adoptamos el segundo partido que se nos propone y esperamos al tortosino Ramón Cabrera a pie firme.

*El Catalán.*

—¿No hay más?

—Nada más. El cirujano Ferrer me invitó a hospedarme en su casa y fui a ella. A los dos días me presentó a su hermano, don Narciso. Este, que estaba escribiendo en una mesa grande, entre legajos y papeles, me dijo:

—Mi hermano José y todos los vocales de la Junta, estamos muy reconocidos al señor Etchegaray por los informes que nos da en su carta. Dígame usted que se han tomado las precauciones necesarias para que no nos sorprendan los que quieren vengar la muerte del traidor conde de España.

Después, Ferrer me indicó que le advirtiera a usted que no se fiara más de Arias Teijeiro, porque éste, tras de presentarse como partidario de la Junta, se había ido al campo de Cabrera y trabajaba contra sus antiguos amigos.



También me comisionó para que averiguáramos detalles de la vida de algunos oficiales carlistas que viven en Tolosa y Burdeos y los pusieramos en conocimiento de la Junta.

—¿Y le dio a usted una lista de esos oficiales?

—Sí, señor. Aquí está.

—Venga. Se la enviaré al marqués de Miraflores. ¿No hay más con relación a la carta?

—No hay más.

—Con referencia al espíritu del pueblo, ¿qué pasa?, ¿qué se dice allí?

—Los de la Junta parece que temen una reacción entre los paisanos, y los vocales andan de un lado a otro para averiguar una trama que se dice que está urdida por los emigrados y refugiados carlistas en Francia.

—¿Y qué objeto tiene esa trama?

—Parece que se pretende acabar con la Junta y hacerla desaparecer, reemplazándola por un Gobierno militar puro.

—¿Así que los junteros tienen miedo?

—Mucho miedo.

—Y de Cabrera, ¿qué se dice?

—En los ocho días que he estado en Berga he podido notar que hay allí una gran agitación, tanto en el vecindario como en la tropa. Se discute mucho sobre Cabrera; la mayoría lo defiende y lo ensalza, otros le atacan violentamente. Corre la voz de que Cabrera va a estar pronto en Cataluña, porque le será imposible resistir tanta tropa como ha llevado Espartero al Maestrazgo.

—¿Le ha visto usted a Marcillón, al posadero francés?

—Sí.

—¿Qué le ha dicho a usted de mis amigos Max Labarthe y del inglés Riversdale?

—Max Labarthe murió en el sitio de Ripoll; Hugo Riversdale se marchó de Berga antes de que mataran al conde de España.

—¿Qué dice Marcillón por su parte?

—Poca cosa. Está deseando traspasar la posada, la taberna y la tienda de comestibles y venirse a Francia. Es un buen burgués, que tiene por todo ideal el tener una casita y el pescar en el canal del Midi.

—¿No hay otros franceses en Berga?

—Sí, hay otros avecindados allí y con los que he hablado.

—¿Qué dicen?

—Me han asegurado que están temiendo para el mejor día una catástrofe, porque lo principal de la ciudad está comprometido en la muerte del conde de España, aunque dicen que ninguno de los matadores es bergadano.

—Y estos franceses, ¿qué hacen?

—Hay unos pocos que son comerciantes y cuatro o cinco están empleados en la Intendencia y en la Maestranza.

—¿Y esta Maestranza, está bien montada?

—Parece que sí. No dejan entrar en ella a los curiosos y menos a los forasteros. La Maestranza está en el claustro del convento de San Francisco, y se emplean en ella cuarenta hombres del país, dirigidos por varios capataces vascos, entre ellos uno vasco-francés.

—¿En qué se ocupan?

—Se ocupan principalmente en recomponer fusiles. En los sótanos del mismo convento se funden balas. A muy corta distancia del pueblo, en una casa de la carretera de Barcelona, hacen los proyectiles para la artillería; la pólvora la fabrican en un edificio inmediato al castillo, y en una forja próxima a la puerta Pinsania funden los cañones.

—¿Y a estos capataces vascos no se les podría inducir a que abandonasen su cargo y se largaran? —preguntó Aviraneta.

—Es difícil; están vigilados y se les tiene por sospechosos.

—¿Y ellos qué piensan?

—Ellos dicen que los curas han sido los principales instigadores de la muerte del conde y que tienen fanatizada a la gente. Parece que muchos creían que la culpa de que las cosas del carlismo marcharan mal la tenía exclusivamente el conde de España y que con suprimir al viejo general la cosa estaba resuelta. Ahora, la dictadura de la Junta no deja satisfecho al pueblo y se dibuja la rivalidad entre la Junta y el general Segarra.

—¿Qué motivo tiene esta rivalidad?

—Hay motivos personales que no todos conocen. El caso es que la Junta trata de impedir la entrada en la ciudad de las tropas de Segarra.

—¿Y qué hace Segarra?

—Segarra está enfermo, y Tristany no le considera como capitán general de Cataluña. Algunos militares siguen a Segarra, pero la junta de Berga y los curas están identificados con Tristany.

—Y con respecto a Cabrera, ¿qué es lo que hay?

—Con respecto a Cabrera no hay unanimidad. Algunos entusiastas de la Junta quisieran no dejar entrar a Cabrera en el pueblo si se presenta; pero son la minoría.

—A esos capataces vascos nos convendría convencerles y que hicieran un plante.

—Yo he hablado con algunos de ellos, por intermedio de Marcillón, repetidas veces, y también con los comerciantes paisanos míos. Todos están deseando dejar la ciudad, liquidando sus bienes; pero esto para ellos no es cosa fácil.

—¿Los otros encargos y visitas los hizo usted?

—Sí; estuve en casa del señor Mestres y hablé con su señora; después, en el convento de las Hermanitas de los Pobres, visité también a los capellanes Nicolau y Farguell y al cura don José Rosell.

—¿Estos qué dicen?

—Nada interesante. Lo único que se nota es que todo el mundo está cansado de la guerra.

Aviraneta indicó a Roquet que volviera, si quería, a su casa de Behovia, que le llamaría de nuevo cuando le necesitase y viniera la ocasión oportuna.

Roquet dejó su caballito en un corral de las Cuevas del Padre José, y se marchó a su casa de Behovia.

#### IV

### ROQUET Y MARCÍLLON

Unos días después, don Eugenio se encontró con Castelnaud, el ex ayudante del conde de España, que tenía la obsesión de vengar la muerte de su antiguo jefe.

Castelnaud le dijo:

—Tengo noticias de que los asuntos de Cataluña se encrespan.

—¿Qué sucede?

—Tristany y Segarra no se entienden con la Junta, y ésta a su vez no quiere nada con Cabrera.

—Esto toma mal cariz.

—Sólo Dios sabe en qué va a terminar todo ello.

—¿Y en sus gestiones con relación a la muerte del conde, ocurre alguna novedad?

—Me escriben de Berga que los asesinos del general están llenos de miedo y que trabajan para que el pueblo haga causa común con ellos —contestó Castelnaud—. Tratan de defenderse en la ciudad, donde no admiten más que a gente catalana, suya, incondicional, y están aprovisionando la población con toda clase de víveres que la Junta hace traer de los pueblos próximos.

Aviraneta celebró en su fuero interno que la Junta llevase sus consejos a la práctica.

Al parecer, Berga se encontraba en un momento de inquietud y de terror; el vecindario estaba asustado y descontento de la marcha del carlismo.

En aquel estado de fermentación, se supo la toma de Morella por Espartero. Cabrera se acercaba al Ebro, probablemente para entrar en Cataluña.

Aviraneta llamó a Roquet, que se presentó enseguida en Tolosa. Le dijo que tendría que ir de nuevo a Berga.

—Muy bien. Estoy dispuesto —contestó el francés. Aviraneta escribió una carta, con tinta simpática, para el cirujano Ferrer; le decía así:

«Señor Ferrer: Por telégrafo se ha sabido el paso de Cabrera del Ebro. El tortosino se dirige a Berga con ánimo de instalarse allí despóticamente, de poner en la ciudad su cuartel general y de vengar la muerte del conde de España. El ayudante de éste, Luis Adell, y varios carlistas se preparan para marchar a Berga con anticipación, con el pretexto de organizar mejor la defensa del pueblo contra los cristinos; pero, en realidad, con el objeto de cebarse en los que tomaron parte en la muerte del conde. Miren ustedes bien a quién admiten en la ciudad; en esto deben poner ustedes toda su atención. No permitan que entre nadie en el pueblo que no sea incondicional de la Junta.

*Etchegaray.»*

A Roquet, don Eugenio le encargó que, cuando fuese a Berga, recogiese cuantas versiones corrieran por el pueblo, y que, si podía, defendiese en todas partes con su palabra a los individuos de la Junta. También debía enterarse de los proyectos de Cabrera y averiguar si tenía intenciones de escapar a Francia y por dónde pensaba hacerlo.

Le recomendó que si Cabrera llegaba a Berga, hiciera lo posible por permanecer en la ciudad, presenciar la entrada del caudillo y el desenlace de la tragedia.

—Sería conveniente —añadió— avisar a Segarra y decirle que la Reina tiene gran interés en que la guerra termine en Cataluña con otro convenio como el de Vergara y advertirle también que los dos enemigos acérrimos de este posible convenio son Espartero y Cabrera, porque ninguno de los dos ve en la transacción un medio de lucirse.

Roquet escuchó las recomendaciones. El francés era hombre frío y templado. Su táctica estribaba en la astucia, en esconderse y deslizarse como una anguila.

Roquet fue al corral de las Cuevas del Padre José a coger su caballito. Tomó un criado español de la frontera, muy poco avisado, y le dio a guardar la carta de don Eugenio para Ferrer, metida en un libro de misa, y éste en una alforja.

Roquet aseguró a don Eugenio que al día siguiente estaría en Berga. Se pusieron en camino, amo y criado, en las primeras horas de la mañana; el uno en su caballito y el otro en un mulo, y llegaron delante de Berga al anochecer.

No les dejaron entrar. Un sargento de miqueletes, que mandaba en la puerta de la ciudad, les detuvo.

—Vengo de Tolosa de Francia, y traigo una carta importante para el cirujano Ferrer —dijo Roquet.

—Bien; déme usted la carta.

—No. La orden que tengo es de entregarla en manos del médico Ferrer o en las de su hermano, el vocal de la Junta, don Narciso.

—Entonces, espere usted aquí en el cuerpo de guardia.

—¿Va usted avisar?

—Sí, voy a enviar un miquelete para que le avise al cirujano.

No tardaría media hora, y volvió con el médico Ferrer. Este, desde alguna distancia, conoció a Roquet y le saludó con la mano.

Cuando se acercó al cuerpo de guardia, le dijo al sargento, por el francés:

—Conozco a este señor. Bajo mi responsabilidad, déjele usted pasar.

—Muy bien, que pase.

—¿Trae usted alguna carta? —preguntó Ferrer con ansiedad.

—Sí, traigo una carta del señor Etchegaray. Ferrer la leyó, y dijo:

—Voy enseguida a llevársela a mi hermano. La cosa es grave. Usted sabe dónde vivo, vaya usted a mi casa a descansar y deje usted el caballo en la cuadra. Yo iré inmediatamente a reunirme con usted y comeremos juntos.

—Muy bien. Oiga usted: ¿no podría pasar este mozo que me acompaña?

—¿Para qué? —contestó Ferrer—. ¿Vive aquí? —No, vive en Francia.

—Pues entonces vale más que lo despida usted y que se vuelva.

Roquet le pagó al mozo la ida y la vuelta y se marchó inmediatamente a casa de Ferrer, donde fue bien recibido por su mujer y por su cuñada.

Una hora después apareció el cirujano.

—¿Qué dice el señor Etchegaray? —le preguntó a Roquet.

—Sigue en Tolosa, siempre muy preocupado con la suerte del carlismo.

—Es un excelente sujeto. El contenido de la carta que me ha enviado demuestra el gran amor que tiene Etchegaray por don Carlos y por el carlismo.

—Sí, es un gran entusiasta —repuso Roquet sin pestañear—. ¿Y qué pasa ahora? ¿Cómo va la Junta?

—La Junta, en estos momentos, y se lo digo a usted muy reservadamente, está reunida. Van a tomar medidas muy rigurosas para que no se deje entrar a nadie en la ciudad, sobre todo a nadie procedente de Francia, ni a ningún militar de graduación.

—Así, ¿que no podrá pasar ni una rata?

—Nadie.

—Y la Junta, ¿qué ha dicho del paso de Cabrera por el Ebro y de su entrada en Cataluña?

—La Junta ha sabido hoy la entrada de Cabrera en Cataluña; pero el público no conoce la noticia. Por esto, le advierto a usted que no diga una palabra ni hable de ello en la calle.

—No tenga usted cuidado.

—Las circunstancias son muy críticas y difíciles y hay que estar muy sobre aviso.

—Descuide usted. ¿Y se sabe si Cabrera se dirige a Berga?

—Esto todavía no lo sabemos con seguridad. Al día siguiente, Roquet salió de la casa del cirujano para ir a visitar a Marcillón.

Había por las calles de Berga mucha gente armada, entre ella, algunos paisanos con fusiles y sables.

La Junta había asumido todos los poderes, y a cuantas personas sospechosas, en concepto de los junteros, que vagaban por las calles, se las echaba de la ciudad.

Se había dispuesto no permitir la entrada a ningún general ni militar de graduación. Se admitiría únicamente a los que tuvieran el grado de comandante para abajo, con tal de que fuesen catalanes y hubieran servido con anterioridad en Cataluña.

Marcillón llevó a Roquet a la trastienda de su fonducho, un sitio muy amplio y confortable, con armarios con botellas llenas de etiquetas.

La taberna de Marcillón estaba cerca de la calle Mayor, en una casa baja. Era muy limpia y elegante, con la portada pintada de rojo; el escaparate, con cristales pequeños, mostraba botellas de todas clases de licores.

Marcillón, que sabía que se robaba mucho en el pueblo, no tenía en el escaparate más que cascotes de botella llenos de agua.

El fondo de la taberna del francés daba a una callejuela estrecha. Allí se ponían algunas mesas, donde solían comer los oficiales que tenían dinero.

Cruzando la callejuela, en un sótano, estaba el almacén de Marcillón, cerrado por unas puertas gruesas, reforzadas por barras de hierro en forma de aspa.

Roquet y Marcillón hablaron largo y tendido, y Marcillón le dijo:

—¿Quiere usted comer conmigo, paisano?

—Con mucho gusto.

—Prepararé una buena comida.

—Entonces voy a avisar a Ferrer que no comeré en su casa —indicó Roquet.

—Muy bien; mientras tanto, haré yo mis preparativos —dijo Marcillón—. Tengo una cocinera, pero cuando quiero hacer una comida cuidada la atiendo yo mismo. Así que a la una le espero.

—¿Comeremos solos?

—No; comerá con nosotros un amigo y socio, Anatolio, un francés que está en la administración militar.

Macillón preparó una espléndida comida, con vinos de buena marca, café y licores.

Roquet encontró al volver a la taberna a Marcillón con un joven de veinticinco a treinta años, a quien le presentó. Era Anatolio Pichard, llamado el Bello Anatolio. El Bello Anatolio era hombre delgado, esbelto, rubio, con un bigote con las puntas hacia arriba.

La comida se prolongó hasta media tarde. Los tres compinches comieron y bebieron de lo lindo. De pronto, Marcillón, mirando atentamente a Roquet con una mirada lúcida, murmuró:

—Perdone usted, señor Roquet. Se me ocurre una observación; quizá me equivoque.

—Veamos la observación.

—No sé qué me hace pensar que usted y yo, como nuestro amigo Anatolio, hemos pasado temporadas en Francia en algún establecimiento del Estado... No sé si me comprende usted: en algún establecimiento como un colegio..., aunque no es colegio.

—Hum... Quizá. ¿Por qué se lo ha figurado usted?

—Qué sé yo... Hay algo que queda... Y yo soy observador, un tanto psicólogo.

—Pues es verdad. ¿Y usted también ha estado?...

—Yo he pasado unos años en Tolón.

—Años. ¡Demonio!

—Sí, años; me engañaron de mala manera.

—Yo no he llegado a tanto; no he pasado más que algunos meses a la sombra... en Burdeos.

—¿Y la especialidad de usted?

—Se me atribuyeron algunas firmas falsas —insinuó Roquet.

—A mí me acusaron de haber hecho pasar billetes que parecía que no estaban grabados por los grabadores del Estado —dijo Marcillón.

—Yo fui acusado injustamente; lo he dicho siempre, aunque quizá no fuese verdad —añadió Anatolio, riendo—, de hacer una falsificación. —Así que cada uno de nosotros —indicó Marcillón— somos lo que se llama elegantemente en la lengua de Racine un *cheval de retour*.

—Algo por el estilo.

—Encantado de haber hecho su conocimiento, señor Roquet —dijo Anatolio, levantándose y alargándole la mano.

—A sus órdenes, señor Pichard.

El Bello Anatolio estrechó la mano de Roquet.

—Aquí, en país extranjero —añadió Roquet—, si algo puedo hacer por ustedes, lo haré con mucho gusto.

—Digo lo mismo —añadió Anatolio.

Anatolio Pichard, el Bello Anatolio, tenía su historia, no muy clara ni muy limpia. En su juventud había sido acróbata ambulante y andaba con los pies, daba saltos mortales y se descoyuntaba con mucho arte; pero no llamaba la atención. Cansado de su falta de éxito, se metió en otros negocios.

Preso como expendedor de billetes falsos en Marsella, estuvo en Orán, donde tuvo otra condena por estafa. Escapado, se metió en España y entró en la administración militar de los carlistas. Después comenzó a ayudar a Marcillón en negocios de contrabando y de suministros.

Roquet explicó cómo había sido enviado por los carlistas de Tolosa a enterarse de lo que pasaba en Berga.

Los negocios suyos andaban mal, y no tenía más remedio que dedicarse a estas empresas peligrosas para vivir.

—Nosotros le daremos a usted todos los informes que necesite, querido señor Roquet —dijo Marcillón.

—¡Muchísimas gracias!

—A cambio le pediremos a usted sus consejos, porque andamos metidos en unas combinaciones un tanto peligrosas.

Marcillón contó a Roquet una serie de historias del pueblo referentes al conde de España y a la Junta.

—En estos días, los individuos de la Junta salen de noche acompañados de una partida de caballería y otra de miqueletes de toda su confianza, hacen un recorrido por las inmediaciones del pueblo y al amanecer vuelven a Berga.

—¿Hay miedo?

—Mucho miedo.

Marcillón siguió contando más historias y dando detalles de todas las personas que tenían influencia en el carlismo de Berga.

—Con todo esto que me ha dicho usted tengo lo suficiente para contentar a mis patrones —dijo Roquet.

—¿Son carlistas de veras— preguntó Marcillón sonriendo.

—Con hombres inteligentes y astutos como ustedes no hay disimulo posible —dijo amablemente Roquet—. El individuo que me paga es, creo yo, un agente del Gobierno español.

—¿Y se llama?

—Etchegaray, es un vasco.

—Confianza por confianza —repuso Marcillón—, le voy a contar a usted mi asunto, creo que nos podremos ayudar mutuamente.

—Espero que sí.

—Yo vine aquí hace cuatro años y puse una tabernita, una tienda de comestibles y una posada...,

todo ello para mal vivir. Después me reuní con algunos comerciantes de aquí y con la ayuda de Anatolio, hicimos algunas trastadas, vendimos harina de trigo mezclada con centeno al ejército carlista, trajimos zapatos con suela de cartón y mantas que no tenían de mantas más que el nombre.

—Tampoco cobrábamos con moneda saneada —saltó Anatolio.

—Es cierto ni mucho menos, y además nos dejaron sin pagar factura sobre factura.

—¿Y el conde de España, que dicen que era tan severo, permitía esto? —preguntó Roquet.

—El conde de España veía sólo lo que pasaba por sus ojos, aunque él creía que veía todo, pero había muchas cosas más de las que podía ver y comprobar el viejo general.

—¿Así que le daban también la castaña?

—¡Y cómo no! La mayoría de las cosas pasaban sin que él interviniera.

—¿Y con cobros tan malos podían ustedes hacer negocio?

—Sí, a pesar de ello hemos podido reunir un pequeño capital, pero yo quisiera redondearlo vendiendo la tienda y la posada.

—Eso de redondear un capital es siempre peligroso —dijo Roquet.

—¿Cree usted? —preguntó Marcillón un poco inquieto.

—He visto muchos que por querer redondear un capital se han arruinado. ¿Y usted ha encontrado comprador?

—Sí, traspaso la taberna y la fonda y estoy en tratos para vender el almacén. Lo principal se queda la Junta. El almacén mío, señor Roquet, es una cosa grande, algo genial..., algo napoleónico.

—¿Por qué?

—Porque es más de la mitad falso, por cada saco de harina verdadero o por cada saco de azúcar auténtico, hay otro lleno de tierra o de yeso. También hay latas de conservas magníficamente soldadas que no tienen más que agua y tarros de dulce llenos de tronchos de berza.

—Pero pueden descubrir su fraude.

—¡No me asuste usted, Roquet! Todo está muy bien preparado y estudiado, cada bulto falso tiene su contraseña. Si vendo mi almacén y si no viene Cabrera u otro general con tropas numerosas, tardarán en notar el engaño un mes. Si viene Cabrera u otro caudillo y se acumulan las tropas y se comienza a consumir mucho, a los ocho días se descubrirá la farsa.

—¿Entonces hay que estar a la mira?

—¡Ah, claro!

—Y escapar si viene la ocasión.

—No cabe duda. Yo quisiera que usted nos ayudara.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Muchas cosas. La primera que le voy a proponer es ésta.

—Venga.

—¿Usted conoce a Ferrer, el cirujano?

—Sí. Vivo en su casa.

—Yo quisiera que le dijera usted, que ha hablado conmigo, que me encuentre en la necesidad imprescindible de volver a Francia y que le daría doscientos duros en el acto si me firmaran enseguida las seis letras más que tiene la Junta todavía no aceptadas.

—Hum... ¿Ya querrá?

—Creo que sí.

—¿A cuánto asciende lo que tiene usted que cobrar?

—A treinta mil pesetas.

—¿Y si no quieren firmar?

—Entonces, entre Anatolio y yo iremos cogiendo los sacos falsos, las latas que no tienen nada y vaciándolos en el corral de esta casa.

—Si la gestión tiene éxito, ¿yo ganaré algo en ello?

—¿Le parece a usted suficiente el veinte por ciento de comisión?

—Sí, me parece bien. ¿Y cómo lo cobraré?

—Se lo pagaré a usted en Francia. Si quiere usted haremos un papel.

—¿Para qué? Entre nosotros no hay necesidad de firmas ni papeles.

—De nuevo le digo a usted, señor Roquet, que estoy encantado de haber hecho su conocimiento. Se despidieron los tres afectuosamente.

Roquet habló a Ferrer del asunto y éste le dijo que podía contestar a Marcillón que esperara una semana y que al cabo de este tiempo le llevaría las letras firmadas.



V

FERRER SE ESCAPA

El 6 de junio se recibió en Berga un parte que produjo una gran conmoción. Cabrera se acercaba; estaba a dos jornadas del pueblo. La Junta no pudo ocultar la noticia de que Cabrera se hallaba ya dentro de Cataluña y que el 8 se presentaría delante de la ciudad.

La Junta hizo publicar la nueva como si ésta fuera para ella un gran motivo de regocijo y de alegría.

Al mismo tiempo, se comenzaron a tomar medidas de defensa y de precaución, se municionaron los fuertes, se pusieron los cañones en batería como si las tropas enemigas estuvieran a la vista.

Por las calles los corrillos de paisanos comentaban los hechos.

—¿Qué significan estas medidas —preguntaban algunos— en los momentos en que Cabrera está a las puertas de la ciudad?

—La Junta no quiere que le sorprendan —replicaban otros.

—¿Es que no somos todos carlistas?

El 7 por la noche esperaba Roquet en casa de Ferrer, cuando se presentó éste sumamente agitado a la hora de cenar. Tenía un humor del demonio, no hacía más que murmurar y blasfemar. Se encontraba la mesa puesta, el cirujano no tenía ganas de tomar nada, echó un bufido a su mujer, bebió un vaso de agua y llevó a su despacho a Roquet.

—Estamos perdidos —le dijo.

—Pues. ¿Qué pasa?

—Mañana va a entrar Cabrera con sus tropas en Berga y la noticia de que viene con ansia de tomar medidas violentas contra nosotros está comprobada.

—¿Cree usted?

—No hay duda.

—¿Y cómo lo saben ustedes? —preguntó Roquet.

—Estos son los avisos que han dado a la Junta.

—¿Quiénes?

—Tenemos amigos en el ejército de Cabrera.

—¿Y qué decisiones ha tomado la Junta?

—La Junta es una p... ¡Redeu! Está indecisa sobre el partido que le conviene tomar. Se le ha escrito a Segarra para que venga con sus tropas a cubrir los alrededores de la ciudad por el camino de Aragón, que es el que trae Cabrera.

—¿Y qué ha contestado Segarra?

—Segarra no ha contestado nada. Es un traidor. ¡Lladre! No se sabe dónde está. Ese granuja nos vende, está de acuerdo con Cabrera.

—En Francia se ha dicho como cosa segura que Segarra si no puede hacer una transacción con los liberales se va a pasar al ejército de la Reina.

—Es posible que ande en esos tratos, pero creo que no conseguirá nada.

—¿Así que, según usted, la situación es muy grave?

—Es gravísima.

—Lo que ustedes deben hacer es tomar acuerdos rápidos —indicó Roquet—; cerrar las puertas del pueblo, no dejar pasar a nadie.

—Ah, si por mi fuera. ¡Redeu!, Cabrera no entraría en el pueblo.

—¿Es que en la Junta hay partidarios de Cabrera?

—Allá hay de todo. Aquello es una casa de p... La Junta intentaría con gusto defenderse en Berga, pero la generalidad de las tropas y el paisanaje se resisten, tienen gran admiración por Cabrera. En la misma Junta hay algunos que dicen que no se sabe a punto fijo si es verdad que Cabrera tiene planes de venganza contra la Junta, que antes de que entre en el pueblo se puede averiguar esto y obrar en consecuencia. Son como mujerzuelas.

—¿Y cómo van ustedes a averiguar las intenciones de Cabrera?

—¿Cómo? De ningún modo.

—¿Y usted qué va a hacer?

—¡Yo! Si no estuviéramos divididos me quedaría, pero con esta falta de unión me marchó. Yo he aconsejado a mi hermano que nos pongamos a salvo ganando cuando antes la frontera francesa, pero él se resiste.

—Va a ser víctima de su obstinación.

—Es muy posible, que haga lo que quiera. Yo esta misma noche, me marchó. No quiero ser juguete del despotismo militar de Cabrera, ni de nadie.

—Creo que hace usted bien. ¿Y de las letras de Marcillón hay algo?

—Sí, aquí las tengo aceptadas. ¿Pagará ese francés?

—¡Qué remedio le queda!

—Bueno, pues vamos.

—Si no paga no se le dan las letras.

—Vamos allá, porque yo necesito dinero. Fueron los dos a la posada de Marcillón, el francés miró las firmas de las letras, sacó una bolsa con doscientos duros y se la entregó al cirujano, luego Ferrer y los dos franceses bebieron unas copas de coñac de marca.

El cirujano pareció tranquilizarse con el dinero.

—¿Usted qué va a hacer? —preguntó Ferrer a Roquet—. Porque yo cierro mi casa.

—Me instalaré aquí, en la posada de Marcillón.

—Yo, mañana por la mañana, llevaré a mi familia a un pueblo bastante lejano y luego veré lo que hago.

—Le voy a acompañar a su casa para sacar el caballo de la cuadra —dijo Roquet al cirujano Ferrer.

—Sí, vaya usted —advirtió Ferrer—, porque como mañana por la mañana quedará mi casa vacía y sin gente, corre usted el peligro de que se lo roben.

Salieron de la posada de Marcillón y volvieron a casa de Ferrer. Allí, el cirujano encendió un gran fuego en la cocina y quemó todos sus papeles. Después comió un trozo de carne fría y bebió un vaso de vino.

—¿Y usted, cuándo se marcha? —preguntó Ferrer a Roquet.

—Yo me voy a quedar unos días en Berga —dijo Roquet—, no me atrevo a ponerme en camino.

—¿Por qué?

—Aquí lo más que me puede suceder es que me metan en la cárcel, en cambio en el campo, entre desertores y soldados que se escapan a Francia en estos momentos, la marcha ha de ser muy peligrosa.

—Sí, creo que tiene usted razón —dijo Ferrer—. Usted no tiene personalidad política alguna y no hay motivo para que las autoridades de uno u otro bando le hagan a usted daño, en cambio las cuadrillas que ahora vayan por los campos podrían maltratarle y robarle.

Mientras hablaban en el despacho del cirujano, la mujer y la cuñada estaban acabando de recoger todo lo que tenían en la casa de algún valor.'

Ferrer comenzó a llenar una maleta y cuando terminó la faena dijo:

—Me voy a la cama a ver si puedo dormir tres o cuatro horas. Mañana pienso estar de pie muy temprano. ¡Adiós!

—¡Adiós!

Roquet y Ferrer se despidieron dándose la mano.

Roquet bajó a la cuadra, tomó el caballo y se dirigió con él del ronzal a la posada de Marcillón. En aquel momento estaban dando las doce en el reloj de la iglesia.

## VI

### CABRERA EN BERGA

Al día siguiente amaneció tranquila la ciudad.

Roquet se levantó, se vistió y después de desayunar fue a casa del cirujano Ferrer a ver si se había marchado. La casa estaba abierta, parecía un hospital robado, según dijo una vieja castellana; no quedaba dentro más que una tinaja, unos cacharros grandes de cocina y unas sillas viejas. Ferrer se llevó lo que pudo; alguna gente maleante se dio cuenta del abandono de la casa y arrambló con lo demás.

—¿A quién busca usted?, ¿al cirujano Ferrer? —preguntó una mujer a Roquet.

—Sí.

—El cirujano y su familia se han marchado a las cuatro de la madrugada. Llevaron los muebles en un carro y marcharon ellos en una tartana.

Roquet volvió a la posada y tuvo una larga conversación con Marcillón. Quedaron de acuerdo en que tenían que esperar para escaparse. Mientras no comenzaran a sacar géneros del almacén, Marcillón no tenía miedo.

El día aquel en que Cabrera iba a presentarse ante el pueblo, no era prudente escaparse, podían infundir sospechas, tomarlos por gente comprometida en la muerte del conde de España y hacer que los detuvieran.

Decidieron Roquet y Marcillón, si se encontraban por las calles, no hablarse ni darse por conocidos.

Roquet anduvo por el pueblo observando los movimientos de la multitud que llenaba las calles.

Al mediodía, los vocales de la Junta unidos al gobernador militar comenzaron a recorrer a caballo las baterías, los fuertes y las puertas de la ciudad. Arengaban y excitaban a las masas. Con ellos iban varios curas y frailes, echaban discursos frenéticos desde los balcones y las esquinas. No decían nada concreto sobre la entrada próxima de Cabrera. Algunos que hablaron de ello fueron muy aplaudidos.

Se distribuyó a la tropa una ración de aguardiente. Los soldados parecían excitados y alegres.

A la una se presentó a la vista del pueblo una partida de caballería de Cabrera. Venían los soldados con sus boinas blancas y uno de ellos enarbolaba un pequeño estandarte. Se veían por el campo pelotones de caballería, los jinetes con boinas y capas iban avanzando al paso.

La expectación de los bergadanos era grande; las puertas de la ciudad se mantenían cerradas. Mucha gente se asoma a los balcones y a las murallas. A pesar de la excitación pública, reinaba un profundo silencio. Se había dado orden de que no se dispararan salvas.

La guarnición de Berga se componía del batallón del Pep del Oli, del de Griset y de una compañía de artilleros, otra de zapadores y dos batallones de voluntarios realistas.

Si la guarnición hubiera querido resistir probablemente Cabrera hubiera tenido que retirarse. Roquet fue a la posada de Marcillón a comer y después de comer reunido con dos capataces vascos de la Maestranza, entró en el convento de San Francisco y se asomaron a una ventana que daba al campo.

A eso de las dos o las tres de la tarde aparecieron a la vista varios batallones y una gran escolta de caballería.

Cabrera, a una distancia de tiro de cañón, iba reconociendo la plaza y colocando piquetes como para un posible ataque.

En el Estado Mayor que rodeaba al general tortosino tremolaron un pañuelo blanco en la punta de una lanza. De la plaza respondieron levantando una bandera también blanca en el tejado del convento de la Merced.

Se abrió entonces una de las puertas de la ciudad, la más próxima al fuerte del Rosario, y salieron y se acercaron al Estado Mayor de Cabrera las fuerzas del Pep del Oli y varios individuos de la Junta.

Al parecer, por lo que dijeron después de haber conferenciado estos individuos con Cabrera y con el intendente Labandero, volvieron a Berga.

Se aseguró que Cabrera venía con intenciones de concordia, sin ideas agresivas para nadie. Se reunió la Junta y se decidió que entraran las tropas en la ciudad.

De allí a poco se hizo la señal convenida y se abrieron las puertas. Cabrera, vestido de gran uniforme, pálido, pero ya restablecido de su enfermedad, rodeado de su Estado Mayor y de su escolta, seguido de todos los batallones y escuadrones, hizo su entrada en la plaza en medio del mayor entusiasmo del vecindario.

Con las tropas de Cabrera de infantería y caballería, llegaron una nube de canónigos, de capellanes y de frailes. Acompañaban también al caudillo carlista dos hermanas y un hermano.

Al día siguiente se celebraron varias fiestas y regocijos.

Los cómplices de la muerte del conde de España parecían seguros, se encontraban tranquilos, fiados en la palabra del general.

—¿Qué hacemos? —preguntaba todas las noches Roquet a Marcillón—. Cuando usted diga nos vamos.

—Yo por ahora no tengo prisa. He pedido un salvoconducto para mí, otro para usted y para Anatolio. Si no pasa nada esperaremos.

A pesar de las promesas hechas a los junteros, Cabrera, con el mayor sigilo, encargó la formación del sumario por la muerte del conde de España al coronel Serradilla. Este lo instruyó pronto y entregó el proceso terminado al general carlista.

El 12 de junio por la mañana Cabrera citó a los individuos de la Junta de Berga y los mandó presos al Santuario de Queralt. Orteu, Torrabadella y Dalmau fueron los primeros presos; Milla, Ventós y Sampons, también detenidos, quedaron poco después en libertad. El mismo día fueron arrestados Mariano Orteu, el brigadier Valls y el comandante Grau.

Se afirmó que habían preso a Narciso Ferrer en compañía de un cura de Moya llamado Bartolet, pero otros dijeron que le buscaron inútilmente y que no consiguieron dar con él.

Cabrera mandó con gran insistencia que se detuviera al cura Ferrer, pero no lo encontraron.

Al mismo tiempo que a los jefes de la Junta, se comenzó a prender a sus amigos y allegados. Parecía que el terror cabrerista iba a implantarse en Berga.

Aunque corrió la voz de que los castigos serían severos e inmediatos, Cabrera no se dio mucha prisa. Sin duda, le bastaba dar una impresión de severidad.

Unos días después de ejecutarse la detención de los presuntos reos y cómplices en la muerte del conde de España, ocurrió la deserción del comandante general de las fuerzas carlistas catalanas, don José Segarra, al campo de la Reina y se descubrió al mismo tiempo un complot para entregar a los liberales la plaza de Berga.

Segarra había estado escondido varios días en una finca de la señora Senespleda, esperando ver lo que hacía Cabrera.

Segarra marchó a Prats de Llusanés donde parece que tenía partidarios y pensaba arrastrarlos a una transacción con los liberales, pero no consiguió su objeto.

Segarra salió de Prats de Llusanés con treinta hombres de escolta que se le sublevaron en San Bartolomé del Grau y se le escaparon llevándole el equipaje.

Dos asistentes le siguieron, pero cuando se hallaban a corta distancia del campo liberal

desconfiaron de las intenciones de su jefe, viéndole que se aproximaba cada vez más a los enemigos.

Estos asistentes contaron después que ellos exigieron de Segarra que les comunicase sus intenciones, pero Segarra por toda respuesta soltó la brida al caballo y partió al galope hacia Vich.

Los asistentes volvieron a Cabrera con sus lanzas ensangrentadas, jactándose de haber herido al general traidor y dando por disculpa de no haberle matado la ventaja sacada a sus caballos por el que montaba Segarra.

Los amigos del cabecilla dijeron que si escapó fue después de que los soldados le robaron el equipaje, cuatro hermosos caballos y ciento sesenta y dos onzas, no dejándole más que la camisa, el chaleco, el pantalón, los calcetines, un zapato y un pañuelo que llevaba en la cabeza.

Segarra, al entrar en Vich, publicó una alocución a sus antiguos amigos y compañeros de armas, exhortándoles a dejar el carlismo ya vencido y a ingresar en el partido de la Reina. Cabrera contestó a la alocución con otra, como todas las suyas jactanciosa y un tanto pedantesca.

Cabrera castigó a la señora de Senespleda, que había ocultado en su finca a Segarra, con una multa de cuarenta mil reales.

La conspiración para entregar la plaza de Berga a los liberales fue bastante oscura. En esto Cabrera se mostró más rápido y expeditivo que en la causa por la muerte del conde de España.

Inmediatamente fueron presos y fusilados el primer comandante de batallón, don Luis Castañola, el capitán Correcher y el teniente García. Castañola era un pobre hombre apático que se había comprometido pensando que el carlismo declinaba, los otros dos creían también que la rendición de Berga no tardaría en verificarse.

Estos fusilamientos fueron algo estúpido y sin sentido. Cabrera podía comprender que la guerra por entonces estaba perdida para los carlistas y que tendría que escapar pronto a Francia. La pedantería militar pudo en él más que el buen sentido y se dejó llevar por la disciplina rígida.

En cambio, con los matadores del conde de España, el caudillo tortosino estuvo más discreto.

Los llevó hasta la frontera, presos, y antes de entrar en Francia y con el pretexto de que no se podía aclarar bien la participación de cada uno en el crimen, los dejó en libertad.

## VII

### LA FUGA DE LOS COMPADRES

Por los datos que recogió Roquet, todo el campo próximo a Berga estaba lleno de grupos de carlistas y de partidas de trabucaires. El canónigo Tristany con su gente andaba merodeando por las proximidades de la frontera.

Un día Roquet preguntó a Marcillón:

—¿Estamos o no estamos? ¿Ha avisado usted a Anatolio?

—Sí; el caso es que...

—¿Qué se le ocurre a usted?

—Se me ocurre que hay peligro.

—¡Ah! Naturalmente.

—¿Y lo dice usted con tranquilidad?

—¿Cómo quiere usted que lo diga?

—¿Sabe usted que entre esos trabucaires hay algunos que llaman atormentadores que pinchan y queman a los prisioneros con ascuas como los abrasadores de Orgeres (los chauffeurs) para que les digan dónde tienen escondido su dinero?

—Sí, eso se cuenta.

—Dicen que el Casulleras y el Tocabens son terribles. Caer en sus manos sería horroroso.

—¿Es que no se quiere usted marchar de aquí, Marcillón? Si es así, dígalo usted.

—Sí, quisiera salir..., pero temo que nuestra salida va a ser difícil.

—¡Ah!, claro, también el quedarse aquí es peligroso. Si encuentran que ha vendido usted tierra y yeso por harina y azúcar lo fusilan a usted sobre la marcha.

—No me diga usted eso.

—¿Pero es usted tan cobarde?

—Siempre he sido hombre tímido y nervioso.

—Pues hay que sacudirse la timidez y la nerviosidad, amigo Marcillón. Yo también estoy en peligro. Si alguno de la Junta me denuncia me pegan cuatro tiros.

—No sé cómo puede usted hablar así, señor Roquet, con esa frialdad. Yo nunca he servido para las aventuras.

—Sí, usted quizá tenía condiciones para millonario, para la vida reposada y tranquila..., yo creo que también. El campo, las flores, una mujer amante..., los niños...

—No se ría usted.

—No me río.

Yo tengo el valor de reconocer que no soy valiente. ¿Qué quiere usted? Yo no tengo la culpa. El peligro cuando estoy en su presencia me trastorna; el corazón me empieza a palpar con fuerza, el estómago me da como una vuelta, el cuerpo se me inunda de sudor y comienzo a temblor..., yo no tengo la culpa.

—Nadie tiene la culpa de nada —dijo Roquet con cierta violencia—. ¿Es que cree usted que vamos a ponerle en la hoja de servicios, valor heroico o valor acreditado, como se pone a los militares? No. Esas farsas ridículas se quedan para la milicia pero no valen para los que hemos estado en presidio.

—No hable usted así.

—Es para decirle que todos los hombres son, naturalmente, cobardes menos los locos, pero cuando hay que hacer una cosa que no se puede evitar se hace; como se muere uno al fin siendo valiente o cobarde. Ahora hay que seguir adelante temblando o sin temblar, porque no se puede volver atrás.

—¿Qué quiere usted?, yo no sirvo.

—Lo mismo da que se sirva como que no se sirva. ¿Qué va usted a hacer? Ahora hay que escapar. Esta madrugada a las cuatro al camino y hacia Puigcerdá. ¿Tiene usted su caballo?

—Sí.

—Hoy parece que se ha escapado el obispo de Orihuela disfrazado de pastor.

—¿Se ha escapado?

—Sí. No es tímido como usted.

—Lo veo.

—¿Le ha avisado usted a Anatolio?

—Sí. ¿Vendrá cuando se le llame?

—¿Tiene también caballo?

—Sí.

Durmieron unas horas y por la mañana a la chita callando tomaron los tres el camino hacia San Julián de Cerdanyola.

Roquet estaba asombrado del poco espíritu de su compañero Marcillón. Este, al ver cualquier grupo de gente, se ponía lívido, se echaba a temblar y comunicaba su miedo a Anatolio.

Cerca de Guardiola de Berga se encontraron a cuatro frailes capuchinos que marchaban a Francia; dos eran catalanes y los otros dos valencianos.

Marcillón y Anatolio se acogieron a ellos pensando que les protegerían y se pusieron a darles conversación. Los frailes no les tranquilizaron, por lo que dijeron el campo estaba lleno de soldados prófugos y de trabucaires. A ellos, pobres capuchinos, creían que no les molestarían; al fin y al cabo los carlistas eran buenos cristianos, pero con los demás no tendrían probablemente las mismas consideraciones. Uno de los frailes catalanes era alto y fornido y rezaba a cada paso con un vozarrón terrible.

Llegaron a la Poble de Lillet y Marcillón quiso convidar a los frailes a cenar. Así lo hizo y cenaron juntos. Los capuchinos al terminar la cena dijeron que se iban inmediatamente a acostar porque se levantaban al amanecer. En la posada había bastante gente.

Marcillón, Anatolio y Roquet dejaron sus caballitos en la cuadra. El posadero llevó a los tres franceses a dormir a un cuartucho estrecho. Roquet anduvo mirando acá y allá.

Anatolio dijo:

—Vamos a dormir. Yo estoy que no puedo con mi alma.

—No sé si podremos dormir —replicó Marcillón acongojado— porque hay chinches.

—¿Qué quiere usted, que haya rosas? —preguntó con ironía Roquet.

—¡Hombre! ¿Por qué no ha de haber limpieza?

—Porque en un pueblo atrasado y en tiempo de guerra no hay limpieza. No pida usted gollerías. Además, no hay que desesperarse. Hoy no dormimos —añadió Roquet secamente.

—¿Por qué no?

—No se puede dormir. Si se duermen ustedes los despertaré a palos. Estamos en peligro. He visto dos hombres de traza sospechosa que han estado hablando de nosotros.

Marcillón y el Bello Anatolio se miraron y comenzaron a palidecer y a temblar.

A las doce de la noche Roquet salió de la alcoba en la cual estaba con sus franceses con una vela de sebo encendida en la mano. Entró en el cuarto donde ya roncaban los frailes. Estos se habían quitado los hábitos y los habían dejado en el suelo cerca del jergón donde dormían. Hacía calor.

Roquet volvió a su alcoba con tres hábitos y echando uno sobre Marcillón y el otro sobre Anatolio les dijo:

—Pónganse ustedes eso.





—Sí.

—¿Es que no tienen confianza?

—Poca. ¿Cuánto es la cama?

—Tres pesetas.

—Ahí van.

—Salieron al trote.

Una hora después vieron a un pastor, le preguntaron si estaban cerca de la frontera y el pastor no les contestó.

Siguieron adelante y encontraron a una mujer. Esta les dijo que la frontera está próxima, pero, añadió, que andaban por ella tropas que habían acampado en una colina.

Roquet empezaba a sospechar que su fuga iba a terminar en un fracaso y que los iban a prender.

En esto vieron cuatro hombres que venían a caballo. Por su aspecto eran carlistas.

—Un momento —les dijo Roquet con decisión—. ¿Ustedes van a Francia?

—Sí.

—¿Les podemos seguir a ustedes?

—No hay inconveniente.

—Nosotros no conocemos el camino.

Aquellos cuatro hombres avanzaron muy de prisa y Roquet, Marcillón y Anatolio les siguieron.

Al acercarse a la frontera un grupo de guerrilleros les hicieron señas y dieron gritos para que se detuviesen.

Los cuatro jinetes pusieron sus caballos al galope. Los tres franceses hicieron lo mismo y avanzaron durante un cuarto de hora oyendo silbar algunas balas por encima de sus cabezas.

Al entrar en Francia y ver el poste de la frontera Roquet dijo:

—Adelante todavía.

Cuando ya llevaban más de media legua en tierra francesa Roquet gritó:

—¡Alto! Ya estamos en seguridad.

Entonces paró el caballo y los compañeros hicieron lo mismo. Marcillón desmontó pálido, demudado, se llevó la mano al corazón y exclamó:

—Déjeme usted un momento, y se echó en el suelo aniquilado.

Anatolio se sentó en una piedra. Cuando se le pasó la fatiga, Marcillón exclamó:

—Es usted un valiente, señor Roquet. Este y yo somos unas mujerzuelas.

El insultar a su compañero y el participar con él su cobardía le consolaba.

Llegaron a Bourg-Madame, pueblo banal y fueron al hotel del Comercio. Se lavaron y arreglaron y pasaron al comedor. Después de comer pidieron una botella de Champaña y bebieron alegremente.

—¡A la salud de Roquet!

—¡A la salud de Marcillón!

—¡Por nuestro amigo Anatolio!

Así siguieron las libaciones.

—La verdad es que esto de encontrarse en Francia... en seguridad —dijo Marcillón— es magnífico. Todas estas últimas noches soñaba..., unas veces que me cogían por el cuello..., otras que me obligaban a comer la tierra de los sacos del almacén.

—Sería un suplicio terrible —exclamó Anatolio—. ¡Tanta tierra! ¡Qué idea!

Después de dormir, por la mañana siguieron el camino para Tolosa.

En este camino Marcillón y el Bello Anatolio se mostraron alegres y contentos, cantaron todas las canciones que sabían repetidas veces, desde la Mére Michel a Fanfan la Tulipe. Anatolio hizo títeres, Marcillón de placer abrazaba las piedras y las besaba.

—Oye Marcillón —dijo de pronto Anatolio.

—¿Qué?

—Cuando abran nuestras latas de conservas y nuestros barriles, ¿qué sorpresa? ¿Eh?

—Será terrible, querido, terrible... ¡Qué broma!

—Yo he metido en uno de los barriles, entre la tierra, un gato muerto.

—¿De verdad?

—Sí.

Marcillón y Anatolio se pusieron a reír como locos.

—Y una lata está llena de ratones.

Al llegar a Toulouse Marcillón y Roquet hicieron sus cuentas. Marcillón serio en sus compromisos industriales cobró sus letras y le dio a Roquet seis mil francos y a Anatolio la parte que le correspondía.

—No hable usted por ahí señor Roquet de mi falta de ánimo —dijo Marcillón al despedirse de Roquet.

—No, ¿para qué voy a hablar de eso? No tiene importancia. Además que en el sitio donde yo vivo no le conocen a usted.

Roquet era un hombre demasiado práctico para que le preocupara una insignificancia de tal naturaleza.

Aviraneta gratificó a Roquet con cuatro mil francos los cuales, unidos a la venta de su caballo, llegaron a cinco mil. Roquet se marchó a su casa de Behovia con once mil francos en el bolsillo.

Un mes después Cabrera llegaba a Tolosa de Francia escoltado por un pelotón de caballería. El comisario de policía, el señor Lenormand, quiso llevar a Aviraneta para que le viese al caudillo. Aviraneta se negó.

Se había acabado la guerra civil. Se decía que Cabrera y los principales jefes carlistas llevaban bolsas llenas de oro en sus equipajes al pasar a Francia. No era fácil saberlo.

Se aseguró que, al principio, Cabrera gastaba todo su dinero en el ejército y en francachelas, luego se supuso que empezó a guardar porque la guerra iba tomando mal cariz.

De los tres franceses escapados de Berga, Roquet gastó en poco tiempo el dinero que le habían dado don Eugenio y Marcillón, fue a Argelia y murió allí asesinado.

El Bello Anatolio puso un café en su pueblo, en Castres, se las manejó bien y llegó a ganar dinero.

Marcillón fue a Avignonet, cerca de Castelnaudary y se dedicó a vivir de sus rentas y a pescar en el canal del Midi como eran sus ideales. Luego se casó, con el tiempo, con una viuda rica que tenía dos hijos y compró una hermosa casa llena de flores. Marcillón fue un buen marido y un excelente padre de familia.

Como era hombre inteligente y de fantasía le gustaba contar sus aventuras de juventud, naturalmente, cambiadas y transformadas.

Su estancia en la cárcel la atribuía a sus campañas políticas, su entrada en Cataluña era consecuencia de su entusiasmo por la religión y por la legitimidad.

El era un hombre de otra época, de otro siglo, con un espíritu de vendeano, partidario a ultranza de la legitimidad y de la lealtad. Dios, el Rey, la Patria, éstos habían sido siempre sus ideales a los cuales había levantado un altar en su corazón.

—¿Qué quieren ustedes? —solía decir a sus oyentes—, en mi juventud he sido un loco, un insensato. Yo comprendo que hay que ser prudente en la vida, pero yo no lo he sido, no lo he podido ser. Me decían que aquí o allí se peleaba por mis ideas y yo iba atropellándolo todo. Era un Quijote, un personaje ridículo, lo comprendo pero... ¿qué iba a hacer?... era más fuerte que yo. Tenía una confianza absurda, creía que las balas me iban a respetar siempre.

—Eso es el valor —interrumpía alguno.

—No, no; eso es una locura, una insensatez.

Tan convencido parecía estar de lo que contaba que escribió un librito en un estilo imitado del vizconde de Chateaubriand titulado «Memorias de un voluntario realista en España», impreso en Tolosa, que tuvo algún éxito.

Hablaba en sus memorias de su familia pobre, pero ilustre, descendiente de héroes de las

Cruzadas, de sus hazañas militares, de su amigo el conde de España y de los esfuerzos que había hecho para salvarle. Se colocaba en las filas de los leales, de los legitimistas y afirmaba que estaba siempre dispuesto a sacrificarse por la felicidad del *royanme de France*. Desde entonces le pareció necesario firmarse De Marcillón.

Marcillón pudo pescar hasta hartarse en el canal próximo a su pueblo y tuvo al morir una excelente necrología en un periódico de Castelnaudary y en otro de Carcasona, cosas de las más agradables y halagüeñas para el corazón de un hombre del Mediodía de Francia.

*Madrid. Noviembre, 1930.*

## ÍNDICE\*

PRÓLOGO .....	7
I. El pueblo .....	13
II. Los alrededores .....	21
III. El convento .....	23
IV. La vida en el convento .....	30
V. Los Templarios .....	36
VI. Baphomet o Baphometus .....	43
VII. La época carlista .....	48
VIII. El padre Caballería .....	56
IX. Un cura hechicero .....	60
X. Un suceso romántico .....	71
XI. La posada .....	78
XII. Los descontentos .....	82
XIII. Don Cayo .....	87
XIV. Un aviso .....	92
XV. Los hombres de la partida .....	97
XVI. Don Cayo y Pitarque preparan una encerrona .....	101
XVII. En la trampa .....	104
XVIII. Años después .....	110
XIX. La venganza del Navarrito .....	112

### LOS EX PRESIDARIOS

I. Los agentes carlistas en Francia .....	117
II. Aviraneta comienza sus trabajos .....	122
III. Noticias de Roquet .....	131
IV. Roquet y Marcillón .....	139
V. Ferrer se escapa .....	151
VI. Cabrera en Berga .....	156
VII. La fuga de los compadres .....	162

---

\* La numeración hace referencia al libro original [Nota del escaneador].